



Nuestro Padre Jesús
del Gran Poder

POR EL ARTISTA MEJICANO RIVERA REGALADO

OROMANA

SEVILLA

SEMANA SANTA

MIL NOVECIENTOS VEINTISIETE

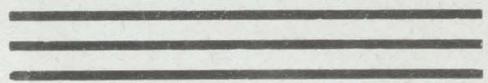
NÚMERO EXTRAORDINARIO

AUTO-IBÉRICA

**AUTOMÓVILES - GARAGES
RECAMBIOS - ACCESORIOS**

Coches desde 5.500 ptas. a 40.000 ptas.

..... **DISTRIBUIDORES
DE LAS RENOMBRADAS MARCAS**

CITROËN y 
 **CHRYSLER**

HUELVA: Exposición, Rascón, 21 - Teléfono, 130 - Garage, oficinas y talleres: Carretera de Gibraleón, 12 - Teléfono, 398.

CÁDIZ: Oficinas y exposición. Duque de Tetuán y San José, 8, dup. - Teléfono, 644 - Garage y talleres: Calle Concepción.

SEVILLA: Exposición y oficinas: SIERPES, 86 y General Polavieja, 5. Teléfono, 581 - Garage: Calle Joaquín Morales de Torres, 5 - Tel. 1166. Talleres: Doctor Relimpio.



La Exposición

Almacenes de Tejidos y Novedades

Precios Baratísimos

Baldomero Sampedro

D' Donnell, 7
Sevilla

Peletería Sampedro

Vestidos - Abrigos

Ropa blanca

Baldomero Sampedro

D' Donnell, 12
Sevilla

New - England

Gran Sastrería

y Camisería Inglesa

Baldomero Sampedro

D' Donnell, 8 y 10
Sevilla

Antigua de Castañeda

Panadería

y Pastelería

Sucesor

Francisco Lázaro

Especialidad en Tortas

y Polvorones

Calle Sierpes número 2

Sevilla

Teléfono número 226

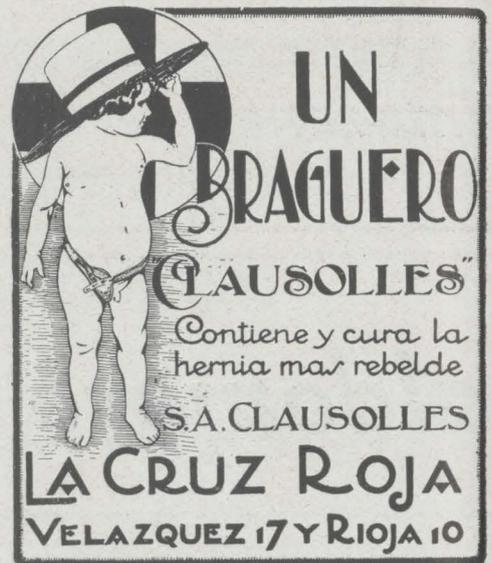


*Para Sombreros
Lujosos y Elegantes*

J. Maquedano

Sierpes, 44

Sevilla



Wagones

Capitonnés

Carros de Mudanzas

Guardamuebles

Francisco Soto

Calle O'Donnell número 25

Sevilla

Teléfono número 875

En mi tocador
no falta nunca el
AGUA COLONIA DEL PILAR
Amor como la Virgen de su nombre
ni el
TALCO CAUSOLES
para el baño y para después de afeitarse
LA CRUZ ROJA
VELAZQUEZ 17
RIOJA 10

Transportes

y Aduanas Mila, S. A.

Agentes Colegiados

Tránsito Internacional

Terrestre y Marítimo

Aduanas - Importación

Exportación - Seguros

Cerbère-Port-Bou = Hendaye-Irún

Signas, 25 (Junto a Correos) Teléfono, 694 A

Representante en Sevilla:

Guillermo Carbonero

Pureza, 50

Fábrica

Material Refractario

Ladrillos

Piezas especiales

Arcillas

Resolana, 48

Sevilla

Sastrería

Alavedra

Tejidos

Extranjeros

O'Donnell, 21

Sevilla



GRAFICO-HISPANO, S.A.



FOTOGRAFADO

Pídanos Vd. precios
y haganos un encargo
de prueba ~ ~ ~
Será Vd. cliente
nuestro encunto
vea la calidad
del trabajo ~ ~ ~

Galileo, 34. Telef-31021

MADRID



La Elegancia
VINOS Y LICORES
DE LAS MEJORES MARCAS

ESPECIALIDAD
Manzanilla CONCHICHI

P E D I D
los mejores Vinos de Mesa
SERVICIO A DOMICILIO
Bodegas en Valdepeñas

Pedro Martínez
JESÚS DEL GRAN PODER, 62
SEVILLA

Carpintería
y Ebanistería
* Mecánica *

RAFAEL ANTEQUERA

Pescadores, 4 y 6
SEVILLA

Raimundo Blanco
SEVILLA

El impresor de más gusto
/ / El más activo / /

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Plaza de la Encarnación, 31

TELÉFONO, 11-05

SEVILLA

ONDULACIÓN PERMANENTE
APLICACIONES DE TINTURAS
* * * HENNÉ LEGÍTIMO * * *

ONDULACIÓN MARCEL
LAVADO DE CABEZA
* * * MANICURA * * *

WALTER

PELUQUERÍA DE SEÑORAS
ESPECIALISTA EN LA ONDULACIÓN PERMANENTE

MORATÍN, 13

TELÉFONO, 12-85

SEVILLA

English Spoken * Man Spricht Deutsch * On parle français * Se falla português

Horno de San Buenaventura

Antigua Casa de NIETO

XXXXXXXXXX



PROVEEDOR
DE LA
REAL CASA

Panadería * Pastelería * Confitería

Polvorones * Mantecados

— Tortas de todas clases —



Albareda, 50 y Horno, 3 y 5. - Teléfono, 8

SEVILLA

De las grandes y prósperas
industrias españolas

EXPORTACIÓN DE ACEITUNAS
/ / / / / Y CONSERVAS / / / / /

ESPEJO-GUTIÉRREZ

CASAS UNIDAS, S. A.



Dirección telegráfica: UNIDAS * Clave en uso: A. B. C. 5.^a Edición mejorada

ALCALÁ DE GUADAIRA

(SEVILLA)



ACEITE ESPAÑOL

ALTEZA

PRODUCTO PURÍSIMO
DE OLIVAS SELECTAS

MARTI y GUTIERREZ

COSECHEROS y EXTRACTORES

ALCALÁ DE GUADAIRA

SEVILLA

P
A
P
E
L



D
E
F
U
M
A
R

INDIO
ROSA

ES EL MEJOR

Hojalatería de San Pablo

Fumistería // Soldadura en Aluminio

Se hacen instalaciones en Tuberías de Hierro y Plomo
para Motores y Depósitos

Antonio F. Garrido

Plomero autorizado por la Empresa de Aguas

San Pablo núm. 8

Sevilla

Los Previsores del Porvenir

Asociación Mutua Nacional
para Pensiones Vitalicias

Oficina en SEVILLA:

Plaza Mendizábal número 12

Teléfono, 217

POMADA
MILAGROSA

Cura las grietas de los pechos
en 24 horas

Recomendamos su empleo, para
que puedan apreciar su resultado
eficaz y sorprendente

De venta en Farmacias
y Droguerías

RUIZ y
MORILLO

Comestibles Finos

Reyes Católicos, 10
Teléfono, 354

SEVILLA

Comprando en estos Almacenes
conseguirán buena calidad
y economía



SAN LORENZO

NOMBRE REGISTRADO

POMPAS FÚNEBRES

y FÁBRICA DE ESTAMPACIÓN
EN TODA CLASE DE METALES

Jesús del Gran Poder, 85

FÁBRICA - COCHERAS y ALMACENES

PERAL NOS. 41, 43 y 45

TELÉFONOS, 191 y 393

SEVILLA

SERVICIO ESPECIAL DE AUTO



Luis Millán

GRABADOR DE MODA
EN TODA CLASE
DE METALES

PLAZA DE ALFONSO XIII, 4

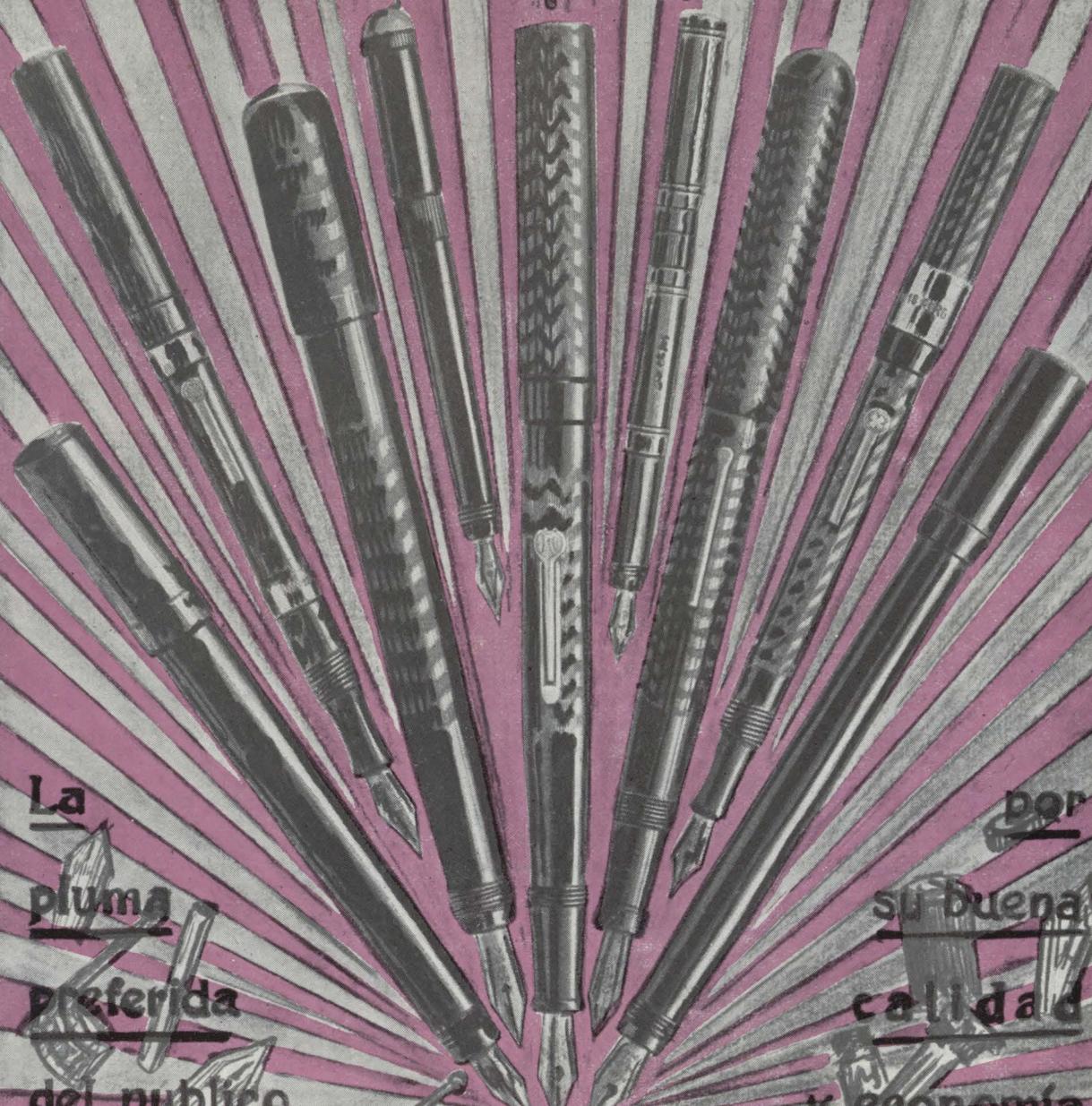
(antes Gavidia)

SEVILLA



DE VENTA EN TODOS
LOS ESTABLECIMIENTOS DE OBJETOS PARA ESCRITORIO

FONT PELAYO



La
pluma
preferida
del publico

por
su buena
calidad
y economia

Font Pelayo

182 Modelos en todos los sistemas

DEPOSITARIO EXCLUSIVO

VICENTE MARTIN CEREZO

VERGARA, 10. 2.º

BARCELONA

Météore

PLUMA-FUENTE MÉTÉORE

Sus cualidades

- 1.^a La pluma MÉTÉORE escribe perfectamente apenas se coloca la punta sobre el papel sin necesidad de apretar fuertemente.
- 2.^a La pluma MÉTÉORE no gotea, aunque esté próxima a terminarse la tinta.
- 3.^a La pluma MÉTÉORE, satisface a todas las escrituras por la variedad en la flexibilidad y firmeza de sus puntos de IRIDIUM.
- 4.^a La pluma MÉTÉORE, según resulta del expediente núm. 4757 del Laboratorio Nacional Francés de Artes y Oficios, ha efectuado un trazado de Diez kilómetros sobre papel ordinario sin deterioro ninguno.
- 5.^a La pluma MÉTÉORE está completamente garantizada.

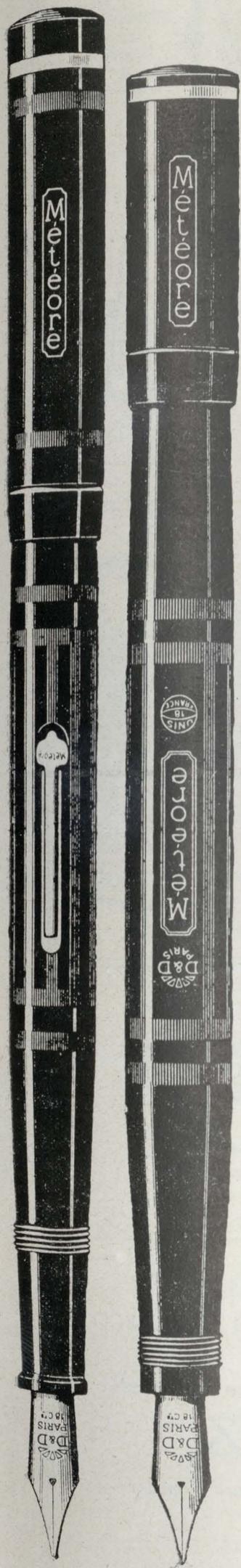
SU PRECIO EN TODAS LAS BUENAS
PAPELERÍAS, ES EL DE PESETAS 16,00

Representante para España

VICENTE MARTÍN CEREZO

Calle de Vergara n.º 10 - 2.º — BARCELONA

Fabricación Francesa



ANTIGÜEDADES

Compra y Venta
de Objetos de Arte

ESPECIALIDAD EN MANTONES DE MANILA

ANTIGUOS Y MODERNOS DE OCASIÓN

Peinas y Mantillas

Ana Rivera

José de Velilla, 6

Junto al H. Simón, esquina a calle Velázquez

SEVILLA

Antonio Cervera García

AGENTE COMERCIAL

Especializado en

Artículos de Papelería

y Objetos de Escritorio

Boteros, 4 y 6

Teléfono, 461

Sevilla

Bragueros
Fajas
Ceñidores



Piernas
y Brazos
Artificiales



Pedro Jiménez

Técnico Ortopédico

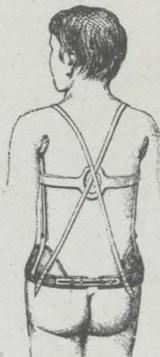
Construcción y aplica-
ción de toda clase de
aparatos para corregir
los defectos del cuerpo
humano.



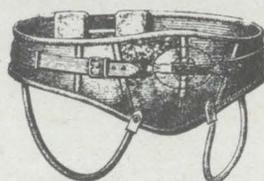
CASA ESPECIALIZADA
EN ESTE RAMO

Talleres y Despacho:

ALVAREZ QUINTERO, 58



Sevilla



Ondula y suprime las CANAS

DE VENTA: Perfumerías y Droguerías CINCO PESETAS FRASCO

El mejor producto vegetal conocido

En diez días de uso vuelve los cabellos blancos a su primitivo color

PEDRO GÓMEZ

Mercería, Perfumería y Novedades en Artículos para Regalos

VELÁZQUEZ, 2 y O'DONNELL, 9. - SEVILLA



PLUS ULTRA

COMPañÍA ANÓNIMA DE SEGUROS GENERALES

(antes Centro Catalán de Asegurados)

FUNDADO EN 1887

DOMICILIO SOCIAL:

BARCELONA - Cortes, 663

DIRECCIÓN ORGANIZADORA:

MADRID: Plaza de las Cortes, 6

DIRECCIÓN REGIONAL PARA LAS PROVINCIAS DE SEVILLA - HUELVA - CÁDIZ:

SEVILLA: MARQUÉS DE PARADAS, 45

RAMOS: VIDA - ACCIDENTES - INCENDIOS - ROBO -
TRANSPORTES MARÍTIMOS Y TERRESTRES

MAQUINARIA

TRUST MECANOGRÁFICO

Concesionario exclusivo de la Máquina para escribir



ROYAL

LA MÁS FUERTE - RÁPIDA - PRÁCTICA y SENCILLA

ROYAL PORTABLE

LA ÚNICA MÁQUINA PRÁCTICA PARA VIAJE

CASA CENTRAL:

AVENIDA CONDE DE PEÑALVER, 16

MADRID

SUCURSAL EN SEVILLA:

RIOJA NÚMERO 4

TELÉFONO NÚMERO 751

GRAN ACADEMIA DE BAILES

Manuel del Castillo Otero

PROFESOR DE
BAILES NACIONALES

Gran repertorio de
Bailes Andaluces modernos
y de fantasía para artistas



Lecciones a Domicilio y
en la Academia:
San Vicente número 67

S E V I L L A

FARMACIA IBÉRICA



FEDERICO
MOLINI

Tetuán número 4



Teléfono núm. 15-06

S E V I L L A



La Universal

PANADERÍA y PASTELERÍA

DEPÓSITO DE LOS
CHOCOLATES y BOMBONES

EUREKA



FRANCISCO LÁZARO

— PLAZA DE VILLASÍ —

TELÉFONO, 766. - SEVILLA

MIGUEL SÁNCHEZ Almacén
de Curtidos

y Fábrica de Cortes Aparados

Calle Murillo
número 8



SEVILLA

E L O C H O

CASA DE COMIDAS

Sírvense cubiertos
desde una peseta



Servicio a domicilio
desde dos pesetas

Francisco González

Jerónimo Hernández núm. 8

TELÉFONO NÚMERO 665

SEVILLA

ALMACÉN DE PAQUETERÍA

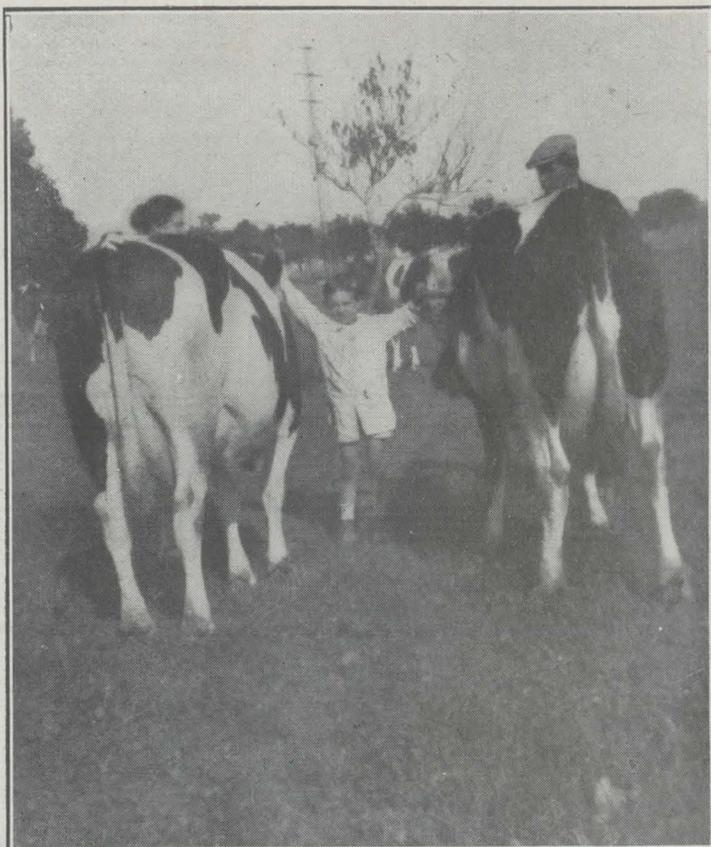
MERCERÍA Y GORRAS

JUAN MANUEL CARBALLO RIOJA

SEVILLA



Puente y Pellón n.º 25
(esquina a la calle Alonso el Sabio)



Vaquerías Montañesas

Huerta Sta. María de la Asunción
y Huerta Vista Hermosa

LECHE ESPECIAL PARA ENFERMOS
Y NIÑOS RAQUÍTICOS

AVISOS: Teléfono, 9-58

NOTA IMPORTANTE. = Para obtener dicho
producto, es indispensable la prescripción facul-
tativa.

La Previsión Española

COMPAÑÍA DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS

FUNDADA EN 1883

DOMICILIO SOCIAL: SEVILLA, CALLE DE ORFILA NÚMS. 7 Y 9

SUCURSAL EN MADRID: MARQUÉS DE VALDEIGLESIAS NÚM. 13

CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN

PRESIDENTE: Sr. D. Andrés Parladé y Heredia, Conde de Aguiar

VICEPRESIDENTE: Sr. D. Pedro de Armero y Manjón, Conde de Bustillo

VOCALES: Excmo. Sr. D. Juan Antonio de Estrada y Cabeza de Vaca, Marqués de Villapanés

Sr. D. Francisco de Alvear y Gómez de la Cortina, Conde de la Cortina

Sr. D. Pedro Parias y González

Excmo. Sr. D. Alvaro Dávila y Agreda, Marqués de Villamarta

Sr. D. Ignacio de Ibarra y Menchacatorre

DIRECTOR GENERAL: Sr. D. Ramón M.^a Ferrero y de Andrade

DIRECTOR ADJUNTO: Sr. D. José Martínez Vice

Esta Compañía cuenta cuarenta y cuatro años de existencia y asegura contra incendios toda clase de edificios, mobiliarios, establecimientos y almacenes, fábricas y talleres, caseríos en el campo, molinos aceiteros, cosechas y arbolado.

Es genuinamente española, y una de las primeras que desde tan largo tiempo viene asegurando las cosechas de cereales.

VIUDA DE QUIÑONES

SASTRERÍA
CAMISERÍA

LA CASA MEJOR SURTIDA
EN ARTÍCULOS DE CABALLERO

VISITAD

NUESTROS ESCAPARATES

CALLE VELÁZQUEZ N.º 10

SEVILLA



HOTEL FRANCIA

Agua corriente en las habitaciones
Departamentos con cuartos de baño
en las mismas habitaciones

COMEDOR

AUTOMOVIL A LA LLEGADA DE LOS TRENES

Méndez Núñez, 7 = Teléfono, 521

S E V I L L A

LA FLOR DE LA SIERRA

== ULTRAMARINOS FINOS ==

Especialidad en Chacina de Jabugo

J. Luis Moreno Márquez

O'DONNELL NÚMERO 6

S E V I L L A

FUNDICIÓN TIPOGRÁFICA
RICHARD GANS

MADRID

MAQUINAS Y UTENSILIOS PARA LAS
ARTES GRÁFICAS

AGENTE EN ANDALUCÍA

ANTONIO URBANO

DON ALONSO EL SABIO NÚMERO 6

SEVILLA



LUBRIFICANTES

“ATLANTIC”

LA MARCA
DE LUBRIFICANTES QUE AL FINAL ADOPTARÁ USTED

ATLANTIC REFINING C.^o of SPAIN

DIRECCIÓN: FERNANFLOR, 6. MADRID

SUCURSALES: SEVILLA

MÁLAGA * CÁDIZ * CÓRDOBA * JEREZ DE LA FRONTERA
JAÉN * LINARES * CARTAGENA * BADAJOZ * BILBAO
ZARAGOZA * SANTANDER * VALENCIA * GIJÓN * VIGO y CORUÑA

FÉLIX POZO

COMPR A

V E N D E

C A M B I A

J O Y E R Í A

y TODA CLASE DE OBJETOS

E S P E C I A L I D A D E N

M A N T O N E S

D E M A N I L A

CALLE VELÁZQUEZ NÚMERO 13

S E V I L L A



OROMANA

REVISTA DE LAS ESPAÑAS
NÚMEROS: 28 y 29

Enero - febrero, 1927

DIRECTOR - EDITOR: MANUEL CARMONA
ARTE Y COLABORACIÓN: PEDRO RAIDA
ADMINISTRADOR: FERNANDO CARMONA

Redacción y Administración: VELÁZQUEZ, 11

~ SEVILLA ~

EN
SEVILLA

OROMANA
A LA CIUDAD

¿Nuestra aspiración, nuestros propósitos? A lo primero: Labor firmísima de españolismo y ciudadanía. A lo siguiente: Confiar a los hechos y el tiempo la revelación de lo que no queremos prometer, y empero, trabajaremos infatigables por cumplir.

OROMANA
DE LA CIUDAD

Y he aquí, con el presente extraordinario número de OROMANA, que traemos definitivamente — y sucesivamente — a Sevilla, orgullosos de la sevillana jerarquía, que le hemos impuesto, la soleada credencial que, entusiastas ofrecemos a los sevillanos con olores de cirio, y con penetraciones de claveles.

OROMANA
PARA LA CIUDAD

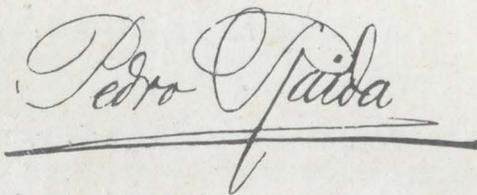
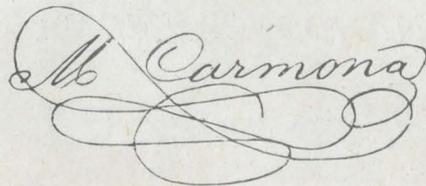
El deseo a largo caminar soñado; la cristalización a jornadas vibrantes anhelada.

Salud, pues, hermanos sevillanos.

Salud, fraternalísimos compañeros en la prensa hispalense pro España-Belleza-Cultura.

Cordialmente, salud y :

¡SEVILLA! ¡Corazón adentro nuestras gloriosas, ubérrimas, inmortales Españas!



Enero - Febrero, 1927,

en

SEVILLA



NINGÚN imaginero religioso tuvo, como Martínez Montañés, el privilegio casi sobrehumano de trasladar a la

escultura la facie de los Cristos, con todo el valor del arte y todo el prestigio al mismo tiempo de la realidad.

Pero si en otras obras dejó ya el magnífico genio sevi-

EL SUEÑO DE MONTAÑÉS

llano trozos de su alma vidente, en ninguna, como en esta del llamado Cristo de Pasión, se vislumbra una concepción tan estilizada y tan pura del Nazareno.

No es el rostro contraído y marchito del Dios queriendo morir como un hombre, ni tiene este perfil que sintetiza toda la armonía del arte cristiano, la angustia suprema y la grandeza fuerte y conmovedora de otras imágenes del mismo escultor, por ejemplo el Gran Poder, sino que parece haber querido poner aquí el artista un dolor suave, resignado, ungido por la luz de la divinidad, y al par tan humano, que el alma se estremece conmovida por sufrir tan puro como agua de fuente en Palestina, y los sentidos vibran subyugados por la visión maravillosa que, sólo en obra de milagro, pudieron concluir hábiles manos pecadoras.

No hemos querido representar en esta fotografía al Nazareno cargado con la Cruz, coronado de espinas, ornada la cabeza de las potencias atributos de la divinidad, sino a Jesús de Galilea, a quienes los hombres crueles e incomprensivos han atado las manos y agobiado la espalda, con una pesadumbre de traiciones a través de los largos siglos.

Y el Rabí, compasivo, inclinada la frente, donde la sangre pone resplandecientes rubíes de martirio, sigue su ruta a través del mundo, de los mundos, para que otra vez lo crucifiquen aquellos a quienes liberó de la muerte.

Es la viva, la palpitante historia del hombre-Dios, que va a repetirse... Y en el perfil judaico y en la boca que entreabre un dolor de alma adentro, hay una luz inextinguible que habla al corazón de los hombres y de las cosas el mudo lenguaje de las verdades eternas...

MANUEL FERNÁNDEZ Y LASSO DE LA VEGA

~ Ilustración fotográfica del mismo autor ~

OROMANA
REVISTA DE LAS ESPAÑAS
SEVILLA

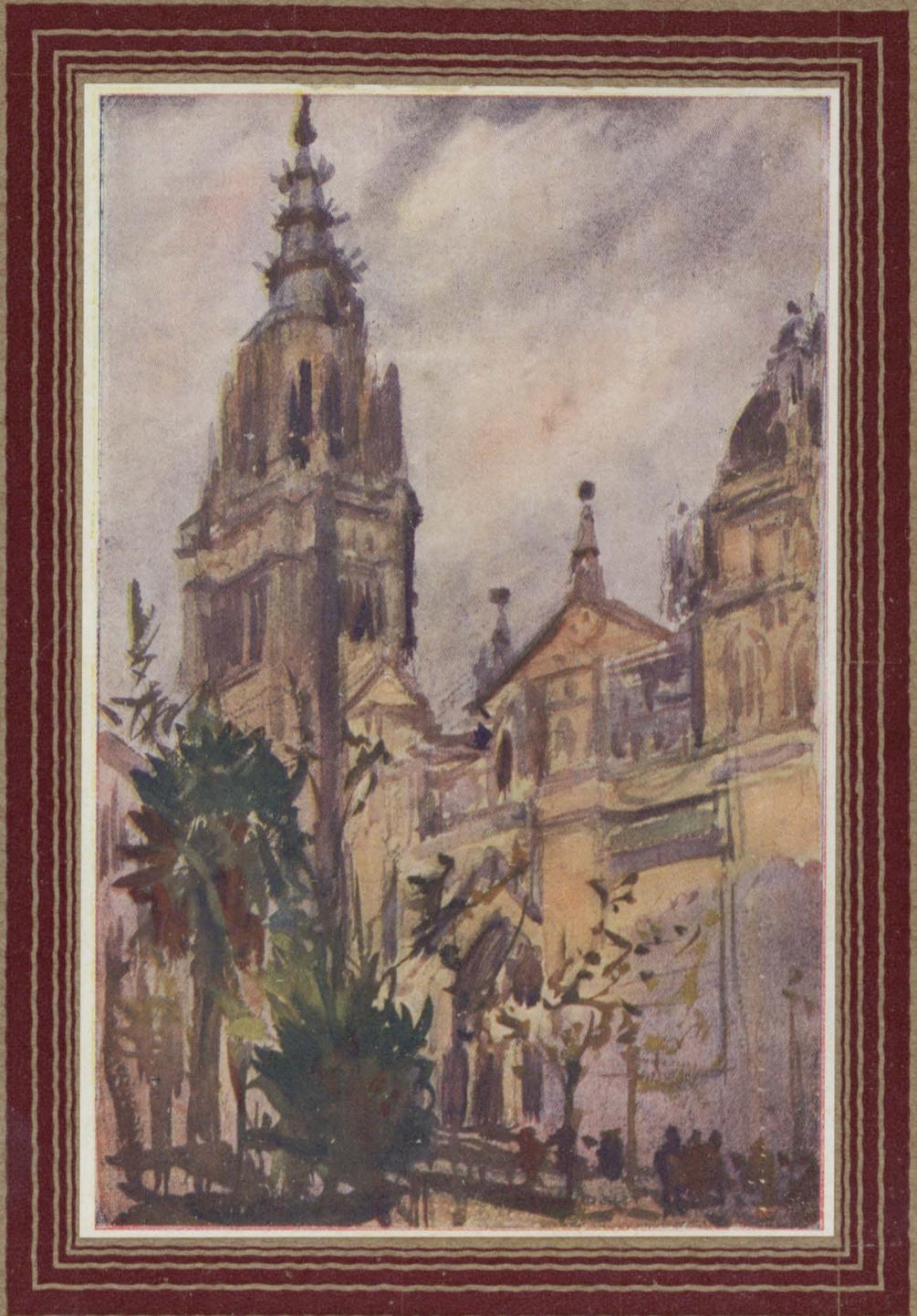
CATEDRALES DE ESPAÑA



CUADROS DEL ARTISTA MEJICANO
RIVERA REGALADO

EN LA DE SEVILLA

OROMANA
REVISTA DE LAS ESPAÑAS
SEVILLA



RIVERA REGALADO

LA DE TOLEDO

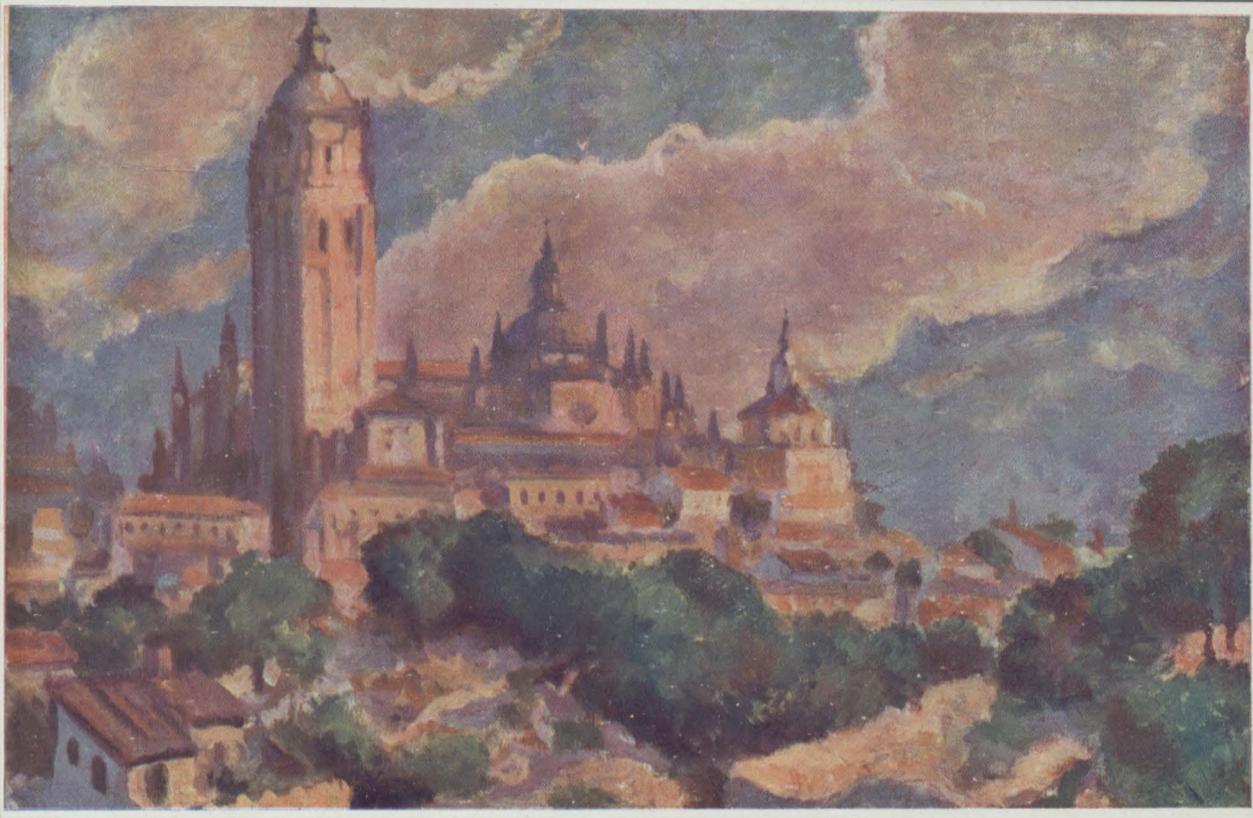
OROMANA
REVISTA DE LAS ESPAÑAS
SEVILLA



RIVERA REGALADO

EN LA DE BURGOS

OROMANA
REVISTA DE LAS ESPAÑAS
SEVILLA



RIVERA REGALADO

LA DE SEGOVIA

C (EXAMEN

E

DE

R

A HUELLAS)

EN cera mística y en cera carnal de ardor — materia de antinomia —, ensayemos la fusión provisional de las imágenes disolventes de Sevilla en la Semana Santa....: (Por aquí la salida, al concepto de Sevilla, más literario por puro literal).

Algo hemos dejado escrito — quizás en el aire —, de la fuga de las imágenes disolventes de Sevilla. (Estas imágenes, incaptables, de sí mismas desplazadas en otras imágenes que se van a desplazar de nuevo....)

Las imágenes de Sevilla....: materia difusa y fundente, por ser pura; formas de cera declinable al calor de la mano vanamente captadora.

* * *

Ante las Vírgenes Dolorosas — metáforas polivalentes de dolor —, las candelерías de cirios plurales tienen la capacidad lírica del cañaveral sonoro del mito y de los tubos polífonos de los órganos caudalosos.

La cera en los cirios plurales de la candelería — caña y tubo —, despide al arder (¿nadie ha escuchado la cera al arder?) un zumbido de fervor de abejas y un resplandor melado de panal ardiente.

Así, las Vírgenes Dolorosas, emboscadas entre los líricos cañaverales de la cera, contraen, inesperadamente, un desmayo sustancial de Siringa lacustre...

No obstante — también, y además —, las afiladísimas manos de

R A F A E L

divinas organistas de las Vírgenes — las Vírgenes de las andas —, se tienden muchas veces hacia la cera — tubería del órgano polifónico —, y, mientras los ojos, enfocados al cielo, destilan una lágrima muy brillante, comienzan ellas a «interpretar» la sonata patética de *Los siete puñales en el corazón*.



La cera ardiendo tras de cristales, se consume con un fuego penitencial de ánima en pena.....

(Los faroles procesionales de la Semana Santa..... Los faroles de los encapuchados y los faroles de los Agonizantes..... Y las llamas de la cera en la urna sepulcral del Santo Entierro).

La cera ardiendo tras de cristales se alarga con una llama lenta y ahilada, en una consunción de eternidad.

¿Qué soplo de estremecimiento milenario conmueve, de pronto, la llama de cera tras los cristales? La llama comienza entonces a bailar y a bailar, como una danzarina a quien queman los pies; y en seguida bailan con ella rápidamente el capirote del encapuchado y la sombra negra de los Agonizantes, con los brazos abiertos.....

Pero, otra vez — de pronto —, la llama se queda muda de quietud..... Y a lo mejor vienen las mariposas y los pájaros de la noche a magullarse contra los cristales, por la misma razón de gravedad que, tras de ellos, arde y arde espirituada la cera inconsumible.

L A F F Ó N

A M A N E C E R
DE VIERNES SANTO

¡Amanecer de Viernes Santo!
En visión roja
la Pasionaria se deshoja.
Sombra de error tendió su manto.
¡Negro capuz!

Como la lanza de Longino
hiende el costado del Divino
Reo, colgado de la Cruz,
hiere la noche nueva lanza
— una «saeta» a la Esperanza —
y de la herida mana luz.

¡Amanecer de Viernes Santo!
Se han marchitado los claveles
de vanidad.

¡Amanecer de Viernes Santo!
Se han deslucido los caireles
de la impiedad.

Va resurgiendo en la memoria,
cual orto dulce, la alta gloria
de una Lección de humanidad.

¡Amanecer de Viernes Santo!
tiene tu luz el suave encanto
de la verdad.

JOSÉ M.^A MONFORT



Cristo de la Expiración

Fot. Lab. de Arte - Sevilla

LOS IMAGINEROS DE
LA RAZA POR *FERNANDO DE LOS RÍOS*
Y DE *GUZMÁN*

ARRANCA del Génesis el espíritu de la escultura, es de origen divino. Fué Dios el primer estatuario.

A imitación del Supremo Escultor, que modela al Hombre en la tierra, madre de la Naturaleza, nuestros imagineros del siglo de oro plasman la imagen de Dios en el árbol, hijo de la gleba.

Y en el árbol, arpa del viento y nido de la hermana ave del Fraterno de Asís, anida el espíritu de Dios, infundido por el soplo del genio. ¡Oh, milagro del Arte!

Y el árbol de la paz, que en la mano de Jerusalén fué tributo de amor, y a cuya sombra oró Jesús en el huerto dormido, fué sereno lago que reflejó la Imagen Divina.

Y el árbol de la flor de la virginidad trascendió con la pureza de María.

Y el árbol de la muerte lloró con la agonía de Cristo.

Y el Madero del Gólgota, que fructificó con la carne del Verbo, en los brazos de las Tinieblas, se hizo imagen de Dios.

Y la materia fué sublimada.



Fot. Lab. Arte-Sevilla

Juan Martínez Montañés

Es Juan Martínez Montañés el Júpiter de este Olimpo racial, el florecimiento cúspide de este ciclo plástico; él culmina sobre todas las cimas inspiratorias; es equilibrio, armonía de helénico reposo, perfección de forma. Son los Crucificados de este titán de la madera armonía sinfónica de plástica finura, que rememora los torsos de Praxiteles; pero esto, sólo en la forma, en las galas; que en el concepto supera a Fidias, el olímpico plasmador de los dioses.

Es Juan Martínez Montañés el escultor de la emoción creyente, el glosador del Dios humano, el Dios-Hombre, el exaltador de la fe meridional. Por eso la madera entre sus manos —flamígeras de cordialidad— es cera que se caldea, se ablanda

y se derrite, para modelarse en hechura de místicos amores y de ascéticos ritmos. Él es el captador del ala de la forma, a la que infunde un soplo de fe el alma de su genio.

Él es el efigiador de Nuestro Padre Jesús de la Pasión, porque él está encendido en la doble pasión del Arte y de la Fe, porque está inflamado en la divina inspiración de los elegidos; él es el creador rotundo de esta obra perfecta de espíritu y de forma, que es la Suma Perfección hecha madera. En esta obra alcanzó el imaginero la superación de su propio genio. Esta imagen es la Biblia de la escultura, el Pentatéuco de la raza. Toda la grandiosidad, toda la perfección del Cristianismo radica en la cabeza y en las manos de esta efigie. Testa ungida de sublimidades, que refleja e irradia un infinito de amor hacia los hombres. Manos que acarician la cruz que le agobia y le infama. Cabeza y manos del Cristo de la Humildad, que florece en los abrojos del barro deicida las rosas del perdón y de la misericordia. Y es tan grande el esfuerzo creador en esta obra del genio, que auubla el sol de la razón en la mente flamígera.

«¿Cómo pudo el hijo del pecado crear la perfecta imagen de Dios?»—exclama el visionario enfebrecido—y contempla con atónitas pupilas el paso de su imagen, envuelto en el manto de la noche del Jueves Inmortal.

Plasmó este imaginero el Cristo de los Cálices, inagotable fuente de la sangre de la Redención, savia fecunda del tronco de la Vid Sagrada; la forma que une a España con Grecia, a Sevilla con Atenas, a la Bética con el Ática, y el espíritu que funde la madera con la llama, sin carbonizarla, sin trocarla en ceniza.

Y en la Sacristía de los Cálices—museo del Arte cristiano—preside este Cristo los éxtasis del genio: los sueños primitivos de Sánchez de Castro y de Alejo Fernández; los pictóricos rezos de Juan Núñez y del Divino Morales; las exaltaciones iridiscentes de Luis de Vargas y de Roelas; las dulzuras celestiales de Alonso Cano y de Murillo; la sombra-luz de Salvator Rosa y de Antolínez; la fuerza ascética de Zurbarán y de Guaccino; la hispánica reciedumbre de Valdés Leal y de Goya... y desde las ramas del árbol de la Cruz abre los brazos, para abrazar eternamente el espíritu de los inmortales.

Es Juan Martínez Montañés el creador de la imagen del Cristo del Amor, del de la más sublime de las advocaciones. Él la poematiza con la péñola auriflamígera de su gubia inmortal. El Cristo del Amor, el de la más dulce de las advocaciones, el que murió por amor a la Humanidad; el que perdona desde el Arbol del Calvario; el Sol del Gólgota, que al aparecer en la cúspide del Monte de las Calaveras, engendra las tinieblas, porque muere el amor para resucitar de entre los muertos, Ave Fénix del amor divino.

Y es Martínez Montañés el elegizador del Cristo yacente del Santo Entierro, suprema síntesis de la Pasión, prodigiosa talla, superante en superhumano verismo de la de Juan de Juni. He aquí la tetralogía y el poema, «La Cristiada» de la imaginería de este Alonso de Ojeda de la escultura.

E hijo de adopción y de espíritu de la Ciudad Mariana, Murillo de la gubia, plastifica la imagen de la Concepción,

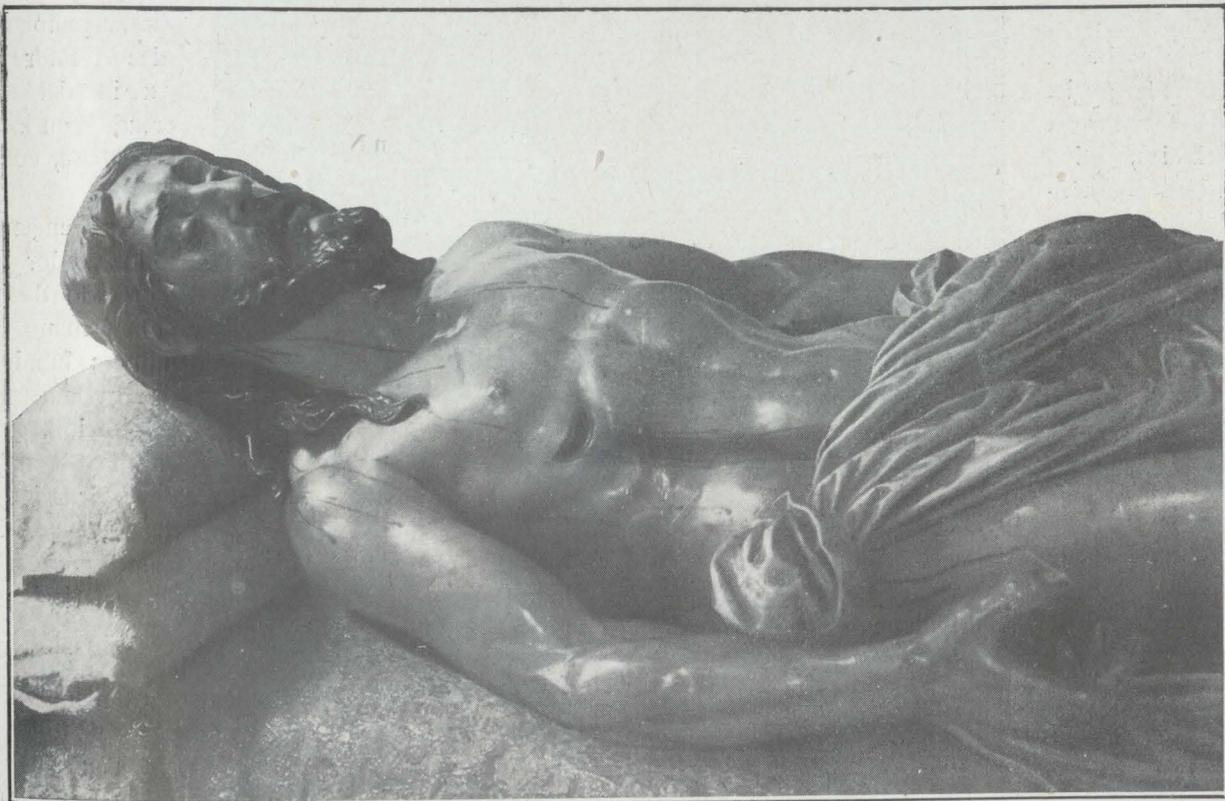
elevando en ella su genio a la altura de las grandes creaciones del Arte. Y como en los Cristos y en las Purísimas, y en las

relieve, sublimado por la llama de la fe, encendido en la hoguera del Amor de Dios.



Cristo Yacente del Santo Entierro

Fotos, José Lafita



Virgenes y en los Santos—en el San Jerónimo rivaliza con Torrijano—es el naturalista de la escultura, el Velázquez del

He aquí el Fidias del Arte Cristiano. El Praxiteles es Pedro Roldán, su discípulo predilecto.

Roldán

Es Pedro Roldán el más humano de los imagineros de la Bética. No es su naturalismo un naturalismo muerto, ni diseccionado, sino pleno de vida, inflamado en calor de alma. Dentro de los leños vivificados por el filo de su gubia creadora, laten corazones humanos; bajo los policromados paños de sus imágenes, palpitan vigorosas musculaturas.

Ennoblecen Roldán la figura humana; fulgura la Humanidad en las tallas briosas del andaluz imaginero.

Es Roldán reciedumbre española, escultor de raza, forjador de un arte hermano de la pintura de Herrera el Viejo.

Hispano Miguel Angel de la talla, gubia todo un bosque de gigantes maderas y engendra el Retablo de la Caridad; burila toda una floresta de potentes árboles, y plastifica el Retablo del Sagrario, y en una y otra obra rivaliza con Danckart, el entallador máximo del Retablo Mayor de la Basílica hispalense, templo de la grandiosidad y de la esbeltez y monumento de la gracia.

Es Roldán el escultor del alma de la Bética, latina exaltación ungida en helénicas serenidades.

Es el visionario de Cristo orando en el Huerto. La paz de las olivas de Getsemaní se refleja en el rostro del humano Dios orante. La mirada del Hijo comunicase con la del Padre por la escala del rezo.

Inflámase en el fuego de la oración el alma del Hijo Celestial. Las auras de Getsemaní ungen de aromas del Oriente los cabellos de Jesús y vibra la melena del Justo como lacia ala herida que quisiera volar. Aún se oye el rumor de las alas del Angel, recién descendido de su nidul ultraterreno, ave de la pureza. Es la paz del Huerto, el aura desprendida de Jesús; y el lecho de las horas, alas de mariposas; y los segundos, siglos de bienaventuranza; y son los aires pétalos de rosas. Mas en el rostro del sagrado Rabbí de Galilea refléjase el dolor del funesto presagio, con luz de profecía; preséntese el momento en que la perfidia de la primera ola de la plebe deicida bese el rostro de Dios; en que se oirá

el chasquido de un beso que enloderará el armiño del silencio; el beso de la apostasía y de la traición; la guerra, que llegará envuelta en el velo de la alevosía; y el árbol de la paz se estremecerá de espanto, como palma que presiente el simoun, y gemirá de dolor como oveja picada por la víbora o ternera mordida por la serpiente; llegará el odio encubierto con la

máscara filial; surgirá el áspid del cáliz de la rosa, y el idilio místico se trocará en elegía y el vergel se transformará en páramo y el cristal del aire se empañará con el aliento del Orco y aletearán infernales dragones. ¡Oh, expresión de Jesús orante, espejo del funesto presagio!

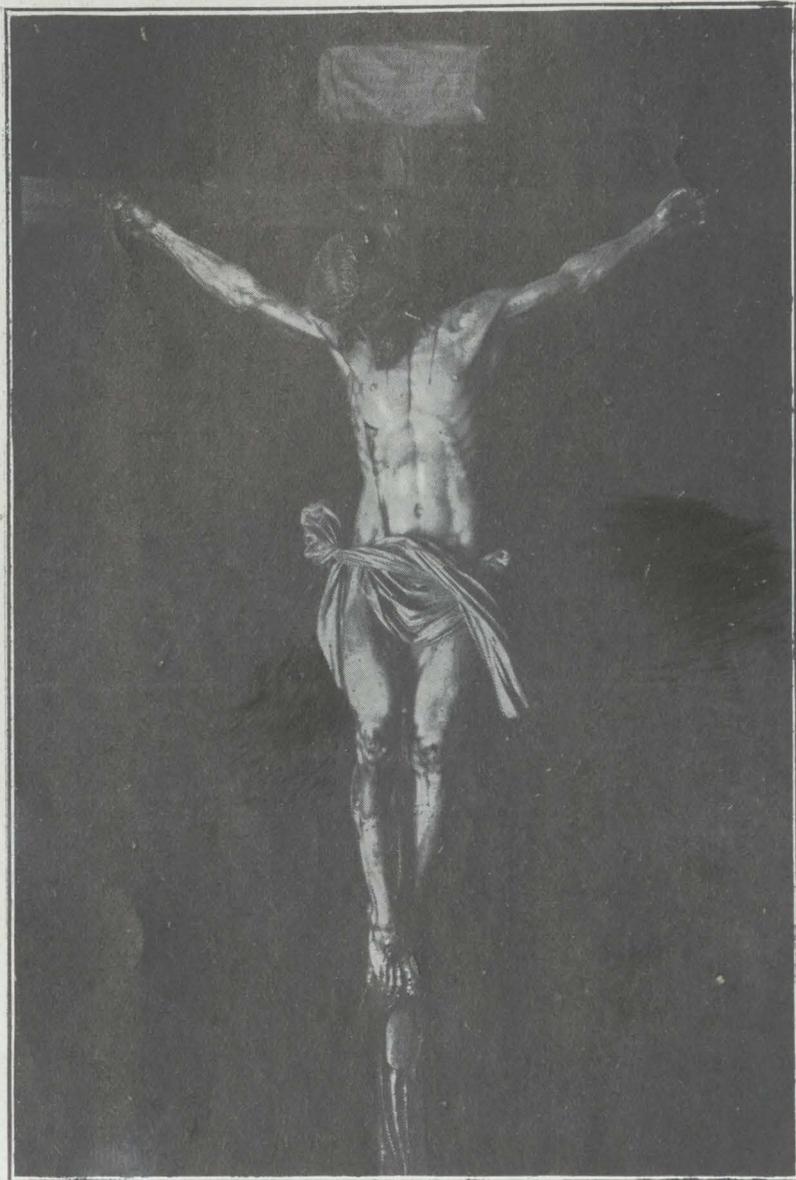
El Cristo yacente de Roldán, venerado en Santa Marina, es el prodigio de la técnica en la maravilla del espíritu.

No es la factura de este imaginero minuciosa y prolija, sino amplia y fuerte; no de pormenores, sino de conjunto. No da sensación de delicadeza, sino de fuerza. Es en esta escultura, ancha la armonización, perfecta la anatomía. Está ejecutada esta imagen con vigorosa espontaneidad, con ímpetu de raza, españolamente. Como dice el Padre Paradas, «la gubia del imaginero ha creado con la celeridad de la centella, con el furor del rayo».

Así engendra siempre todo creador de belleza, enfebrecido de luz, llevando en su mano el ciclón del numen; fulminando en su diestra la tempestad de la inspiración, que ha de fecundizar la materia, que ha de ungir la forma en hálitos de eternidad. Es el torrente

que salva el abismo del tiempo, el alud que se precipita en la inmortalidad, el alma que vence a la materia. Por eso doma, por eso domina, por eso triunfa.

En la gubia de Martínez Montañés, el cerebro conduce al corazón. En la gubia de Roldán el sentimiento guía a la inteligencia. Es Roldán el maestro poseedor de todos los secretos del Arte; nada se le resiste; todo cede a su sabiduría. Triunfa en el tronco de este Cristo yacente el maestro de maestros, el maestro de la Roldana, el maestro de Duque Cornejo... Pero en la cabeza de la imagen fulgura el genio, triunfal en la creación de los inmortales. Cárdeno lirio de la muerte, en el cáliz



Cristo del Calvario

Fot. Lab. de Arte - Sevilla

del perdón, suavemente inclínase la cabeza del Redentor sobre el diestro hombro; humanamente dolorida, gallarda en su humildad, triunfante en su derrota, varonilmente hermosa, divinamente humana; entreabiertos los labios—exangües en la luz de su sombra—, ascuas muertas del fulgor divino, marchitos pétalos del jardín del Cielo, aún estremecidos por el soplo del divino Verbo, al llorar el rocío milagroso del supremo perdón sobre el páramo del mundo. Y describe el cuello, por el siniestro lado, una curva donairoosamente audaz, que, escorzando la testa, prolóngase por el hombro y el pecho en un arco de símbolo, hasta el lado del corazón. Es la curva de la gracia, el ala flamígera del Arte de la Bética.

Juan de Mesa

Juan de Mesa es el dramaturgo de la gubia, el exaltador de la tragedia del Dios-Hombre, de Cristo en la calle de la Amargura y en el Calvario, peregrino de humildad y de martirio y fruto de redención sobre el árbol del Gólgota, lauro de la eternidad, purificante del pecado de Jerusalén.

Juan de Mesa es el Sófocles del cristiano plasticismo. Gubia su arbitrariedad creadora el Cristo de la rebelión—fraterno del Cristo del «Juicio final», de Miguel Angel— que aún sigue siendo el Dios del Sinaí y el azote de los mercaderes, camino del Calvario, porque es Nuestro Padre Jesús del Gran Poder el que generó el Universo, el que sembró en la tierra azul del infinito simientes de mundos, la mano ingenerable que arrojó al surco de la nada la semilla Cosmos; el Señor del Gran Poder, imponente y patético, que en la madrugada inmortal estremece hasta el fondo el corazón profundo de la Ciudad de la Gracia.

Y burila su fervor fecundo el Crucificado fuerte, el Dios-Hombre, el Divino Ser, imperturbable en el dolor humano de su crucifixión. Y porque es resplandor de fe, prestigialo el

pueblo con la aureola del milagro que sana a los enfermos y libra del enemigo, como cuando hecho carne mortal sanó al paralítico y resucitó a Lázaro y a la hija de Jairo.

¡Cristo del Gran Poder, Cristo de las Misericordias, rotundo exaltar en las más hermosas de las advocaciones!



Cristo del Descendimiento Fot. Lab. de Arte-Sevilla

El Capitán

Cepeda

Deifica el capitán Cepeda en el Cristo de la Expiración el dramatismo bético, encarnado en el arte de Córdoba: contorsión de la gigante oliva, recordadora de Getsemaní; retorcimiento de la tierra y de la hoja en el ala del torbellino. Divinización laocóntica del concepto culterano del siglo XVII, del arte de D. Luis de Góngora y Argote y del arte de D. Pedro Calderón de la Barca. El Cristo contorsionado del capitán Cepeda es la plastificación del siglo de oro. Y lo modela el capitán imaginero—arquetipo de raza—en el barro fecundo de la Bética—tierra del símbolo—y lo moldea en pasta de papel—materia de las letras, continente del pensamiento—; pero destruye el modelo y el molde, para que la obra no sea profanada por la pluralidad reproductiva, porque toda obra cúspide de todo creador de arte debe ser única e irreproducible, llevar incólume la huella digital de la mano del genio.

El taller de los Imagineros

Y hubo el taller de los imagineros, que fué templo de la fecundidad y palacio de una dinastía de artistas: de Pedro Roldán, de su hija Luisa «La Roldana» y de su sobrino Duque Cornejo.

En aquella sevillanísima casa — hoy taller de mantos — emergió en orto de optimismo y de gracia, esa aurora mística, ese ensueño de todas las dulzuras de la mujer y de todas las mieles de la Divinidad, que se llama la Virgen de la Esperanza, y es la eterna esperanza de los macarenos; la plastificación de esa Esperanza mística del cielo esmeraldino del amanecer del Viernes Santo de Sevilla; porque esa Virgen, morena y donairosa, es la exaltación mística de la mocita del barrio hiperbólico, la divinización de la Macarena.

Y plasmó Roldán en la Virgen del Rosario toda la dulzura del dolor divino, y bajo la gubia de Cornejo floreció el barroquismo de la imaginería sevillana, en las imágenes de las Santas Patronas; y fué gubiado el Ángel de la Oración del Huerto, con el alma de ese otro ángel del taller, de la musa del trabajo, de la Roldana, arquetipo y símbolo de la mujer de Sevilla — fe de religión y gracia de arte —; creadora que dramatizó la Virgen de la Amargura, divinizando la amargura de su alma creyente por el dolor de la Máter Dolorosa, escanciando en el cáliz de esa escultura todas las sales de los mares del llanto. Y despertó el alba de la inspiración y resplandeció el sol de la belleza y ardió el clavel de la gracia en el pecho de Luisa Roldán, de aquella hechicera de la gubia, que fué escultora de cámara del Rey Hechizado, y goza el sueño de la eternidad en el convento de San Francisco, de Moguer, junto a la cuna del Descubrimiento.



Cristo de la Expiración.-Cepeda Fot. Lab. de Arte - Sevilla

anatómica, supremamente varonil en la estética, supremamente ascético en la unción, perfecto de forma e infinito de espíritu. Este Cristo de la Expiración es más grande que los Cristos de Donatello, porque el Renacimiento italiano es pagano en la forma y en el espíritu; porque Italia, con ser tan grande, no fué lo suficientemente mística, en su florecer renacentista, que lograra transfundir con la nueva forma el espíritu prerrafaélico del Beato Angélico y Fray Filippo del Carmine, de Cimabue y del Giotto.

Sólo la España de los místicos, hecha símbolo en «Las Moradas» de la Santa Doctora, pudo infundir en el cuerpo del Renacimiento el alma del Cristianismo, pudo espiritualizar el napolitanismo de Ribera y el venecianismo del Greco, con el ascetismo de la Raza.

Por eso Ruiz Gijón pudo crear su Cristo perfecto de forma e infinito de espíritu. El imaginero Ruiz Gijón fundió el Renacimiento italiano con la Mística española, y produjo el Cristo de la Grandiosidad, «cara al sol sin ocaso de la gloria».

Y Triana — exaltación cordial y gesta heroica — ve divinizado en su Cristo todo su prestigio rememorativo y pasional: la flami geración de la «saeta», el llamear del rezo, el fulgor de la copla gitana, la evocación sublime de la alada nave de Magallanes y Elcano — la victoriosa «Victoria» —; de las de Pizarro; de la «Capitana» de don Juan de Austria, en Lepanto, engendradora en el

Astillero del Betis; de la gesta del Almirante Bonifaz, en el ciclo de la Reconquista.

El Cristo de la Expiración es el Cristo de la Grandiosidad.

Ruiz Gijón

Y gubió Ruiz Gijón el Cristo de la Grandiosidad, el «Cachorro» de Triana, el Cristo que expira con la arrogancia de Dios, mirando al Infinito, alta la mirada, clavada en la visión del Eterno Padre, en interrogación y súplica; enhiesto y erguido en el torso de praxitelesca finura; arqueado el pecho en curva de altivez y de gracia, armónico en la proporción, gigantesco en las dimensiones, matemático en la interpretación

Concreción de los Imagineros

Los imagineros de Sevilla realizaron el milagro maravilloso — ¡oh, prodigio del genio de la Bética! — de incendiar la madera con la llama de la Fe, sin trocarla en pavesas.

Toda el alma de esta ciudad de las diafanidades, vidriera emocional de España, cristalizó en esos leños plásticos, que son rapsodia y madrigal, elegía y epopeya, drama y gesta, còpla y oración, himno y romancero, tradición y leyenda.

Todo el corazón de esta tierra del sentimiento ígneo, late, palpita en todas esas legiones de troncos encendidos, que son el incendiado bosque inextinguible de la hoguera del genio de la Raza, que alumbraba con fulgor de eternidad las montañas del Arte.

Los imagineros de Sevilla, son los imagineros de la Raza.



Epílogo

emocionado

Los árboles desnudos, que imploraban al cielo la resurrección primaveral — «resurrexit» de Natura, despertar de la savia — se enojan de anillos de fragancia en los dedos y de ajorcas de colores en los brazos, como príncipes orientales; despiertan coronados de flores, como de sueños de poetas.

Sevilla es el Oriente de Occidente. Mirad sus cielos en los triunfos de la luz.

Amásanse en la paleta de la primavera los mejores cobaltos y las más puras esmeraldas, y tiñen el lienzo de los cielos con los colores de los sueños y de las esperanzas.

Y Sevilla vibra de presagios. Los olivos que la ciñen y las palmeras que la pueblan, anuncian el Domingo de Ramos. Los naranjos que la aroman, pregonan el sueño de las cofradías. Decanta el crotorar de la cigüeña, desde el pedestal de

los alminares, como la voz de un muesín, el esplendor litúrgico de la Semana de los Prodigios. Se bebe la emoción del presagio en el cáliz del aire. El pecho de la ciudad huele como el de una desposada, en las fiestas esponsalicias. Diríase que, como Venecia con el Adriático, renueva con el Betis sus esponsales. ¡Fulgentes desposorios!

...Y el alma cree con pasión polícroma, y la visión resurge, emerge del seno de la urbe, como de un lago azul de divinas serenidades, como de un acuático espejo que reflejara las fantasías de un Poniente soñado.

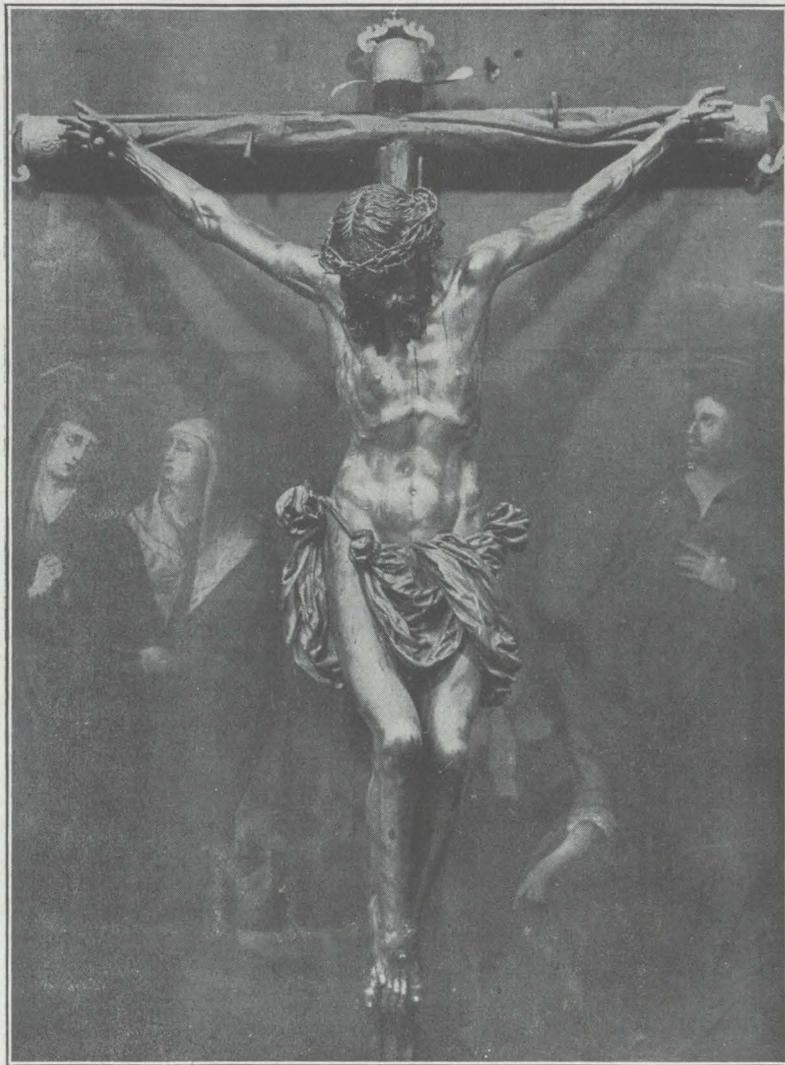
Y los pináculos de la Catedral y los árboles de los muertos, se metamorfosean en penitentes que se deslizan hieráticos, sumidos en la ingravidez de la abstracción interna, sombras de fantasmagoría en extraño aguafuerte.

Arde el jugo floral del Ándalus en la cera litúrgica de los «pasos», poniendo espectrales reflejos en los cárdenos rostros de los Agonizantes y prístinos albores en las frentes de las Dolorosas; envolviendo las imágenes en velos de luces, esfumando las visiones en cendales de sueño, velando los prodigios en brumas de ficción.

Son los «pasos» de los Cristos pedestales de la Pasión, montañas de la Fe y naves de Dolor; y los de las Vírgenes, albas de la primavera y bajeles de la gracia.

Emerge bajo palio el femíneo rostro divinizado, como la estrella matutina en la frente de la mañana. Destella el fulgor de la pedrería en el pecho de las Vírgenes, más que el rayo de naciente sol en el seno de la aurora. Dispara la mano de la fe, con el arco del corazón, la «saeta» del entusiasmo, que se clava temblante de emoción en el costado de los Cristos y en el pecho de las Vírgenes, o se pierde en el cielo sin fondo de la madrugada de los portentos.

Es la matraca de la Torre de la Esbeltez, crotorante



Cristo Ex. Montañés

Fot. Lab. de Arte-Sevilla

cigüeña, que canta la opacidad de la hora, supremamente dolorida.

Son las calles ríos de luces y de sombras y torrentes de músicas y de fragancias, y las plazas hirvientes mares de vitalidad.

Prodigan invisibles pinceles toda la riqueza del prisma, y derrochan impalpables espátulas todo el lujo del iris. Es-maltan intangibles manos todo el cromatismo del Mediodía, toda la policromía del Sur.

Florece en las peanas el barroquismo de la Bética; rutila en los bordados el arte de las hadas; argentea en los frisos el renacimiento de los Arfe; lampea en las gradas la pericia de los artífices; centellea en las varas el estro de los Segura; flamea en las bocinas la translucidez de la fiesta.

Vibra en el arpa del corazón el poema de piedad de la Virgen de Triana en las cárceles, llevando a los presos, con la esperanza de su advocación, la esmeralda de la libertad.

Y sobre todo este cosmos de las creencias y de las Artes; en la cúspide de esta apoteosis del lujo y de la belleza; en esta orgía de la elegancia, próceres y donaires plebeyos, donde triunfa la paradoja de la opulencia en torno a



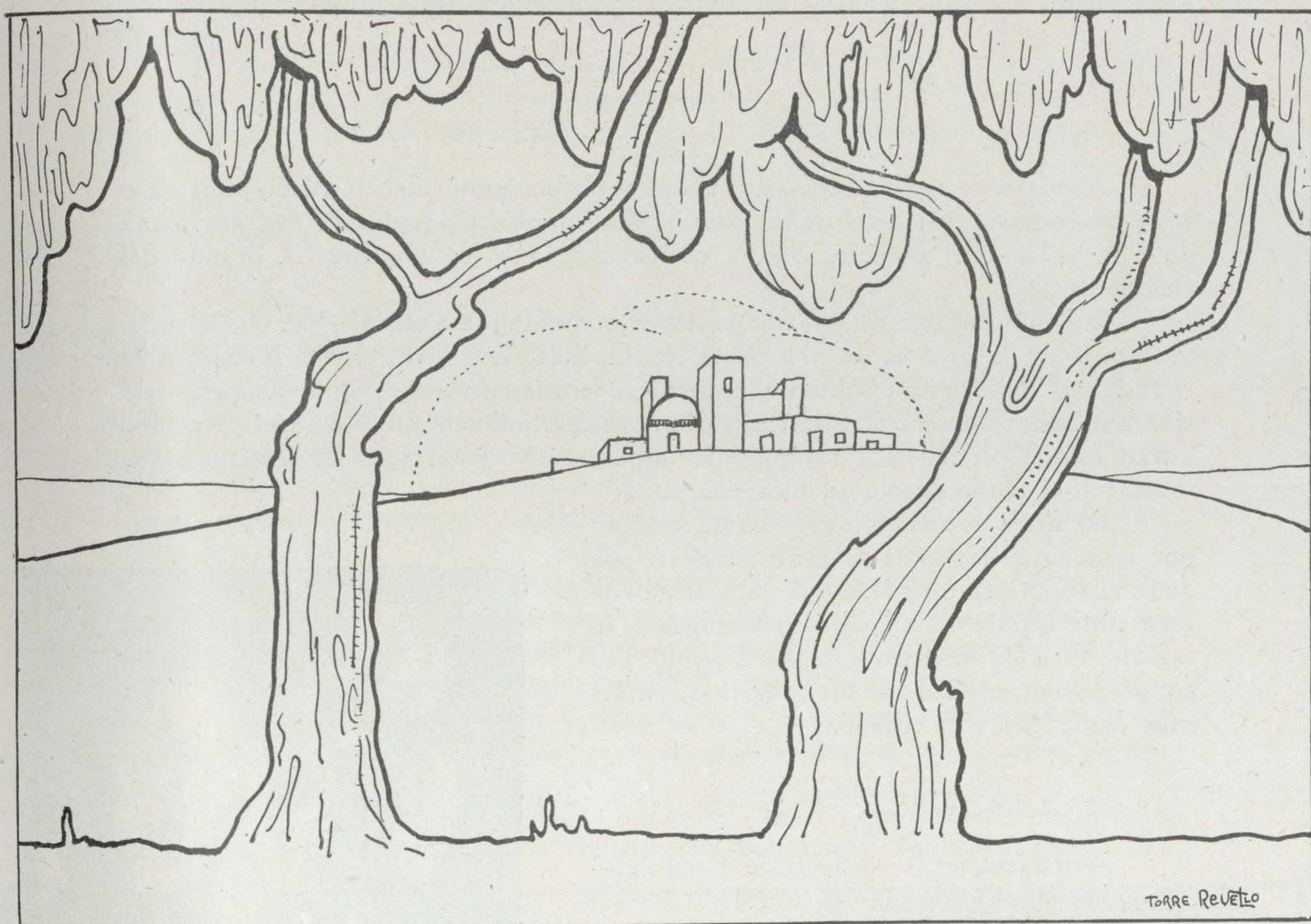
Cristo de la Expiración. - Detalle

Fot. Lab. de Arte-Sevilla

la humildad de Jesucristo, culmina la hispalense imaginería del siglo de oro, proyectando el sol de su victoria sobre los eslabones de los siglos.

EL SERMÓN DE LA MONTAÑA

Por JOSÉ TORRE REVELLO



TORRE REVELLO

CON ILUSTRACIONES DEL MISMO AUTOR

Si buscamos en la literatura de todos los países y en los libros sagrados de todas las religiones, la fuerza humanizante y cordial que se desprende de aquel sermón de la montaña de Jesús, no la hallaremos; jamás se han dictado a los hombres palabras más justas y más intensas de amor para sus semejantes.

Jamás poeta alguno, en el sentido más íntimo de la palabra, nos ha levantado el espíritu, decaído y enfermo, con palabras más alentadoras y sublimes—todas bondad y dulzura—llenas de fe fervorosa y de esperanza.

El Jesús del sermón no es el lleno de amargura en el «vía crucis», ni el trágico de dolor en el leño, ni el radiante de gloria en la resurrección; Jesús, en el sermón, es el hombre cordial y humano; su figura es semejante a la nuestra; lo hallamos lleno de bondad, compasivo y bueno. Sus palabras adquieren en aquel instante una fuerza intensa; suelen ser, a veces, sus palabras sentenciosas, pero sabe unir las con otras llenas de perdón, unidas de una infinita bondad, que es única.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Acababa de recibir Jesús, de las inmaculadas manos del Bautista, el bautizo en las sagradas aguas del Jordán, y había descendido en aquel instante, en forma de alba paloma, el Espíritu Santo, prenunciando a los hombres la llegada del elegido de Dios.

Después de cuarenta días en el desierto, donde fuera tentado por el demonio, y después de la prisión de San Juan en Galilea, iba Jesús desde Nazareth la callada, a Capharnaum la blanca, a predicar la buena nueva; seguía silencioso la ribera del mar, donde encontró a sus primeros discípulos Pedro y Andrés, Santiago y San Juan Evangelista, a los que más tarde debían agregárseles los restantes, que formaron el grupo selecto de los apóstoles.

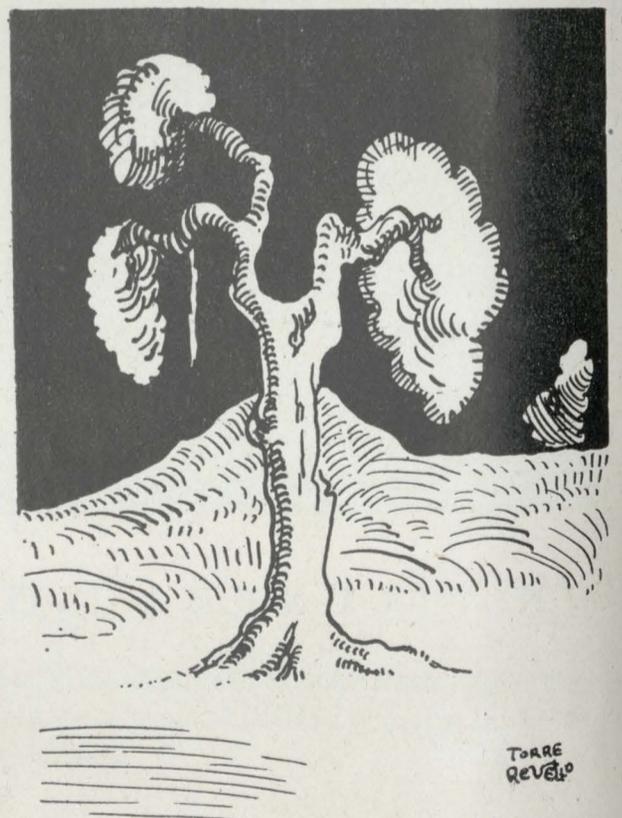
La fama de sus milagros había corrido por toda la Siria; éstos se multiplicaban por doquier Jesús se anunciaba, a la par que su voz repercutía sonora en las pétreas sinagogas de la región. Tras del Maestro y de sus discípulos se congregaban, ansiosos de luz y de vida, enfermos de espíritu y de cuerpo.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Jerusalem, que—al decir de Ezequiel—fué puesta en medio de las tierras y de las gentes, centralizada en la Palestina, iba a ser el vértice de donde surgirían hacia la periferia los rayos ramificantes de la nueva doctrina.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Avanzaba Jesús por los campos cubiertos de trigo; dejaba de lado los espesos bosques; subía y descendía por las movidas y tortuosas serranías.



En las llanuras, las legumbres verdeaban con sus matices a la tierra, y los árboles añosos hacían un paréntesis de color y de línea en la sin fin ringlera esmeralda; las plantas aromatizaban el ambiente, dulcificando la trayectoria, y el lirio, virginal y níveo, resplandecía con su color de pureza en las sinuosas praderas; el lirio, flor sublime que arrancó a Jesús aquellas palabras que cita San Mateo: «Considerad—dijo—cómo crecen los lirios del campo: no trabajan, ni hilan. Pues yo os digo, que ni Salomón en toda su gloria, fué cubierto como uno de éstos».

Lejos, los olivos y las higueras de quebraduras angulosas, junto con la vid, que tendía su ramaje tentacular, conjuntamente con la palmera datilera, erecta, frágil y esbelta, que eleva sus preces al cielo, completaban el paisaje, escenario de sus memorados hechos, conjuntamente con el algarrobo, el tamarindo, el sicomoro de oriente, el madroño y el nogal, los que al perderse lejanamente quebraban la indefinida línea del horizonte.

Desde la limítrofe Tetrarquía, de la lejana Judea, de Perea y desde Samaria, llegaban las gentes pintorescamente ataviadas, llenas de curiosidad, para oír la nueva palabra.

Descendió Jesús hacia un llano en los confines de Galilea, en las cercanías de la Mar Grande, y desde las vecinas ciudades marítimas de Tiro y Sidón, de la Fenicia, llegaron hasta Él multitud de enfermos y de necesitados de consuelo.

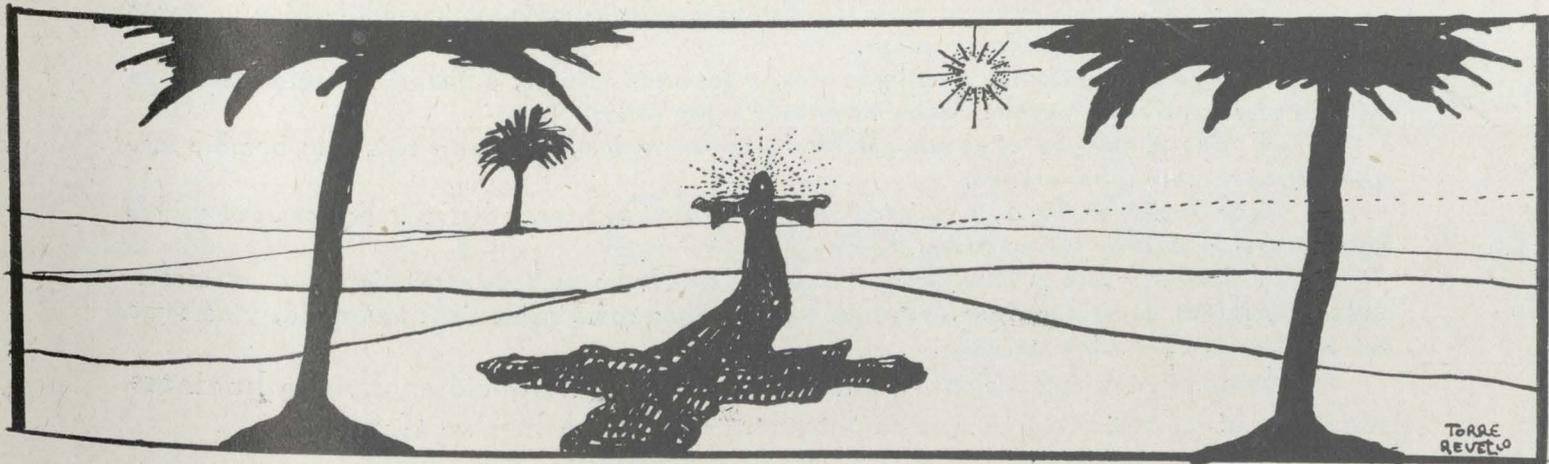
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

La mañana era primaveral; diáfananamente en la lejanía se fundían vaporosamente las suaves gamas de los campos, con el cielo.

Mirando a su alrededor el Rabí, vió la muchedumbre ansiosa de oír su palabra divina; sobre un pequeño altozano—diminutivo divinizado en montaña—se alzó la figura serena y bronceína de Jesús; el sol besaba su frente lumínica, su cabellera flotaba sobre sus hombros, movida por el viento, y su túnica—a la manera de una bandera de combate—, variaba, en constante movimiento, las líneas que perfilaban a Jesús.

El Maestro extendió su mirada bienhechora a su alrededor; a sus lados, silenciosos, sus discípulos; más atrás, la multitud. Miles de ojos se dirigieron hacia Él, miles de oídos se aguzaron para oír religiosamente aquellas cálidas palabras, que forman el capítulo de sus promesas divinas. Su rostro resplandeciente, se transfiguraba por su misión evangélica, y sus labios, al entreabrirse en aquel instante para sembrar sus palabras, comenzaron así: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos».

«Pobres de espíritu—escribe Giovanni Papini—son aquellos que tienen plena y dolorosa conciencia de su pobreza espiritual, de la imperfección de su propia alma, de la escasez de bien



que hay en todos nosotros, de la indigencia moral en que yacen los demás. Solamente los pobres que saben de veras que son pobres, sufren con su pobreza, y, porque sufren, intentan salir de ella...» «Aquellos, pues—dice más adelante—, que se confiesan pobres y sufren por conquistar la verdadera riqueza que es la perfección, serán santos, como santo es Dios, y de ellos será el reino de los cielos».

«Bienaventurados—dulcificaban los labios de Jesús—los mansos, porque ellos poseerán la tierra».

La multitud se inquietaba de alegría; hasta ellos llegaban sonoras las palabras divinas, y el Maestro con suavidad continuaba diciendo:

«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados».

«Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos».

«Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia».

«Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios».

Sus palabras adquirían, a medida que las pronunciaba, una dulzura inefable, que se hacía expresiva en sus gestos y en sus actitudes; el Rabí, radiante de amor, continuaba serenamente:

«Bienaventurados los pacíficos, porque hijos de Dios serán llamados».

«Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos».

«Bienaventurados sois, cuando os maldijeren y os persiguieren, y dijeren todo mal contra vosotros, mintiendo por mi causa».

Y en forma de consejo para los tímidos, les decía: «Gozáos y alegráos, porque vuestro galardón muy grande es en los cielos».

Cabizbajos, arrodillados, transmutados, avergonzados los más, seguían escuchando al Maestro, cuyos labios no se cansaban de pronunciar palabras de perdón y de bien; las palabras fluían llenas de encanto y de consejo.

«Vosotros sois la luz del mundo...» Después agregaba palabras de una consoladora cordialidad, que clarificaba a las almas lúgubres: «La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será luminosa».

«Buscad, pues, primeramente, el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas»—les decía a los ambiciosos de riquezas. «Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni allegan en trojes, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Pues no sois vosotros mucho más que ellas?»

«No queráis juzgar, para que no seáis juzgados».

«¿Por qué, pues, ves la pajita en el ojo de tu hermano y no ves la viga en tu ojo?»

«Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá».

«Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por él».

«¡Qué angosta es la puerta y qué estrecho el camino que lleva a la vida, y pocos son los que atinan con él».

«No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese entrará en el reino de los cielos.»

Con la parábola siguiente terminó aquella mañana aquel sermón divino, ante los ojos atónitos de sus oyentes:

«Pues todo aquel que oye estas mis palabras y las cumple, comparado será a un varón sabio, que edificó su casa sobre la peña».

«Que descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron impetuosamente en aquella casa, y no cayó, porque estaba cimentada sobre peña».

«Y todo el que oye estas mis palabras y no las cumple, semejante será a un hombre loco que edificó su casa sobre arena».

«Que descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron impetuosamente sobre aquella casa, y cayó, y fué su ruina grande».

«Y sucedió—dice S. Marcos—que cuando Jesús hubo acabado estos discursos, se maravillaban las gentes de su doctrina». «Porque los enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas de ellos y los fariseos».

Estas fueron las últimas palabras que Jesús pronunció en aquella luminosa mañana, en el altozano en que se detuviera en los confines de Galilea...

ME ESCUDA LA FE. AL PRESBITERO,

CURA PÁRROCO DE CHIPIONA Y ARCIPRESTE
DE SANLÚCAR DE BARRAMEDA, D. FRANCISCO
LARA ARAUJO, CON TODO AFECTO.

Cada vez que, falaz, la duda impía
En mi mente tranquila ha penetrado,
Con profundo desprecio la he lanzado,
Venciendo su implacable tiranía.

Despótica, insolente, dura y fría,
En vano tenazmente ha batallado
Por reducirme a su fatal reinado,
Y en sombras abismar el alma mía.

En la existencia de mi Dios yo creo
tan ciega, fervorosa y firmemente,
Que si miro al espacio allí lo veo:

De la nube en el velo transparente,
De la estrella en el vivo centelleo
Y del sol en el disco refulgente.

MANUEL CALVO ARAUJO

LA SAETA MAL CANTADA

DE MI ROSARIO EMOCIONAL

En este ambular mío, melancólico, abstraído, a través de la fiesta espiritual de Sevilla, todo ante mí—seres y cosas—se inmaterializa, se hace impersonal, sobre el fondo de magnificencia de la urbe en oración. Sólo veo almas.

La misma ciudad es toda, a mis ojos, una forma imprecisa—un alma—postrada, orante cara al cielo. Su única rebeldía—la Giralda—se desvanece, se disuelve en la nube sutil de una plegaria que, hiriendo a la noche, busca a Dios.

De este mi vagar incierto a lo largo de la Semana Mayor de Sevilla, he formado un rosario de emociones.

De mi rosario, te ofrezco aquí, lector amigo, una rosa emocional. Sólo una. Sevilla es rosal inagotable para los espíritus sensibles, y ocasiones habrá para rendírtelas todas si en ésta hallas fragancia y dulzura.

La arranqué de un sucedido pequeño, vulgar; quizá se te antoje insustancial. Pero de lo trivial—más que de lo grande—ahondando hasta el espíritu, tendiendo hacia el alma de las cosas, brota la gota de agua dulce de la emoción. ¡Elíxir del poeta!

Sé tú poeta conmigo. Si no es este el camino para ser feliz, no lo hay para el hombre.

ESCENARIO

La plaza de la Campana. Corazón de Sevilla en su fiesta mística. Allí fluye y refluye todo el caudal de sangre de sus fervores religiosos y de sus arrobos angélicos.

¡Campana! Voz de la lejanía. Latidos vibrantes que a lomos del viento nos traen ecos de victoria y de alarma, de paz mansa, de rezo mudo, de llanto funeral, de júbilo de alba.

¡Campana! Símbolo del buen consejo, escuchado en los años tiernos, que repercute incesante en las horas difíciles de nuestra vida. ¡Cuántas ideas torcidas hallarían contrición antes que realidad si se albergara en nuestro oído el oportuno plañir de una campana!

Este coso sevillano es alegoría de una campana; como lo fué aquella que la Justicia máxima, armando de siniestra energía el brazo débil de Ramiro de Aragón, el menospreciado «Rey Cogulla»—contra la soberbia indómita de sus nobles—hizo en Huesca y cuya trágica vibración se expandió por el orbe, con el sangriento ejemplo de unas testas primates segadas, por no saber inclinarse en el respeto a la investidura.

Pero esta otra alegoría es dulce, es amable. Los latidos de esta Campana se traducen en bandadas de aves blancas, que llegan también a todos los ámbitos: una ala, la fe; otra, el arte, y en el pico una rama de paz.

Una legión de almas en admirativo homenaje, contempla el paso de su Rey Ideal; del Dios Mártir que entra escoltado por los soldados del silencio. ¡Hueste de paz—armaduras de sayo, alabardas de cera con las puntas fulgentes de sus corazones en llamas de amor y de fe—van a la conquista de un reino de promisión!

De un ángulo de la plaza, un alma se ha lanzado al espacio en una «saeta».

¡Cómo mueve el corazón esta plegaria en arpeggios, este sollozo musical, que se hace lágrima sonora al resbalar por los peldaños de cristal del aire!

¡Momento inenarrable...!

PERSONAJES Y ACCIÓN

Descendamos a la materia. ¡Qué leve, sin ella, sería la misión del alma!

En uno de los balcones sobre la plaza, está ella. Ella... ¿para qué su nombre? Ella, sevillana y morena. Esa morena y sevillana que evocó Campoamor ante una mujer adorable e interesante que la llama del amor hizo ceniza gris.

Ella va a cantarle una «saeta» al Gran Poder. Familiares, amigas y amigos la rodean, alentándola a cumplir el voto. Todos saben de su dilatado ensayar—día tras día, semanas enteras—el arte de esa copla que su voz de plata nunca supo modular con éxito. Pero ninguno sabe la íntima demanda que ha de enviar envuelta en sus melódicos giros.

Ella está enamorada. El mozo la merece. Es gentil y de méritos reales. Su rostro se ilumina con una sonrisa eterna y simpática, que dijérase esculpida en su boca desde la cuna... ¡y cómo la desconcierta a ella aquella sempiterna sonrisa, tan enigmática como la de Gioconda! ¿Jovial, burlona, afectuosa, hipócrita, cortejadora, cariñosa...? ¡quién sabe! Ella adivina amor en aquel sonreír, pero acaso su tierna inclinación se lo pinta así. ¡Ella está enamorada! ¡Espera!

¡Esperar! Pena de incertidumbre de la mujer, atisbando en el vacío una promesa de la vida, que vendrá... ¡o no vendrá!

Él es aquel que está a su diestra, y sonríe, sonríe acodado en el balcón, en espera del «paso» santo. Aquel que ahora le habla cerca. Aquel que ¡ha dejado de sonreír! y sus labios tiemblan al hilvanar, torpemente, difícilmente, unas palabras... Tal vez las mismas que ella oyó en sus sueños de esperanza y acogió en su corazón, como el campo sediento la lluvia tardía.

El sueño se hizo tangible. Le oye, le oye, arreboladas las mejillas, batiente el pecho, transportada, ausente de todo lo ajeno.

Yo, expectante y poeta, oigo el alborozo de su corazón. Ni advierte que la imponente majestad de Jesús del Gran Poder hizo un alto al pie de sus balcones, ni oye cómo van expirando en el aire los postreros lamentos de una «saeta», en una cadencia dulcemente sostenida.

El apremio de sus circundantes se hace insistente:

—¡Ahora! ¡ahora! —¡Vamos, mujer! —¡Sin miedo!

Ella, vuelve de su entrega sentimental. Yérguese maquinalmente y exordia... ¡Aaaay!

LA SAETA MAL CANTADA

¡Emoción, emoción!, ¿qué garganta podrá contenerte en el hilo de un sonido melodioso?

La copla media entre desaciertos y temblores, y, al elevarse en un agudo, se desborda en una disonancia estridente, ofensiva. Ella cesa brusca, hurta el rostro en el abanico de seda de las manos y huye casa adentro.

El balcón queda vacío. El enemigo común ha aprovechado la ocasión propicia para volver las almas a su envoltura pobre y romper la solemnidad del momento insigne.

Una carcajada general puebla el espacio. A mi lado, un hombre del pueblo murmura entre indignado y zumbón: —¡No te va a salí torsío ni ná, sentraña, lo que has pedío a Dió, con eso!

Yo le desdeño. Mi imaginación ha seguido a Ella. La ve hundida en un sillón, dejando escapar arroyuelos de plata por el macizo de amapolas de sus mejillas. Todos son a consolarla. Para ellos su llanto es bochorno de fracaso. Para mí es llanto de felicidad.

¡«Saeta» mal cantada!, ¡qué repercutir más delicioso has tenido en el alma de cristal de un poeta!

Cintas de sueños rosados. Mariposa de la ilusión. Verdores tenues de esperanza larga. Palomas blancas de anunciación. Campanillas de alegría. Ansias y suspiros. Todos los temblores íntimos de un alma virgen de mujer iban en ti.

¡«Saeta» truncada! Has caído a los pies del Señor, como un ramo fragante de flores silvestres—aromas de sinceridad—alborotadas por el vendaval de la dicha. En el divino rostro, dolorido y agónico, se ha enseñoreado una sonrisa de infinita bondad. ¡Yo, poeta, le he visto sonreír!

J O S É

M.^A MONFORT

LA GRACIA DEL DOLOR

*La rubia espiga triturada,
así nos da la harina en flor,
todo se vuelve blanco y puro
bajo la gracia del dolor.*

*Del árbol bello y arrogante
las ramas poda el leñador,
para que dé más dulce fruto
bajo la gracia del dolor.*

*El vil pedrusco calcinado
sufre el martirio del calor
y muestra el oro refulgente
bajo la gracia del dolor.*

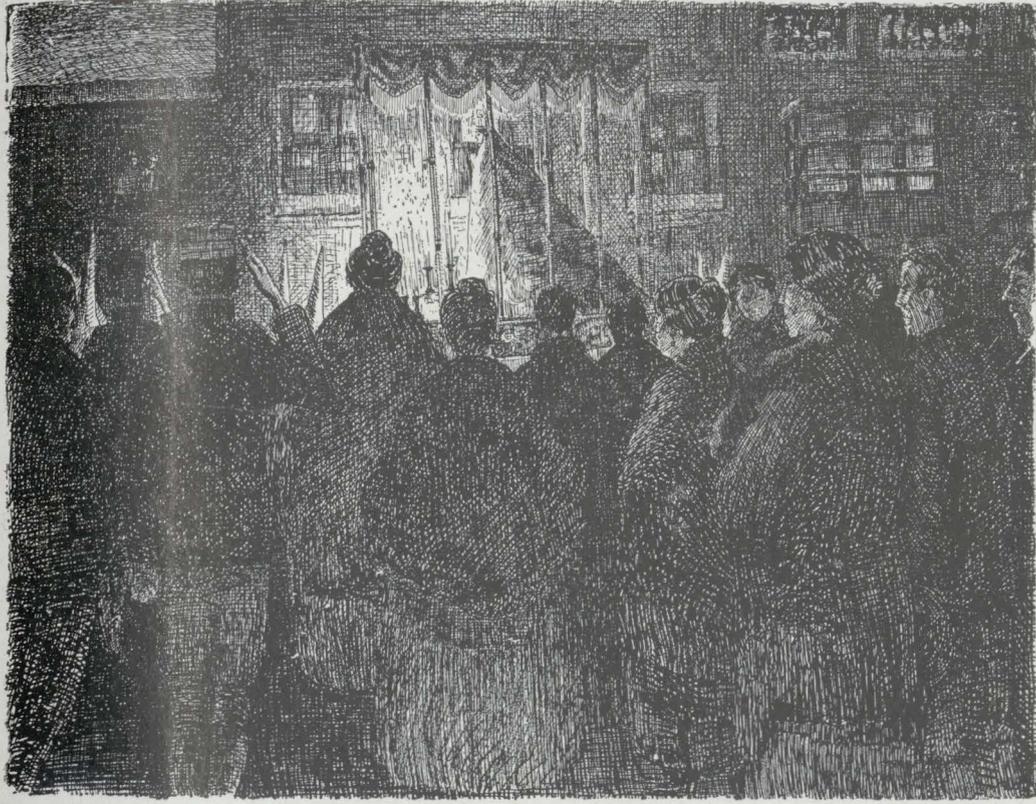
*La tierra es duro en el invierno,
se cubre en mayo de verdor:
Naturaleza se embellece
bajo la gracia del dolor.*

*En las entrañas de la madre
un nuevo germen puso amor
y surgirá la vida nueva
bajo la gracia del dolor.*

*Alma que buscas con anhelo
para tu noble y alto vuelo
todas las cumbres de esplendor,
nunca serás grande y sublime
si antes no sientes que te oprime
la dura mano del dolor.*

AMANTINA COBOS
DE VILLALOBOS

CUENTOS DE LA SEMANA MAYOR. MIJITA



E P

S R

T I

A M

M E

P R

A A

A PENAS el Sol había empezado a asestar sus lanzadas de luz blanquecina sobre la entenebrecida tierra, cuando ya el tío Blas tenía puesto en planta al chiquitín que le servía de lazarillo unas veces y siempre de gancho para remover los dormidos sentimientos de caridad en los transeuntes.

Contaría el arrapiezo de nueve a diez años de edad, aunque por lo desmedrado de su cuerpo no representaba más de seis, motivo por el cual llamábale «Mijita» el sempiterno invocador de Santa Lucía, que le hacía pasar por hijo suyo, sin ser más padre de él que del preste Juan de las Indias. Y, aunque criado en ese torpe oficio de la mendicidad—posible únicamente en los pueblos donde no existe una buena organización de la Beneficencia—y acostumbrado a rozarse con gente encanallada, a la que una malsana vocación mantiene retenida en los bajos fondos del vicio, la condición del muchacho era muy diferente de lo que exigía el medio en que se desarrollaba. Conservaba, pues, la pureza de su alma, cosa rarísima en niños de su jaez, y a través de la mirada serena de sus grandes ojos garzos se adivinaba que la malicia no había germinado aún en el corazón de aquella criaturita.

Como la despensa del fingido ciego no contenía más que algún que otro mendrugo, atacable solamente por los afilados caninos de un lobo hambriento, el pobre «Mijita» hubo de contentarse con ir ejercitando en ellos la fortaleza de su menuda dentadura, para poder aplacar la inquietud que sentía en las paredes del estómago.

El tío Blas le había echado a la calle muy temprano, con el fin egoísta de que, aprovechando la festividad del día, le trajese abundante provisión de monedas con que apagar su hidrópica sed de aguardiente en uno de los ventorrillos establecidos en las afueras de Triana.

Desconocedor de la topografía de la ciudad, «Mijita» caminaba despacio para retener en su memoria los lugares, y de vez en cuando apretaba ferozmente las mandíbulas por si lograba ablandar entre ellas los endiablados mendrugos, cuya dureza hubieran envidiado seguramente los gigantescos estribos de piedra del soberbio puente de Isabel II.

El azar condújole a la grandiosa Basílica, orgullo del orbe cristiano, que alza sus góticas naves al pie de la morisca Giralda, y en ella se introdujo atraído por los sonos del órgano y el olor del incienso y la mirra, tanto como por la afluencia de fieles que a sus puertas llegaban para asistir a la fiesta de la bendición de las palmas, ceremonia conmemorativa de la solemne entrada del Redentor en Jerusalén.

Aunque el muchacho distaba de ser artista tanto o más que su inhumano explotador de ser persona decente, la magnificencia del templo que ha confirmado el calificativo de «locos» para los que en un arranque maravilloso de religioso entusiasmo acordaron construirlo, se impone hasta a las inteligencias más refractarias a las sugerencias del Arte. Las horas pasaron sin que él se diese cuenta, y sólo se alejó de allí cuando llegó el instante de cerrar las pesadas puertas, que rechinaron ásperamente al girar sobre sus goznes.

Fuera, el Sol había extendido todo el oro de su luminosa paleta por encima de las fachadas de los edificios, que resplandecían bajo aquella brillante pátina; las campanas dejaban escapar en tropel sus alados sonos, y en las altas torres, briosamente dibujadas sobre el añil del cielo, las palomas lucían el blancor de su plumaje, voluptuosamente acariciadas por el tibio calor del astro rey.

«Mijita» contemplaba extasiado el aspecto de la calle Cánovas del Castillo—vía moderna digna de una ciudad en pleno progreso urbano—y de la gran plaza de la Constitución, más conocida por su antiguo nombre de «San Francisco», evocador de pasadas centurias.

Esta última ofrecía un golpe de vista maravilloso con sus palcos adosados a la fachada E. de las Casas Capitulares y sus centenares de sillas cubriendo casi todo el espacio que la forma, a excepción de un pasillo como de media docena de metros para el tránsito de las cofradías.

Sin salir de aquel lugar, que ejercía sobre él una fascinación parecida a la de la serpiente sobre los incautos pajarillos, el pobre diablo estuvo dando vueltas hasta las tres de la tarde, completamente abstraído en la contemplación honda y persistente de las cosas, nunca vistas ni aun sospechadas por él, que se le presentaban de pronto dejándolo sujeto en las redes de la admiración. Por doquiera cruzaban nazarenos con túnicas blancas, moradas o negras, ricas las unas, modestas las otras, pero todas de formas extrañas, llevando liado a la cartonera el largo antifaz, quienes dirigiéndose presurosos a los templos donde se hallaban preparadas, para hacer estación a la Santa Catedral, las imágenes de sus respectivas Hermandades. Las sillas empezaban a llenarse de gente ataviada con sus galas festeras, en las que se destacaban las notas de color, extraordinariamente sugestivas y variadas, de las toaletas femeninas. Atronaban el aire los pregones de los vendedores que recorrían la carrera haciendo propaganda de sus productos, y de vez en cuando la brisa arrastraba pesadamente oleadas de embriagadores perfumes que «Mijita» aspiraba con voluptuosidad.

Acostumbrado desde que tuvo uso de razón a frecuentar las polvorientas carreteras de Andalucía y Extremadura, en busca de la feria de turno, o las terrizas calles de los pueblos del itinerario en solicitud de la limosna, no muy abundante por cierto, que permitía a él y a su supuesto padre, «ir tirando de la pícara vida», la infeliz criatura se encontraba en la maravillosa urbe hispalense como bajo la acción de uno de los sueños de «Las mil y una noches».

Sin acordarse de ejercer su lucrativa industria, continuó paseando por las calles céntricas de la ciudad sus miserables harapos, de los que se apartaba la gente con repugnancia, lo mismo que si fuese un apestado, soportando pacientemente el regalo de los empellones con que los guardias urbanos—¡oh paradoja!—suelen obsequiar a los niños descalzos y mal vestidos que osan mezclarse entre la gente endomingada. Y luego, al empezar a levantarse las sombras que sirven de cortejo al pálido cadáver del Sol, cuando las agudas notas de las cornetas y el redoble marcial de los tambores anunciaban la llegada de la primera cofradía a la típica calle Sierpes—reina de las calles sevillanas—, «Mijita» se sintió dominado por el asombro. Él no había visto jamás cosa semejante ni concebía que pudiera haberla en el mundo. Las andas de los «pasos» figurábansele de oro macizo; tomaba las llamas de los cirios por estrellas desprendidas de la celeste bóveda, que brillaban en competencia para dar realce a las soberbias peanas, a los artísticos candelabros, a los costosos palios sostenidos por varales de argento, y a las sagradas imágenes que, envueltas en el humo del incienso y en el perfume de las flores, ofrecíanse a la devota contemplación de una muchedumbre embebecida; las gargantas, los senos y las manos de las Vírgenes, eran como un revolotear de mariposas de luz que se le entraban por los ojos y le producían una extraña fascinación. Y todo esto, unido a los graves acordes de las marchas fúnebres o a las doloridas cadencias de una «saeta» que salía gemidora de labios femeninos, formaba tal conjunto de sugerencias que bastaban para mantener al muchacho sumido en una especie de éxtasis.

El pobre diablo ignoraba el sentido de las cosas que veía, y se preguntaba si aquellas señoras, cubiertas con mantos de terciopelo bordados en oro y adornadas con joyas deslumbrantes, a las que llevaban como sobre un trono, serían reinas; y de haber podido penetrar por entre las filas de enmascarados que las precedían portando luminarias en las manos, se habría arrodillado a sus pies para demandarles protección.

Ya había pasado la última cofradía por la calle alegre y evocadora con que sueña todo sevillano ausente, y todavía continuaba el chaval bajo la sugestión de aquellas célicas visiones nunca contempladas por él en la realidad de su continuado vagabundaje por carreteras y ferias de mala muerte, en persecución de la limosna arrancada a fuerza de quejumbres. Los empujones de la gente que se desbordaba en todos sentidos, le hicieron salir de su ensimismamiento, y fué entonces cuando recordó que tenía que volver al lugar en que el ogro a quien llamaba padre le estaría aguardando impaciente, y cuando se dió cuenta de las molestias que experimentaba su estómago, forma natural de protesta del aparato digestivo contra una abstinencia algo prolongada. Apretó, pues, el paso y en menos de un cuarto de hora recorrió la enorme distancia que separa el centro de la ciudad de las miserables edificaciones levantadas más allá del Patrocinio, a donde llegó al mismo tiempo que las campanas de los relojes del barrio daban, unas tras otras, graves y solemnes, las once de la noche.

E S
S E
T G
A U
M N
P D
A A

Al llegar «Mijita», jadeante por consecuencia de su prolongada carrera, a la puerta del cuchitril que le servía de guarida, oyó al viejo toser con tanta fuerza como si estuviese en trance de echar por la boca el contenido de su cavidad torácica, y proferir seguidamente una sarta de maldiciones que alcanzaron a todo el santoral romano.

Estremeciéndose de espanto el chiquillo al escuchar la colérica voz del mendigo, con tanto mayor fundamento cuanto que llevaba los bolsillos exhaustos—delito horrendo a juicio del tío Blas, quien por esta causa fortuita se vería privado de su cotidiana ración de «anís arrancarrejas»—, y de bonísima gana hubiera puesto entre ambos más tierra que hay desde la vega de Triana a Cantón.

No obstante, le era indispensable de todo punto entrar, así es que empujó la desvencijada puerta, y el débil resplandor de un cabo de vela, recogido quizás en algún montón de basuras, le hirió el rostro con una confusa claridad.

El tío Blas, rendido a consecuencia del acceso de tos sofocante que acababa de sufrir, apenas si se movió al ruido de la puerta. Limitóse a levantar la cabeza y a descargar sobre la raquítica figurilla del recién llegado una furibunda mirada, más penetrante que la aguda hoja de un puñal.

«Mijita», ante la influencia de aquella mirada amenazante, empezó a temblar como un atacado de epilepsia. Él sabía por una experiencia harto dolorosa lo que solía venir tras una de esas miradas implacables e hirientes del fingido ciego.

—¿Te paese güena hora e vení?—exclamó al fin con la voz sorda y reconcentrada peculiar en él cuando le dominaba la ira.—¿Aónde haj ejtao?

La criaturita seguía temblando al mismo tiempo que se esforzaba por hallar una contestación que satisficiera al encorajinado viejo.—Po... po...—logró al fin balbucear—h'ajtao... po... toaj laj caye... pidiendo... ¿No lo sabe usté?

—¡Habráj arrecogió mucha tela cuando taj tardao tanto!—replicó el tío Blas dulcificando bastante la voz.

Al zagal se le subió de pronto toda la sangre a la cabeza y estuvo a punto de caerse desplomado. ¿De dónde iba él a sacar el dinero que el viejo suponía en su poder como producto de un día entero de estar implorando la caridad pública? ¿Y cómo confesar que llevaba los bolsillos tan vacíos como el estómago?

Quedóse sin saber qué decir, no obstante los esfuerzos de su precoz inteligencia para salir de aquel atolladero.

El silencio del muchacho pareció de muy mal agüero al tío Blas, quien se puso como sobre ascuas.

—¡Amoj—gruñó colérico—, a sacá la lú o te saco yo loj reaño, sinvergónsón!

«Mijita» quiso retroceder para ponerse a salvo, pero sus piernas, rebeldes a los impulsos de la voluntad, no se lo permitieron. El fingido ciego alargó uno de sus brazos sarmentosos y lo cogió por la destrozada chaqueta, que crujió, dejándole al descubierto la amoratada espalda.

—¡Arsa, ladrón, apoquina o te egüeyo!—gritó al mismo tiempo que le metía una de las manos en los bolsillos, escudriñando con avidez por si el chiquillo se había reservado alguna moneda.

Cuando se convenció de que éstos se encontraban vacíos, zamarreó al pobre niño como si fuese un pelele, y le dió un terrible empujón que le hizo caer al suelo.

—¡Jurrio d'aquí, granuja—vociferó indignado—y que yo no te vea má!

Y alzó el brazo derecho, armado de grueso garrote, dispuesto a descargarlo sobre su víctima.

Pero «Mijita» logró esquivar la brutal acometida, poniéndose de pie y saliendo a la calle rápido como una exhalación.

Después corrió, corrió mucho, sin descansar, creyendo ver siempre detrás de sí a su implacable verdugo, que esgrimía en su diestra el pesado báculo de férreo regatón con que más de una vez había medido sus endebles costillas. Y tanto corrió que, falto de fuerzas y sin aliento, se dejó caer sobre la tierra, más blanda a veces que el corazón de muchos seres humanos.

El miedo, el cansancio o la debilidad producida por el largo ayuno, hicieron presa en sus nervios, excitándolos de tal suerte que el pobre niño, víctima de una agitación espantosa, con el corazón convertido en potro salvaje dándole botes dentro del pecho, y el cerebro en tensión horrible, quedó desvanecido en el suelo, cuyo frío contacto iba helándole la sangre.

E T
S E
T R
A C
M E
P R
A A

Las calles de la ciudad, antes estrechas para contener a la multitud, habían quedado completamente desiertas. Toda la animación estaba reconcentrada en las inmediaciones de los templos donde, ya más de mediada la noche, entraban con cierto desorden las cofradías. Poco tiempo después, el silencio se adueñó de la población, entregada a la suave y deliciosa embriaguez del sueño.

Repentinamente, la calle Sierpes se vió invadida otra vez por el gentío que horas antes la llenara. Oíanse claras y distintas las marchas fúnebres ejecutadas por las bandas militares, el vibrante redoblar de los tambores y las cálidas notas de las «saetas» que temblaban en el aire al salir como rítmicos gemidos de los labios, trémulos por la emoción, de los devotos; y veíase la doble fila de nazarenos graves y mudos, sosteniendo en la enguantada mano el cirio lagrimeante que trazaba en el pavimento una estela de cera amarillenta y resbaladiza. El paso del divino Redentor con el pesado madero sobre los acardenalados hombros, levantó un murmullo de honda angustia en la apiñada muchedumbre. Una voz argentina de mujer rasgó los aires como una flecha sonora, deshaciéndose en cadencias y modulaciones parecidas a las de una *seguidilla* gitana:

«Míralo por donde viene — er mejón e los nasíos...»

Metiéndose por entre las piernas de los curiosos agolpados en las bocacalles, un chiquillo que apenas representaría siete años de edad, escualido y harapiento, había logrado colocarse en la primera fila para contemplar más a su sabor el desfile de la cofradía.

De pronto apareció el paso de la Virgen envuelto en los múltiples resplandores que las labradas velas arrancaban al oro y a la pedrería acumulados sobre la imagen por el fervor de varias generaciones de creyentes. El muchacho, al ver a la madre del Redentor vertiendo las perlas fulgurantes de su llanto, con mortal ansiedad retratada en el semblante y extendidas las manos, hechas de nardos y jazmines, hacia el lugar por donde caminaba el Hijo de sus entrañas abrumado bajo la carga del afrentoso patíbulo, sintió que una emoción infinita se apoderaba de su alma; recordó vagamente el rostro de una mujer que, llorando también, le estrechaba contra su corazón y le besaba con delirio; y sin fuerzas para sostenerse de pie, cayó de rodillas delante del magnífico paso, detenido en aquel momento por un fuerte aldabonazo y una voz imperiosa de hombre que gritaba: «¡Valientes... una paraíta suave y quearse paraos... ¡A esta é!»

Entonces cuentan que ocurrió el hecho más extraordinario e insólito que ningún ser humano pudiera imaginar. Todos presenciaron, mudos por el asombro, cómo la Virgen descendía al suelo por una escala luminosa y, acercándose al golfillo, que continuaba arrodillado, lo levantaba en sus amorosos brazos y cubría sus pálidas mejillas de ardientes besos—esos besos que sólo pueden imprimir los labios de las madres—, y, sostenida por coros de ángeles, se elevaba majestuosamente al cielo, llevando consigo a aquella inocente criatura abandonada, cuya tierna almita, a la que no habían llegado aún las salpicaduras del lodo de la tierra, era digna de ascender al trono del Señor.

A la mañana siguiente, unos trabajadores encontraron en la vega de Triana, a corta distancia de la *Madre vieja*, el cuerpo inanimado de un niño como de diez años de edad, cuyo vestidito hecho jirones dejaba al descubierto sus carnicitas lívidas.

Estaba muerto; pero su semblante tenía la placidez de los sueños azules de la inocencia, y en sus labios, blancos como dos pétalos de azahar, brillaba el suave resplandor de una sonrisa dulce y amorosa.

Era el pobre «Mijita», cuyo espíritu había volado al cielo en aquella noche de Semana Santa, acariciada por el beso de luz de la pálida Luna.

MANUEL CONTRERAS CARRIÓN
ILUSTRACIÓN DE JOSÉ TORRE REVELLO



FOTOGRAFÍA LABORATORIO DE ARTE

SEVILLA

CRISTO DE SAN AGUSTÍN

(DETALLE)

PARROQUIA
DE SAN ROQUE EN SEVILLA



CRISTO DE LA CONVERSIÓN

DEL BUEN LADRÓN

CAPILLA
DE MONTSERRAT

EN SEVILLA

FOTOGRAFÍA LABORATORIO
DE ARTE. SEVILLA

LA QUE AMÓ AL DESCONOCIDO

Nació fea, muy fea, tanto, que hizo cruzar por la mente de su padre, al contemplarla, una amarga sospecha esfumada rápidamente ante la realidad, mil veces demostrada, de las virtudes maternas.

De padres modelos de perfección física, progenitores de hijos que constantemente les hacían sentir el orgullo de la admiración ajena, nacía aquella criatura deforme,

de rostro repulsivo, que, de haber sido conocida por Darwin, le hubiera arrancado una exclamación de júbilo.

Siendo niña, cuando las amistades de sus padres proferían las más exaltadas alabanzas en honor de la belleza de sus hermanos, ella sólo escuchó el frío elogio, empañado por hipócrita cortesía, de «niña hermosa».

Al tópico de su hermosura de niña, expresivo no de la exuberancia armonizada y estética de su cuerpo, sino de la abundancia de su carne, substituyó el de su bondad como mujer que oculta, piadosamente, la fealdad femenina.

No conoció el piropo callejero que provoca la belleza, porque la suya estaba oculta en su pecho. ¡Si el alma fuese visible, la Humanidad se hubiese postrado ante ella!

A fuerza de pasar inadvertida, aún para sus propios hermanos, llegó a olvidarse de sí misma y vivió sólo para los demás.

Conoció el amor, no porque el ajeno hacia ella lo hiciese germinar en la reciprocidad de los sentimientos afectivos, sino por ser su corazón venero inagotable de amor.

Sólo una vez dejó de amar para odiar su propia vida, por miedo a la soledad. Fué al pensar que su madre, enferma, iba a morir, privándola de la alegría de su existencia, de su inmenso cariño, de quien conociendo, únicamente, las bellezas de su espíritu, sabía hacerle olvidar, con el elogio de ellas, la fealdad risible de su cuerpo.

Obscurecida su razón por la irremediable pena, presa su espíritu del terror a la soledad, odió la vida y quiso morir. Ella, que olvidada de su propia existencia rogó siempre por la felicidad ajena, sintió, por vez primera, el egoísmo, y sus labios musitaron una plegaria que resonó en su cerebro con el triste gemido de campanas funerales.

Queriendo ocultar sus lágrimas, corrió a su alcoba, y allí, tirada sobre la cama, con la cara hundida en la almohada para ahogar sus sollozos, lloró con la infinita amargura del vencido.

Así permaneció largo rato, en completa abstracción de cuanto la rodeaba. De repente cesó en su llanto y, como iluminada por una idea salvadora que ahuyentaba su miedo, asomó a su rostro una leve sonrisa de esperanza. Con entereza de ánimo insospechada, resolvió matarse al expirar su madre. Era una cobardía que necesitaba decisión de héroe, y ella iba a consumarla por haber templado su alma en el yunque de la abnegación constante.

Ya no estaría sola. Rogaría postradamente que las enterrasen juntas: en la misma caja. Sus almas se besarían eternamente unidas, prodigándose el consuelo de su mutuo cariño, y sus cuerpos se confundirían en un puñado de cenizas.

Rápidamente se incorporó, dispuesta a escribir su última voluntad. Mientras su cerebro meditaba la forma de justificar su desvarío, sus ojos, como atraídos por una fuerza divina, fijáronse en la imagen que, colocada a la cabecera de su cama, parecía velar por la pureza de sus concepciones cerebrales. Era Jesús del Gran Poder, que, soportando resignadamente el peso de su cruz, caminaba sumiso hacia el Calvario.

Ella lo supuso agobiado y contempló su semblante sereno, inclinada la cabeza sobre el pecho—sacrosanto cofre de amor excelso—, sin que su rostro reflejase la más débil rebeldía. Consideró su indiferencia ante el dolor que pudo cesar por el mandato de su voluntad divina; el sacrificio de aquel Dios por la redención de los mismos hombres que le escarneaban; su plácida expiración rogando por sus



verdugos... Y sintiendo el reproche de su propia conciencia, cayó de rodillas ante la imagen. Lágrimas de arrepentimiento resbalaron por sus mejillas y sus labios formularon la promesa: «Sálvala, Padre mío, y mis pies descalzos seguirán tu ruta en la Noche Santa!»

xxxxxxxxxxxxxxxx

Rasga el espacio el sonido estridente de un clarín, que pulmones de titán le hacen entonar sentida «saeta» en alabanza del Dios-Hombre. Brillan las cornetas a la luz de los focos y escúchase el piafar de los caballos, primorosamente enjaezados. Son los heraldos de la Sagrada Imagen, que escoltan centenares de fieles.

Tras un desfile interminable de nazarenos, que con las llamas de sus cirios enhiestos parecen purificar el espacio que ha de surcar el Mártir, surge, envuelto en resplandores de fe, la grandiosa humildad del milagroso Cristo. Es Jesús del Gran Poder, a quien el amor de los sevillanos sustituyó el pesado y tosco madero por artística cruz y vistió su divino cuerpo con las más ricas telas, de primorosa argentería, como suprema expresión del homenaje humano.

Tras el «paso», como estela de su omnímodo poder y de su bondad infinita, marchan en compacto grupo los penitentes. Son redimidos que pregonan su fe.

Entre ellos, con los pies descalzos, camina una mujer que, en constante oración, pide a Cristo el perdón de una ofensa, inferida en un raptó de dolor, y le ofrenda su alma en gratitud por la salvación de una vida.

.....

En la plaza de San Lorenzo, a la puerta de la Iglesia, la multitud, apiñada, espera el regreso de la Cofradía. Es el momento sublime de la despedida, que el pueblo contempla emocionado, como si el Cristo milagroso, al abandonar las calles de la ciudad, fuese realmente llevado al Gólgota para, entre el estruendo de la tempestad, encomendar mansamente su espíritu en las manos del Padre. Es el momento de expresión suprema de la fe popular, que pone lágrimas en los ojos, hace latir convulsamente los corazones y asoma a los labios la ofrenda sentimental de la «saeta».

El desfile de penitentes continúa largo rato. Van a penetrar en el templo para postrarse a las plantas de Jesús del Gran Poder en manifestación final de gratitud, y su paso es presenciado por miles de personas que contemplan, admirados, la raigambre del sentimiento religioso.

Colocados en primera fila, un grupo de jóvenes de tan cuidada indumentaria como deficiente educación, aspiran a provocar la hilaridad de las personas que les rodean, con comentarios carentes de la más tenue ráfaga de ingenio. Uno de ellos, al ver pasar a la mujer que, descalza, camina en la legión de la penitencia, exclama en alta voz: «Esa le habrá pedido al Cristo que la funda de nuevo. Es más fea que lo que hicieron los judíos con Jesús».

Una carcajada estúpida coreó el soez comentario, que clavóse como un dardo en el alma de mujer de la ofendida.

No se habían extinguido las risas de los acompañantes del autor de la grosería, cuando, destacándose de entre los penitentes un nazareno, oculta por el antifaz su cara, cruzó la del cobarde con energía de atleta, e inmediatamente, dirigiéndose a la ultrajada, trató de consolarla diciéndole: «No sufra usted, señorita. Piense que ¡el único hombre! de los que hemos intervenido en este incidente, ha realizado en su honor lo que usted merece». Y sujetándose con una mano el antifaz, tras una reverencia denotadora de la exquisita corrección y gentileza de su alma nobilísima, desapareció mezclado entre la multitud.

.....

De rodillas ante el «paso», como otro día ante la imagen que velaba su sueño, una mujer, absorta, permanecía llorando. Eran lágrimas de gratitud hacia Aquél que no sólo salvó la vida de su madre, sino que le deparó la ocasión de sentirse objeto, por vez primera, de un sentimiento generoso que eternamente quedaría grabado en su alma. Y con sus manos cruzadas sobre el pecho, con la emoción solemne de una profesión religiosa, formuló su voto.

xxxxxxxxxxxxxxxx

Han pasado los años. Cuando en la noche del Jueves Santo recorre las calles de Sevilla el Cristo del Gran Poder, una mujer, descalza, figura siempre en la legión de la penitencia. No ha recibido ninguna nueva gracia del Cristo milagroso y, sin embargo, lo acompañará siempre. Va rogando constantemente, con amor sublime y abnegado de madre, por el hombre bueno de quien únicamente vió el brillo de sus ojos. Diariamente ora por él y teme que su conciencia le reproche la más leve falta a un amor que ella cree debido. ¡Religiosa del amor humano, celebró sus desposorios ante el Cristo del Gran Poder, con el hombre de quien sólo conoció su alma!

MANUEL BECA MATEOS

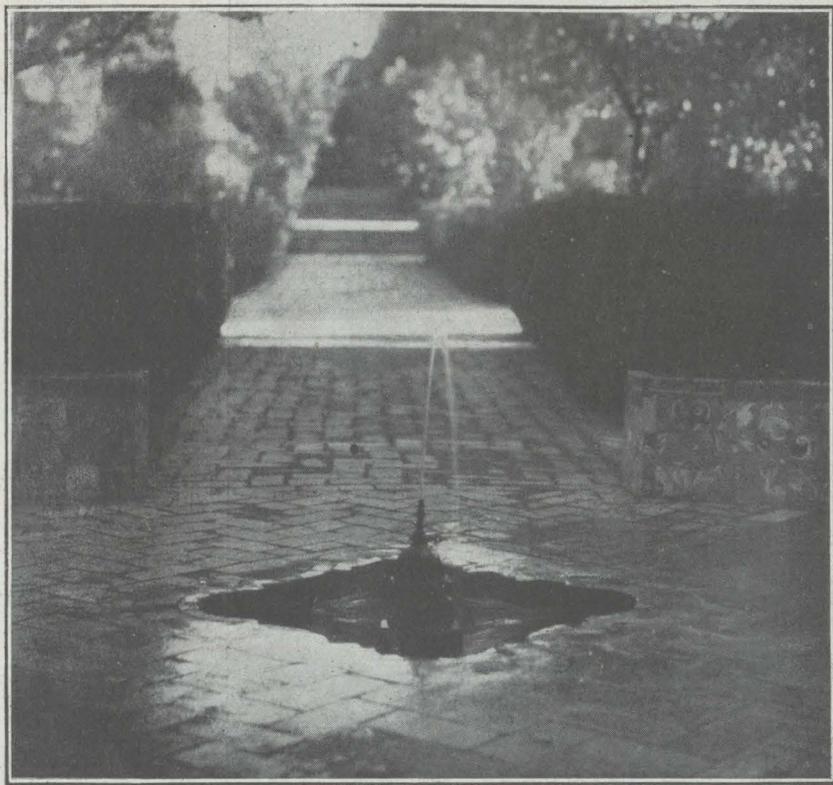
ILUSTRACIÓN DE JOSÉ TORRE REVELLO



FOTOGRAFÍA LABORATORIO DE ARTE

SEVILLA

LA DOLOROSA
CAPILLA DE LOS DOLORES
CATEDRAL DE SEVILLA



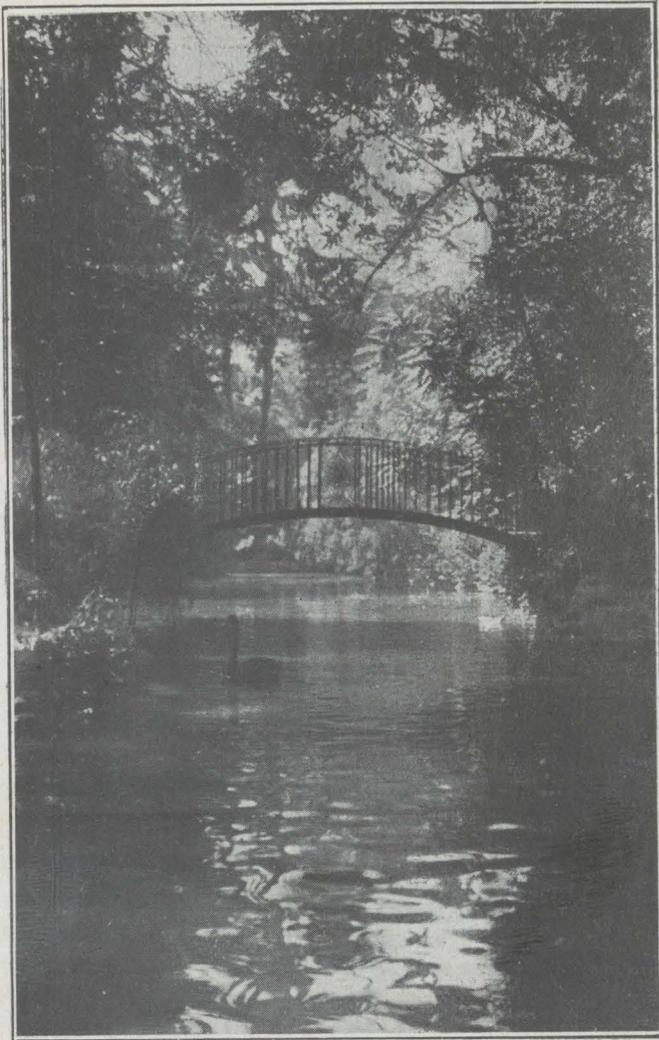
*MANUEL FERNÁNDEZ
Y LASSO DE LA VEGA*

EL ALMA DE LOS JARDINES

Feria de Sevilla

TIENE el aire esa transparencia luminosa tan única, tan sólo de esta tierra, que parece una reverberación de la inmensa turquesa del cielo.

Real de la Feria. Mañanita de abril. Caballos, polvo, sol, policromía ardorosa de flores y de atavíos femeninos en las casetas. A la tarde, alegría fatigada; ruido de castañuelas, manza-



nilla en las cañeras de metal y, bajo el violeta del anochecer, súbito fulgor de un enjambre de lucicillas multicolores al encenderse.

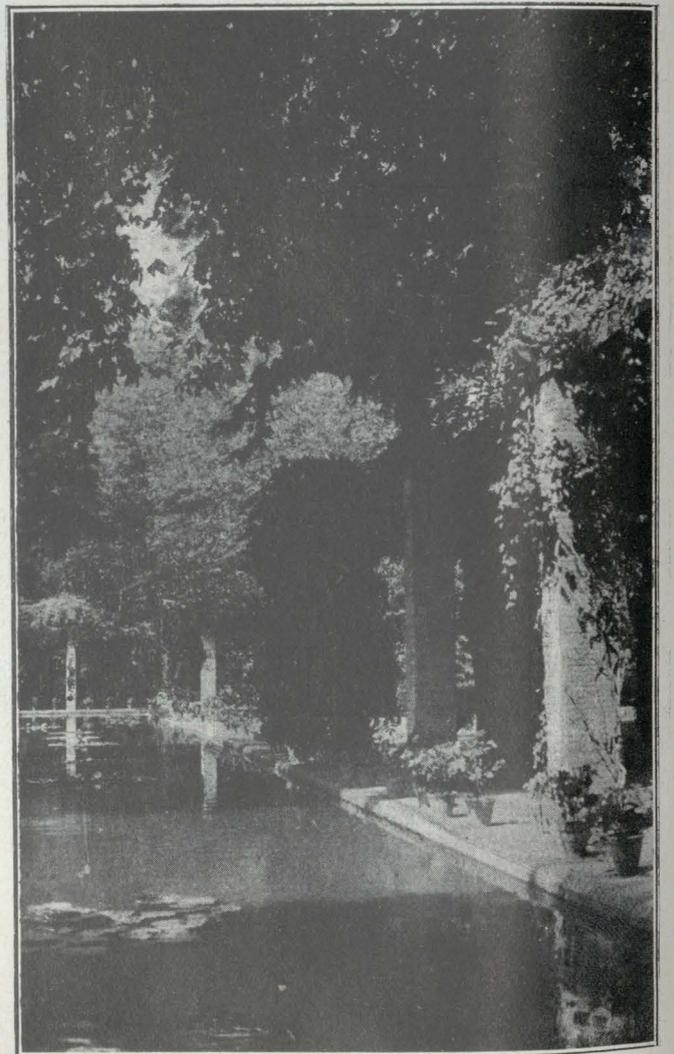
Hay mil rumores dispersos en el ambiente: bocinazos de automóviles, clamoreo de vendedores ambulantes, falsetas en la guitarra de un ciego, campanilleo de un coche de mulas enjaezado a la andaluza. Por la noche, livor bajo los negros ojos de las mujeres, cansancio en las carnes morenas, dejos orientales en los brazos que se alzan para iniciar una danza de sevillanas. Todo huele a clavel, a azahar. Luna, bandurrias, seguidillas gitanas, amor volandero...

Respírase un tibio aroma de españolismo. Sólo en alguna caseta, con las cortinas echadas,

algún Círculo aristocrático pone su nota exótica en la bulliciosa alegría de la Feria, y los ojos se desencantan al percibir, a través de mal corridas telas, perfiles maquillados, ojos con rimmel's y enguantadas manos que ciñen los desnudos torsos en el torbellino de un *charlestón*...

¿Pero es esa el alma, toda el alma de Sevilla? No. El alma sevillana también está lejos de las luces y las banderolas; está en el silencio de los jardines, para el que quiere auscultar el corazón del agua que tiembla en la fuente oculta o vibra en la floración maravillosa de los rosales.

¡Oh, mujercita frívola y quebradiza, que has dejado tu blando *landeau* de lujosos asientos, para



hundirte en la paz del Parque de María Luisa y vivir a solas una hora romántica, perdida en unas sendas, tan bellas porque son arbitrarias, que te recuerdan el fino espíritu de Gustavo Adolfo....!

Mira el viejo estanque, en cuyo centro las palmeras ponen su penacho al viento, recortándose sobre el cobalto del cielo.

Cae la tarde. Un milagroso polvo de oro desciende sobre las aguas verdinegras, poniendo en ellas cuchilladas ondulantes como peces de púrpura... Avanza el gran cisne. Se dirige

hacia ti, enarcando el cuello de negras plumas, como una interrogación viva...

Un guarda pintorescamente vestido, que lleva polainas y sombrero de amplias alas, te refiere con palabra impregnada de gracia socarrona, que el animal es negro porque viste de luto. Murió su compañera, y los señores administrativos, preocupados por cuestiones menos sentimentales, dejan morir de tristeza al pobre viudo, sin buscar una novia al taciturno nadador, que entreabre su pico y te mira con sus ojos bordeados de rojo, en cuyo fondo brilla una humana tristeza.

Por muy *niña bien* que seas joh, gentil muñequita!, has de entristecerte al contemplar cómo se aleja el cisne negro, mientras el vuelo de un pavo real dibuja otra comba azul sobre la comba azul violeta del cielo.



Sigue tus pasos al azar. Ya estás cerca del *Parterre*. Pilares de ladrillos cubiertos de enredaderas... Un árbol, viejo y melancólico, que alarga sus ramas sedientas de la frescura del agua que ven... Algunas hojas que flotan sobre el inmóvil cristal del estanque, con esa tristeza infinita de las flores muertas...

Dejas el Parque y vas en busca del refugio casi místico del Alcázar. Tus pies de somnábula te dirigen no sabes adónde. Súbitamente, contemplan tus ojos deslumbrados la taza alabastrina de una fuente, bajo el prestigio de un arco de hiedras y madreselvas. Como por obra de encantamiento, ves surgir del suelo múltiples hilos de plata y evocas las galantes fiestas de un buen Rey, llamado D. Pedro o D. Fadrique, y te parece recordar la risa picaresca de los cortesanos al contemplar el gesto asustadizo

de las damiselas, recogién dose las largas faldas de seda al rehuir la fría caricia de la llovizna.

Al cruzar por sendas estrechas, de bancos que el musgo cubre, embriagados los sentidos por el sensual perfume de los azahares, se estremece tu carne, como si presintiera el milagro de una aparición; y al penetrar en el solitario paraje que enredaderas y árboles seculares forman, junto a los baños abandonados de «Doña María de Padilla», te imaginas vislumbrar a lo lejos las inciertas figuras de una gentil duquesita de apuntado talle y blanca peluca, y de un

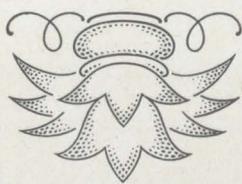


almibarado abate que le recita madrigales, con ese porte señorial de los galanteadores que aparecen en las estampas del Renacimiento italiano; y más allá, bajo el arco amplio de la gran puerta gótica, crees mirar cómo se baten dos vizcondes, muy *siglo diez y ocho*, por la posesión de un fino pañuelo de encaje, dejado caer al suelo por una dama de la corte con intención maligna.

Sigues tu ruta, ya envuelta en las sombras del crepúsculo. Hallas una fuentecilla al final de la senda de evónibus. Los últimos rayos del sol poniente hacen brillar el agua que salpica el surtidor.

Hay alrededor tuyo, mujer, una paz infinita. Tu sensibilidad no puede más. Rotos los lazos de la emoción, caes fatigada sobre un banco rústico que medio oculta un rosal abrumado de rosas blancas.

Mujer, mujer desconocida. ¿No es verdad que estás llorando?



MI SALUDO A SEVILLA

Logrado ya este sueño de mi vida,
cruzo al fin el dintel de tus umbrales,
ebrio el sentido y la ansiedad vencida
de tu fúlgida luz en los raudales.

Bebiendo la ambrosía de tu ambiente
me embriago en el aliento de tus flores,
húmedas del halago de la fuente
que desnudan los altos surtidores.

Embriaguez de tus áureos limoneros,
de tus naranjos y tus olivares.
Ideal embriaguez de tus troveros,
tus mujeres, tu vino, tus cantares...

Cantares de unas gentes venturosas
que en coplas saben modular sus quejas,
como jugando con lozanas rosas
fabrican sus panales las abejas.

Embriaguez de tu vega y de tu cielo,
embriaguez de tus aves y tus flores,
exaltación de un infinito anhelo,
anhelo de grandezas y de amores.

Ensueños de una raza prepotente,
joyel de artistas y de capitanes,
que tanto más se muestra sonriente
cuanto más logra empresas de titanes.

Ábrese así tu seno ante los ojos,
transparente en su grácil desnudez,
como virgen que cubre de sonrojos
el rosal de su casta palidez.

Tal el épico marco de tu historia
que esclarece un desfile de grandezas:
cortes reales de eternal memoria
y legendarios héroes y proezas.

Noble cortejo de preclaros reyes:
el Santo, el Sabio, el Bravo, el Justiciero.
Reyes que dieron a sus leales greyes
ciencia y honores, poderío y fuero.

Resplandece el Alcázar. La memoria
de un Príncipe ilumina sus salones...
Surge una sombra trágica en la Historia
que ensangrentó el puñal de las traiciones.

Príncipe de bondades y extravíos,
triste capricho de la adversa suerte
y a quien hasta en los mismos amoríos
con sus crespones poetizó la Muerte.

Hablan igual tus otros monumentos
de los florones de la historia hispana,
vestigios de orientales sentimientos
y exaltaciones de la fe cristiana...

Diadema de esplendores portentosos
que España tiene para su corona.
Celajes de tu azul, maravillosos
doseses de la hispánica leona.

Indescriptible orgía de colores
que de tus timbres acrecienta el brillo,
fuente de inspiración de tus pintores,
tus Roelas, Velázquez y Murillo.

Gloriosos nombres que a tu amor sujetas
con eslabón de tu soberanía
junto al verde laurel de tus poetas,
los de la luminosa fantasía,

los de la tierna frase delicada,
los del gentil y alado pensamiento,
los de la dulce imagen sonrosada,
los del apasionado sentimiento;

los que enlazaron al triunfante vuelo
de su fecunda inspiración galana,
con los regios cambiantes de tu cielo
la gloria de la gracia de Triana;

y la alegre algazara de tus ventas,
y el límpido espejeo de tu río
que fecunda el vergel en que te asientas
con airoso y gallardo señorío.

Sonoridad de ufanos cascabeles
bajo el vibrar de los solares oros.
Y sangriento fulgor de los claveles
en la viril majeza de los toros.

Toda tu raza es eso: fuerza y gracia,
suavidad y entereza, flor y roca.
Así al Dolor tu fina aristocracia
la fuerza del desdén vibra en la boca.

Como en tu fiesta típica, el toreo,
la fiesta del color y la bravura,
donde entre el incesante clamoreo
de la emoción que frisa en la locura,

brinda un muchacho a la cornuda fiera,
bajo el juego febril de los caireles,
el corazón con que alcanzar quisiera
del árbol del triunfo los laureles.

Para ofrecerlos luego a los encantos
de unos zahereños ojos lagoteros,
abismos de deleites y quebrantos,
más codiciables cuanto más arteros.

¡Ojos de tus mujeres! Luminares
que constelan el cielo de tu emporio,
siendo como floridos alamares
en la vida sin freno del Tenorio.

De tu gran calavera, el que saciado
jamás se vió de los amantes besos,
dulce manjar del pecho enamorado
que entran más hondos cuanto más traviesos.

Aventurero cuyo amor abona
por los hechizos de una mujer guapa,
la certera impiedad de su tizona
y el galante trofeo de la capa.

Capa que ha sido airón de tus galanes,
los que arriesgaron por amor la vida,
celando de una hermosa los afanes
junto a la grata reja florecida.

¡Oh, romántico idilio el de tus rejas,
que enjoya la inquietud de tus hermosas,
perfumando el temblor de sus guedejas
con el vernal aliento de las rosas!

Noches de amor al pie de la ventana,
bajo el parpadear de los luceros,
cuando en el aire su emoción desgrana
la ansiedad de unos cantos zalameros.

Noches junto a la amada, florescentes
noches de amor con la mujer querida,
y en que las almas son como las fuentes
que buscan flores para darles vida.

En voluptuosas y fragantes ondas
con que tu diurna actividad oreas,
entre el susurro de tus amplias frondas
y entre las flores de tus azoteas,

caen sobre ti esas noches ¡oh, Sevilla!
desde el sueño oriental de tu Giralda,
como de tus mujeres la mantilla
sobre el airoso vuelo de la falda.

Sevilla, ¡tus mujeres! Un tesoro.
Cifra y orgullo y luz de tu hermosura.
Siempre en los labios el cantar sonoro,
siempre en los corazones la ternura.

Florece de divinas perfecciones,
manantial de exquisitos madrigales,
resplandor de amorosas ilusiones
y musa de motivos pasionales...

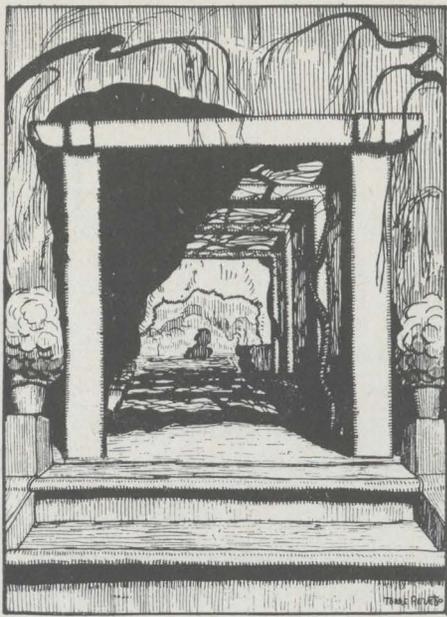
Así, como eres tú, son todas ellas,
lindas, sensibles, dulces, sonrientes,
bajo tu limpio resplandor de estrellas
en la inquietud de plata de tus fuentes.

¡Oh, mi dulce Sevilla! la ensoñada
ciudad de mis anhelos infantiles,
virgen trigueña, pura y perfumada
por la respiración de tus pensiles.

Héme aquí en tus umbrales prisionero
del hechizo triunfal con que te imantas
para atracción del alma del viajero,
héme de amor rendido ante tus plantas.

Mis esperanzas son las mariposas
que van a ti desde mi corazón.
Toma mi corazón, dame tus rosas
¡y abraza en ti sus alas mi ilusión!

ADOLFO QUIJANO
Y QUIJANO



EN LA NOVELA DE SEVILLA

DESPERTAR
PLENO SOL - MAÑANA DE CLAVELES

(LLAMA DE VIDA
EN TRES SEVILLANAS ESTANCIAS
DE NARRACIÓN Y DIÁLOGO)

P o r P E D R O R A I D A

A M A N U E L F E R N Á N D E Z
Y L A S S O D E L A V E G A

JOCUNDAMENTE SINCERO EN ESTA OFRENDA, QUE LE DEBO
A MAYOR GRATITUD Y CORDIAL AFECTO.

VAYA TAMBIÉN HACIA SU ALTA DEMARCACIÓN DE POETA
EXUBERANTE DE AMBAS POLARIDADES: ORIENTE Y
OCCIDENTE. DE AMBOS MATICES: AZUL GRACIA Y
CARMÍN PLENITUD.

AH, QUERIDO AMIGO, CON CUÁNTA ALEGRÍA LE RINDO EL
PRESENTE TRIBUTO DE AMISTAD Y ADMIRACIÓN, CON
UN SALUDO A LA ROMANA Y LAS DOS MANOS A LA
ESPAÑOLA.

Pedro Ráida

PERFILES

Y DICHOS DE LA GRACIA:

MERCEDES: —YO SOY MADRILEÑA

CARMELA: —Y YO SOY SEVILLANA

Y DICHOS DEL EMPAQUE:

JACINTO: —YO ¡DE MADRID!

ENRIQUE: —Y YO ¡DE SEVILLA!

DESPERTAR ESTANCIA PRIMERA

Campanillean los hervores iniciales de junio. Junio en Sevilla. El mes, y sus días eglógicos, de Santa Cruz: porque este vergel llega a la plena plenitud, arriba a la fina finura, escala nupciales galas. Por toda la ambición: sinfonías del plantío, melodías de la cerámica. Plantíos sevillanos. Cerámicas sevillanas. Salmo de pájaros. Coloquio de fontanas: vibración de Sevilla y murmullo de Sevilla. Y rosas, rosas traídas, rosas volcadas sobre el verde en flor y el oro alberal, por el carro del amanecer maduro y jocundo.

MERCEDES

CARMELA

ENRIQUE

(Bajo un pórtico de sombra—madera y follaje—palio de bermeja y ancha escalinata, los tres pasitos al vergel; los tres: Mercedes perfuma su sonrisa; coquetea el menudito taconeo y elegantiza su guapa esbeltez, arrastrando la cola esmeraldina de alarde juvenil. Carmela rima, ritma olores de hembra de agarena integridad, guapísimamente enmarcada sobre moreno abanico, moreno de perdición. Y Enrique, hermano de Carmela, y nada más. Nada más: pero comprensivo, voluntarioso, afable, cordial, sin fondo...)

(Los jardines de Santa Cruz se impregnan de castidad. Sevilla se encanta de vino encanto, de encanto amor).

MERCEDES (alondrita embriagada de azul): Chicos: ¡que me emborracho!

CARMELA: Vivíamos siempre celebrando te vieras aquí.

MERCEDES: ¡Preciosidad de preciosidades! Vengo a Sevilla una vez, y qué hermosa. Vengo la segunda vez, y más hermosa, y más dentro de este pintado estuche de jardín.

ENRIQUE (Tenue habilidad, que emerge de intencionada galantería): Alegrándome mucho de ello, Mercedes. Una alegría que es alegría de sus palabras.

CARMELA: Me siento igual, es lo que yo quiero: que estés contenta.

ENRIQUE: ¡Ah, y yo!

MERCEDES: Queridos, gracias. Pero no me ofendan con ese lenguaje. ¿Dudan ustedes de que a mamá y a mí nos sonrojan a veces de tanta extremada atención como nos prodigan? En la gloria no estaríamos mejor.

ENRIQUE: Por cierto, la gloria que usted trae.

MERCEDES: ¡Enriquito!

CARMELA: Si así es. Así es, hija. (Beso angelical, amoroso, a la amiguita. Enrique medita, no duerme... y la sangre le brinca y despierta en insomnios).

ENRIQUE (Por ende resignadamente sublevado): Mercedita: el mundo nada tiene bien dispuesto.

MERCEDES (Al desaparestar... Leve amapolación en el azucarero de sus mejillas): ¿Y por qué?

CARMELA: Mujer: creí no le harías caso.

ENRIQUE: ¡Tú que sabes, hermana!

MERCEDES (Escondiéndose en el abismo de sus ojos): ¡Enriquito!

CARMELA: No seas descarado, hermano.

ENRIQUE: Falta antes saber si Mercedes se ha molestado por mí... bromita.

MERCEDES: De ningún modo.

ENRIQUE: ¿Lo oyes, hermana?

CARMELA: ¿Callarás? ¿Quieres caerte de pesado?

ENRIQUE: ¿Caerme de pesado yo, o caerse de pesaditas ustedes: que se han hecho dos macetas aquí y no hablan si seguimos o nos quedamos?

(Colores, gamas del pensil—mientras las tres juventudes acuerdan breve pausa—reverberan serenidades de Sevilla, fluyen maravillas sevillanas).

MERCEDES: Ustedes lo dirán.

CARMELA: Lo que tú quieras.

MERCEDES: Por mí, disfrutaríamos un ratito de esta delicia.

ENRIQUE: Y por mí, otro ratito con soberrratito.

CARMELA: ¡A la sombra, entonces!

ENRIQUE: Y a la comodidad de estos bancos.

MERCEDES: Encantador.

(Grupo de los tres, sentados en ejemplar bellissimo del sofá de azulejería. Azulejería candorosa, templada, tropical. Enarbolación policromada, enarbolación de ataraxia sensualizante de iris y albores, y orlas y grecas primaverales de la Sevilla eterna. Mercedes, dividiendo sus acompañantes, liba aires perfumados, escancia pomos de fragancia cantarina y femenina).

ENRIQUE: ¡Bien se pasa aquí! ¡Buena ocasión para contarle a nuestra madrileña mi sueño de anoche!

MERCEDES: Ah...

CARMELA (Viva, mortificada): ¡Punto en boca!

ENRIQUE: Hermana: que no es lance de mala catadura lo que voy a referir.

CARMELA: Tontería, que es igual.

ENRIQUE: Mejor y mejor. Y habiendo confianza...

CARMELA: De tiempo a esta parte, a desenvuelto nadie te gana.

(Mercedes, asistidísima al diálogo. A puerta cerrada ojos y oídos. Desde entrecortinas muy interior).

JACINTO

(Cara de cielo brumoso. Fino «Malaca» aspante entre diéstrós dedos. No se ha dado cuenta del grupo de su frente. Pero ha consentido que la mirada se le enmarañe en la danza perlina de los surtidores).

(Para sus adentros). Únicos detalles que pueden llamar atención...

MERCEDES (Colmo de sorpresa. Grata inesperación). ¿Jacinto por estos andurriales?

ENRIQUE: Conocido de usted, sin duda.

MERCEDES: El verdadero de nuestros amigos de Madrid.

ENRIQUE (Sacudido. Receloso): ¿Y el que os visitará con más frecuencia, naturalmente?

MERCEDES: Según... ¡Lo que yo he jugado con él de pequeña!

ENRIQUE (Reposo a obligado fingimiento. Indiferencia en la intención): Raro es que no lo haya visto usted hasta ahora.

MERCEDES: Hasta ahora. Ni pude figurarme de su presencia por aquí.

CARMELA (Desatendida a la interlocución de amiga y hermano. Emboscada no más en los veinticinco años—gentiles, supremos, gallardos—del caballero de Madrid. A hueco de hermético silencio, intensamente...): Guapo es con alma. Gran figura de hombre.

(Jacinto, seguidor... Pasos adelante. Animo de desaparecer. Casi desaparecido... Grave, empinado, inmutable. Ni él mismo sospechoso de la piel en que estaría inculcado. Enrique, postrado. Carmela, ansiosa): ¡Qué se va sin haberte visto!

MERCEDES: ¡No me ve en Madrid, cruzándonos por la misma acera! (Abre las alitas de abanico figurín. Hecho dosel de sus labios de cristal de flama, cascabelea tosesita riente, de afiligranada revelación).

JACINTO (Freno al paso. Vuelta la cara. Como si le hubiera tocado el casco de Pericles): ¡Mercedita! (Hacia ella. Desbordado de contento y desbordándole las manos): ¿En Sevilla, tú?

MERCEDES: ¿Para extrañar?

JACINTO: Chica, sí y no. Aunque en mí cabe, es donde cabe de lleno la sorpresa. Te explicaré...

MERCEDES: Aguarda que tenga el gusto de presentarte a mis buenos amiguitos: Carmela...

JACINTO (Reverencial, correcto, atildado. Esponjoso el rostro, mano blanda): Señorita...

CARMELA: Caballero.

JACINTO: Me es sumamente grato el conocerla..

CARMELA: Y en mí verdadero gusto.

MERCEDES: Su hermano Enrique...

JACINTO (Menos reverencial, menos correcto, menos atildado. Estirado el rostro y mano fuerte): Complacido también en conocerlo.

ENRIQUE (Abierto. ¿Naturalísimo?): El honrado soy yo, ¡amigo!

JACINTO: Pues cuénteme suyo, muy obligado.

ENRIQUE: ¡Gracias! (El momento enredado del cumplimiento).

CARMELA: La verdad: que esta sorpresa para ustedes...

JACINTO: Por demás. Y por sitio donde no es fácil la casualidad de encontrarse en Sevilla. ¿Digo verdades?

CARMELA: Tan fijás, que tal vez seamos de las pocas personas que aquí se detienen.

ENRIQUE: Hermana, exageras.

JACINTO: Siento lo contrario.

ENRIQUE: Público viene...

CARMELA: ¿A lo que merece el paseo o se merecen los paseos de Sevilla?

ENRIQUE: Eso hay que discutirlo.

JACINTO: Pero obsérvese: Madrid rebosa en el Retiro, rebosa en la Moncloa. Todo paseo rebosa de gente. En Sevilla, lo inverso: he llegado a encontrarme solo—¡sin exageraciones, eh!—solo en el Parque, Parque tan lindo.

MERCEDES: La canción general. La del forastero, especialmente sorprendido del caso.

JACINTO: Del hecho, y con razón.

MERCEDES: O sin ella.

JACINTO: ¿Justificada?

MERCEDES: Con amplitud: Madrid tiene pisos, mayores alturas; piedra y mobiliario. Las viviendas no pueden embellecerse en lo externo, ni dejar de repletarse en lo interno. De ahí esa abultada expansión a las carreteras y jardines. Pero en Sevilla, salir ¿adónde? Es decir: ¿para hallar vergeles más bonitos, huertecitos más deliciosos, rincones más floridos, cerámicas más sugestivas, que los que se inician en balcones y van rindiendo la majestad de matices y brillos en patinillos, anchos patios, monumentales corrales de vecinos? Los sevillanos contemplan en su intimidad—intimidad indispensable y elemental del sevillano—lo que se les ofrece, nada más que amplificado, puertas afuera. Y sin la regocijante castidad de lo que sus mujeres velaron con celo, criaron con fe y amaron con pasión.

ENRIQUE (Oída a Mercedes, ebrio de encanto): Usted siempre en la hija. Menos nosotros, de pie, sin saber por qué...

(Fino, de finura impuesta, señala asiento a Jacinto, codeado a Mercedes).

JACINTO: Bien estaba usted ahí, y siga.

(Deben repartirse en dos bancos, que se apartan a la distancia brazal de arco empenachado de cruz de hierro y guarnición de enredaderas).

CARMELA: Que vamos a parecernos a los novios que riñen.

ENRIQUE: Y a los que andan de pretensiones...

JACINTO (Para sí): Este chico parece cándido. Parece preocuparse demasiado del asiento, de la inactividad. (A voz libre. Mirando a la paisanita): Con tus agradables presentaciones, yo, distraídísimo. Al punto de no preguntarte todavía por tus papás.

MERCEDES: Todos bien.

JACINTO: ¿Y en Sevilla?

MERCEDES: Mamá y yo solamente. Llegamos anoche, cansadísimas. Por eso mamá se resistió a salir hoy del Hotel. Del Hotel Bretaña, ¿sabes?

JACINTO: Anótame en el «Sevilla», a disposición de ustedes.

TODOS: ¡Gracias!

JACINTO: Pero sólo hasta mañana... Yo no llegué cansado

a Sevilla, pero ahora lo estoy con dos días de estancia en ella. Además, decepcionado.

MERCEDES: ¿Por qué?

JACINTO: Francamente, porque Sevilla carece de atracciones. Con perdón de ustedes, una cosa muy pobre.

MERCEDES: Criatura, ¿estás en juicio?

CARMELA: A lo mejor es guasa.

ENRIQUE: Muy guasa.

JACINTO (A sonreír. Mordedura al puño del bastón): Dije mi verdad.

MERCEDES: No te la creo.

JACINTO: Y yo en la imposibilidad de rectificar.

CARMELA (Mostrando todo el aderezo de su sonrisa: tal un amanecer de bodas): ¡Cristiano, usted diciendo eso tan..., tan tranquilo, tan tranquilito..!

JACINTO: ¿A qué mortificarme en expresar una opinión mía?

ENRIQUE: Opinión suya. ¡Claro está!

JACINTO: La compartimos muchos, la revelamos pocos.

MERCEDES: En lo tocante a Sevilla, trabajaría por admitir el supuesto y no lo admitiría.

CARMELA: O admitirlo, conviniendo que no ha visto a Sevilla.

MERCEDES: ¡Ahí del secreto!

ENRIQUE: Cabalmente.

JACINTO: ¿Dónde me encuentro entonces?

MERCEDES: Tal cual, en el limbo.

JACINTO: Rotunda afirmación: era mi elemento antes de ver a Sevilla y forjármela ese paraíso que tú me pintabas con tanta paleta de color y tantos exagerados entusiasmos.

CARMELA: ¿Acaso le fué de engaño?

JACINTO: A la buena fe, pero desde luego...

CARMELA: Poca afición tendrá usted a la lectura.

JACINTO: Mi pasión, señorita. Sobre todo, que he quemado trayectorias enteras de luz, para saturarme de poesía y de prosa, a honor de Sevilla. Alguna literatura tejía, por veces. Kilómetros y kilómetros de merengados ditirambos a la ciudad del Guadalquivir. Un destajo estragante de raciones fuertes a la grandeza de Sevilla, de platos piramidados a la nobleza de Sevilla, de bateas empasteladas a la gracia de Sevilla... Y la cocina siempre encendida, y el manubrio a vueltas y revueltas.

CARMELA (Sutil, enigmática; volándole el gesto. Risueña, diamantina; al correr de la humorada. Ríe y adquiere seriedad. Ríe y adquiere gravedad): Sevilla confitería, al par que orquesta... ¡Expresivo, señor mío!

(El abanico ha ocultado el clavel de su risa, la espina de su burla. Jacinto todavía lejos de la línea de golpe).

JACINTO: Como por añadidura: la cola de rimadores para descubrirnos infatigablemente a Sevilla en sus horas, y en sus misterios, y en sus magnetismos, y en sus electricidades.

CARMELA: ¡Cuánta complicación, Don Jacinto!

JACINTO: ¡Anda! Y lo que usted se imaginaría si conociera el paño. O sea: cuánto tonto y cuánto camelista hay por ahí...

CARMELA: ¿En Madrid?

JACINTO (Fino y rauda el arácnido se propuso esconder. Pero los ojos celulares de Jacinto fueron más perspicaces): Ciertamente que en Madrid. En el Madrid donde se exhiben los fantoches de im-

portación. Pintorescas caricaturas, exclusivo producto de ferias meridionales.

CARMELA: ¡Hermosura!

JACINTO: ¡Suerte de la «Zampoña de Meleagro»!

MERCEDES (En remoto escaldamiento): ¡Cuidado contigo!

JACINTO: Soy inocente en el delito.

MERCEDES: ¿Pues quién?

JACINTO: El portaliras.

MERCEDES: ¿Me conoce, lo conozco?

JACINTO: Tendría que averiguarlo. Ni retengo su nombre.

MERCEDES: Aclara, Jacinto...

JACINTO: Reside en Madrid, andaluz neto. El mundo lo reconoce genio, por un libro que ha escrito sobre Sevilla. Me lo dió a conocer y me hizo observar, para mejor comprensión de esa Sevilla que él pinta y yo no encuentro, que lo más importante de su libro debía considerarse: los prolegómenos a la «Zampoña de Meleagro». «Escúchelos bien—me instó—por que en ellos estriba la esencia toda y la trascendencia total de mi libro sobre Sevilla».

CARMELA: ¿No sería serrano el portaliras y lo está usted confundiendo con un andaluz?

JACINTO: En cualquier caso, la confusión procedería de que no soy especialista en ninguna de las dos materias...

CARMELA: ¿Con desventaja para usted?

JACINTO: Sí, precisamente. Con desventaja, para aventajar en el gusto...

MERCEDES (A la aguada del avinagrado discreto): Previamente: ¿tú has leído lo de bueno escrito sobre Sevilla?

JACINTO: ¡Tocas a punto la clave!

CARMELA: Ya que todo guarda relación...

JACINTO: A plena evidencia, señorita...

MERCEDES: ¡Carmela!

JACINTO: Perdón: olvido momentáneo de lindo nombre, sinónimo de gracia, musical de ingenio.

CARMELA: Gracias, caballero; y a la par suplicarle una chispita de benevolencia en sus piropos.

JACINTO: ¡Pleitesía pura!

CARMELA: ¿A pesar del desencanto de Sevilla?

JACINTO: A pesar de tan incurable desencanto. Remedios habría—aquí lo de la «Zampoña de Meleagro»—cuando los literatos serenamente exaltarán a Sevilla para *todo el mundo*... ¿Es así? ¡Reversamente! Se presentan enfatuados. Lanzan frases indescifrables, estilos bordados, cuyas sensaciones embaucan... Describen a demostrarnos que la existencia de Sevilla es alquimiado misterio, esencial embrujamiento... Y experimentan a Sevilla hondísima, impenetrabilísima. Y defienden a Sevilla: aliento español, madre de la tierra, reina del cielo, emperatriz de la gloria... De apurarlos algo, afirman que Sevilla esplende el verbo universal. Yo confieso que lo creí y me adentré desvacilante al fingido paraíso de esos locos, que a la presente me muestra la inconfundible realidad: cal y arena de las casas sevillanas; gente que danza el «charlestón» por una peseta.

CARMELA (A cambiante de sonrisa y punzamiento): ¿Quieren menos por bailarlo en Madrid?

JACINTO: Es que se baila gratis, señorita... ¡Fervoroso hasta lo empíreo es nuestro hermoso Madrid!

MERCEDES: Ni rodeos ni silogismos: *Madriles* hay muchos; *Sevillas*, ¡una sola y única e inconfundible!

ENRIQUE (Levantado en vilo de conmoción): ¡Olé por Mercedes! ¡De las nuestras! ¡Acabará por vivir en Sevilla!

JACINTO: ¡Salgo en su defensa: haría tremenda locura!

MERCEDES: Pues viva la locura. Sería mi delicia.

JACINTO: Nunca comparada a la de tu tierra. (Se levanta).

(A secreto, automático impulso todos de pie).

MERCEDES: ¿Te vas?

JACINTO: Con vuestro permiso. Por ustedes me detuve. El grato encuentro me ha proporcionado satisfacciones inmensas, de las que siento privarme en cumplimiento de un encargo. Me dirijo a la calle San José...

MERCEDES: Nuestro camino.

ENRIQUE: Y que ya es hora.

CARMELA: Retrasada quizás...

JACINTO: A dicha que iremos juntos hasta allí.

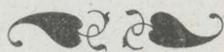
(Hacia el fondo. Mercedes adelante con Jacinto. Varas atrás los hermanos. Estos confidenciándose).

CARMELA: ¡Un no sé qué me da el corazón de este hombre!

ENRIQUE: ¡Apégalo al mío, que está sin vivir...!

EL FIN
DE UN DESPERTAR

PLENO SOL



SEGUNDA ESTANCIA

Frondosidad y apartamiento: Parque de Sevilla. Somnolienta ringla de asientos cerámicos. Ricos dibujos del prisma. La hora amable entre corrientes de luz y tapices de sombra.

MERCEDES

(Pausadamente. Elegantísima. Sombrerillo coquetón. De rosa pálido el vestido. Arrucados en sus finos dedos los finos lazos de bolso caprichoso; bolso de seda azul bronce. Leves, indolentes, preciosos movimientos. Curiosa faustos, policromías del lugar. Y de lapso en lapso, encaramado el rostro de gracia virgen, morenez estival y voladores los ojos—profundamente afectivos—para escuchar el canto ruisenal, para tocar con las manos tibias y acariciantes hojas de arbolado desaterido bajo el sol. Para ella es fraticida este cartel: «Prohibido tocar las flores»): Lindo, primoroso. Sueños modelados rinconcitos. Cualquier detalle... ¡qué bonita es Sevilla!

(Descanso, abstracción. Inasequibles con la mirada las situaciones perspectivas, las conjunciones horizontales del Parque Sevillano).

JACINTO

JACINTO (A hombros la inicial pesantez del calor. Inseparable del flexible bastón. Mano a la flexible mascota, entre tanto la derecha de pañuelo perfumado le borra el sudor de la frente): Chica, ¡Dios sabe mi odisea para verte a solas!

MERCEDES: No discurras en que estoy tan sola.

JACINTO: Ya sé que vienes con tu mamá. Ella me dijo que no andarías muy lejos. Que no tenía ganas de andar, y tú, muchas.

MERCEDES: Muchísimas, pero en calma.

JACINTO: Alguna vez habrás ido de prisa...

MERCEDES (Avisada a la inspiración gramatical de la pregunta y exposición): Me abruman las carreras: Amo el íntimo diapa-

són en las cosas. No perder color, no perder forma de ellas. Sosiego mientras apago la sed de esta gloria de Dios y de Sevilla. Ja, ja, ja. Disculpa, chico. Olvidaba que mentarte a Sevilla...

JACINTO: Peor que el infierno. Es pronunciarle ira, odio.

MERCEDES: ¿Sin atenuantes? (En velo suave de gesto envanecido y piadoso, se apresta a...)

JACINTO: ¡Exaspérame haciéndote la desentendida!

MERCEDES: ¿La desentendida de qué?

JACINTO: Visto está. Te propones mortificarme. Tomar a chacota mis acosos. ¡Así las circunstancias desde que tú y ese mequetrefe...!

MERCEDES: Mi novio es muy hombre; y te suplico la rectificación.

JACINTO: ¡Sentimentalidades ridículas! Contesta a lo que te voy a preguntar:

MERCEDES: Rectifica primero.

JACINTO: Mercedes, ¡qué provocas mis nervios!

MERCEDES: Jacinto, ¡duchas a ellos!

JACINTO: ¿De esa manera me despides?

MERCEDES: Te precisará marchar..., y confundes...

JACINTO: Yo nada confundo: en todo percibo claro.

MERCEDES: ¿De alguna verdad que se te haya ocultado?

JACINTO: Negado, que es peor.

MERCEDES: ¡Gran pena, Dios mío...!

JACINTO: ¡La de presumir por novio, y por ser de Sevilla!

MERCEDES: Alma de gracia, ¡ya sé que mi novio es Sevillano!

JACINTO: Y el hijo de la familia por la que apresuran ustedes los viajes a Sevilla.

MERCEDES: ¡Insolente!

JACINTO: ¡Pudiéndome demostrar lo contrario!

MERCEDES: No estoy obligada a rendirte satisfacciones.

JACINTO: ¡Mortales pruebas!

MERCEDES: ¿Eh?

JACINTO: Sacaste novio, y lo sacaste en sitio *frecuentísimo*.

MERCEDES: ¿Ello te importa?

JACINTO: ¡Si te lo pudieras figurar en su grado formal!

MERCEDES: ¿De veras? Pues cuenta, chico, que ignoraré, ignoraré, y no toleraré, ¡no toleraré intromisiones...!

JACINTO: Pisotea, pisotea tu bien.

MERCEDES: Mi bien, mi bien, ¿cuál?

JACINTO: Aconsejarte mayor discreción. Cautela con las resoluciones... Porque este noviajo .., de relaciones desiguales... Voy a lo que tú vales y mereces!

MERCEDES: Gracias por la tardía flor. Y déjame..., envanece de haber acertado en mérito y calidad.

JACINTO: ¿A pleno convencimiento?

MERCEDES: Y definitivo orgullo.

JACINTO: ¿Tan inconsciente, en consecuencia?

MERCEDES: ¡Tan clarividente de mi felicidad, a pacto digno!

JACINTO: Espejuelos de una dicha que no madurará. Estragos de literatura fascinerosa. Prodigada a falta de honra de una Sevilla ofuscada, quimérica.

MERCEDES: Agrado de Sevilla, simpatía de Sevilla, tesoro que de Sevilla me toque y me cautive en señal y en presencia ¡ni remotamente son atributos de literatura!

JACINTO: Pero su pernicioso influencia.

MERCEDES: ¡Si yo nada he leído de Sevilla! Tal como es la he conocido, y tal como es me gana cada día más, y más y más...

JACINTO: Toscamente enamorada, claro está...

MERCEDES: ...el daño que me va produciendo ya tu presencia.

JACINTO (Mirada cernida por las frondas, posada en el fondo): Y lo dices..., oportunamente: allí viene tu adorado tormento, ¡tu sevillano! Me retiro, temiéndome enfermar. Adiós.

(Rápida desfiguración. Mercedes insensible a la despedida. Intrinca la mirada por la frondas, aletarga la mirada hacia el fondo). ¡Es él! ¡El mismo!

ENRIQUE

ENRIQUE: Dios te bendiga, Mercedes!

MERCEDES: Y sea contigo, *hijo*.

(Primavera—por entero—tremante en los seres. Viven, y, jamás en ellos. Juventud y canción. Alegría y amor. Llamada al niágara del sol. Pasión a las argentinidades de azul. Naturaleza ríe, conciertan las estrellas: entrelazadas las manos en intensa emoción. Juntos, muy juntos, y la encarnación idiliana. Luz y secreto de las gamas del Parque, el Parque de Sevilla).

ENRIQUE: Ocurrencia, como tuya: retirarte del lado de tu madre.

MERCEDES: ¿Las has visto, y nada te ha dicho?

ENRIQUE: Acaba de explicarnos...

MERCEDES: ¿Vienes con Carmela?

ENRIQUE: Con tu mamá se ha quedado.

MERCEDES: (Ráfaga: al borde de abismo inquietante). ¿Y no os ha contado por añadidura...?

ENRIQUE: (Ingénuamente receloso). A mí, por lo menos, no. ¿Porqué lo preguntas?

MERCEDES: Por saberlo...

ENRIQUE (Ni remordimiento ni suspicacia. Algo, empero, veladamente intrigado): ¿Saber, qué, mujer?

MERCEDES: Algo más, si te lo dijo. Sobre lo mismo, desde luego...

ENRIQUE: No hubo tiempo de mayor conversación, ni pude contener la impaciencia de verte, y vine... y...

MERCEDES: Te entiendo... De modo que para no contrariar a mamá—«yo ya estoy cansada»—para no disgustarla—«voy a sentarme allí...»—me paseo casi siempre sola, y la recojo después—en donde la dejo—cuando soy yo la que realmente está cansada...

ENRIQUE: O quiere sentarse...

MERCEDES: Parecidamente.

ENRIQUE: Lo siento...

MERCEDES (Adivinando, y además demostrativo: de pie, como tallo rociado y placentero): ¿Por estarme sentada? Hoy no es cansancio. Por contemplar únicamente..., por respirar a las anchas esta visión de gloria.

ENRIQUE: ¿Vemos la fuente de las ranas?

MERCEDES: Por fin la conocí. Me queda la de los toreros.

ENRIQUE: Cerquita la tienes.

MERCEDES: Hacia ella, si quieres.

ENRIQUE: ¡Si quiero...!

(Se distancian, unidos y al par sendero. A zaga de la pareja, el encanto nimbado de la felicidad escanciada).

JACINTO

JACINTO (Turbado, inquiriente...): Creo que traía bastón... Y aquí debí olvidarlo. ¡Pierdo, perderé la cabeza! (Lo encuentra detrás del banco en el que estuvo sentado a veces, de pie otras, aproximado a Mercedes). ¡Ya se fué!

(Sorpresa: la vista en ellos, alejándose...). Pero si es ella aún, y con él: ¡los dos!

(A plomo en el asiento. Pensativo, dolorido, piafante de celos... Nuevamente erguido, a enfocar los atraídos...). ¡Incauta, inocente! ¡Lindo partido aceptó! ¡No sabe lo que ha tramado, desgraciada!

CARMELA

CARMELA (Monísima. Velo negro, corte vaporoso, seda violeta, tinte crepuscular. De prisa, sin prisa): Dios mío, ¿por dónde andarán esas criaturas?

(Advertidos: él por ella, ella por él). Ah, ¿usted?

JACINTO: Supongo, señorita Carmen.

MERCEDES: Vieja, no. Se lo ruego, Don Jacinto. Dígame: Carmela, como todo el mundo—y nada más.

JACINTO: Recabaría, para mí, idéntico derecho.

CARMELA: No se apure usted por eso: en adelante yo le nombraré... (Entre asesina sonrisa y vacilación infernal). Ja, ja,

ja... ¡Lo que son las cosas! Ahora me da reparo. Me avergüenzo de llamarle Jacinto.

JACINTO: Luego, ¿usted es la que, a mí, pretende hacer viejo?

MERCEDES: ¡No, señor! ¡Es otra cosa!

JACINTO (Desplegándose): ¿Otra cosa?

CARMELA: Otra cosa, otra cosa...

JACINTO: ¿Y pudiera saberse de qué cosa se trata?

CARMELA: Ni yo misma me la explicaría en este momento...

JACINTO: ¿Es posible?

MERCEDES: Igual que ignoro el motivo de su paseo...

JACINTO: ¿Es que le mortifica saberlo?

MERCEDES: Yo no me acalenturo de curiosidad.

JACINTO: ¿Pues?

CARMELA: De cierto..., nada...

JACINTO: ¿Nada, nada?

CARMELA: Verá usted: cuando terminaba de decirle Don Cándido...

JACINTO: ¡Jacinto!

CARMELA: Perdona usted... En efecto, Don Jacinto...

JACINTO: Acordamos que: suprimidos tratamientos.

CARMELA: ¡Ja, ja, ja! Ahí está lo difícil: cuando terminaba de decirle Don Cán... ¡Otra vez! ¡Qué fatal memoria mía! Don Jacinto... ¡qué ganas de decírselo sin el «Don»! ¡Ja, ja, ja! Y no porque no se merezca usted el «Don»..., sino porque me figuro que no le pega... ¿Está usted conmigo?

JACINTO: Con que usted lo entienda...

MERCEDES: Solamente yo, ¡nunca! Sería extremado valor para tamaña confianza.

JACINTO: Debe usted tomársela, si no me quiere desautorizar a que la llame sencillamente Carmela.

CARMELA: Usted es hombre, y los hombres...

JACINTO: Continúe... ¿Se calla?

CARMELA: ¡Ja, ja, ja! Cometería una indiscreción.

JACINTO: ¿Tanto los iba usted a ofender?

CARMELA: Soy incapaz, señor mío. Caben excepciones...

JACINTO: ¿Por ejemplo?

MERCEDES: Oh, el día está muy hermoso para meterse en tantas honduras...

JACINTO: ¿Pero no es usted la que en ellas se ha adentrado?

CARMELA: ¡Yo no me lanzo a esos trabajos!

JACINTO: ¿Entonces, qué me iba usted a contar antes?

CARMELA: Una tontería, señor. Una tontería... ¡No me haga caso!

JACINTO: Doloroso, que se tratara de tontería a mi costa...

CARMELA: ¿Quién apuntó eso? Tontería cabe en esto; que yo le preguntase: ¿ha visto usted a Mercedes y a Enrique?

JACINTO (Expresión del orco): Mírelos usted, allí enfrente... ¿Algo retiraditos, verdad?

CARMELA: Bastante retirados. ¿Ha estado usted, acaso, hablando con ellos?

JACINTO: ¡No!

CARMELA: ¿Parece que contesta usted enfadado...? ¿Parece que no cree usted a Mercedes digna de mi hermano Enrique?

JACINTO (Fulminado y en traspies. Violento a lograr asirse a respuesta de salvación): Ha ido usted lejos... ¿No ha ido usted muy lejos, Carmela?

CARMELA: Donde ha procurado usted tal vez conducirme...

JACINTO: Suposiciones de su candente imaginación andaluza.

CARMELA: ¡Si así fuera! ¡Y nó por otra causa!

JACINTO: ¿Otra causa? ¿Cuál podría existir?

CARMELA: Fríos razonamientos... Cobardías inconscientes... Despechos insospechados en el ánimo...

(Suavemente..., la mirada alerta, viva. Soslayando espontáneos gestos de Jacinto).

JACINTO: Pues bien: ni lo que usted supone, ni cuanto yo apetecí fingir. De par en par las puertas, Carmela: Salvadas excelencias y bellas prendas de ambos: A la larga, madrileña y sevillano ¿resolverán congeniar y labrarse felicidad?

CARMELA (Fresado mohín. Dejades... a chorro de simpatía): ¡A mí esa pregunta, señor!

JACINTO: La que custodia su respuesta.

CARMELA: Tendría que empezarle por reseñar todo lo muchísimo que vale mi hermano Enrique. ¡Tendría usted también que armarse de paciencia para escucharme nombres e historias de más de treinta pretendientes que me han salido..., y los he despreciado a todos!

JACINTO: ¡Diablos!

MERCEDES: Invocándolos estará Doña Pura, nuestra futura madre, sintiendo mi tardanza... De modo que usted perdona...

(Ojos a lo empíreo de los amantes) ¡Y los novios ya no están! Si me descuido ellos son los que vendrán a buscarme... De modo que usted perdona... Voy corriendo hacia nuestra futura madre. Y de modo que usted siga bien...

JACINTO: Y que usted lo pase mejor...

(Perplejo, bien heridamente azaetado).

Carmela desaparece como mariposa embelesada en flor, emprende el vuelo leve, aérea, sutil...

Jacinto colea, se exalta. Tempestad, sensación viéndola desaparecer.

Preso de sus encantos, y cuando la regía, enigmática modelación carnal declina en el lago del lago de la apariencia, aspira en la copa del aire... clama sensualizado, alto el corazón): ¡Con la manzana me ha dado en la frente! Pero la tentación—mía— ¡sólo Mercedes ha de ser!

A L C A B O

D E U N P L E N O S O L

MAÑANA DE CLAVELES ESTANCIA TERCERA

Océano de vida en reflorecimiento, año después, temprano y mayo. Sol a pulmón henchido. Orlado, riente, flecado, rezumante por el mismo primer jardín de Santa Cruz. Cundió el despertar, frutose el pleno sol y ahora...

JACINTO

JACINTO (Traspasando el cobertizo, interpuesto al sol, se le manchan en la cara girones de sombras. Sombras que se dilatan y ahuman su total efígie): ¿Vendrá? ¿Pasará? Ella ha salido, y ella proseguirá la senda blanca, regocijada...

(A respaldarse. ¿Intuiciona, cuenta, diseña el poema del azulejo?): ¿Vendrá! ¿Porqué no venir? Necesito verla? Hablarle, que me hable... O que me escuche, que me conteste...

(Sopor y abstracción. Castillos, Jericós, cinemados en el cerebro).

CARMELA

CARMELA (Primorosa, violetada. Ojos, pensamientos a la pollada de rosales encabritados en medios puntos, saltadores en capiteles): ¡Hechizo de bonitos!

(Fatalidad, que tiende el lazo: encontrados, encarados): ¡Madre mía!

JACINTO: Carmela, al fin soy dichoso. La mano, tímida, Carmela hosca, denegando).

CARMELA: Le sirva de provecho. Con Dios.

JACINTO (corta el paso): ¿Señorita Carmela!

CARMELA: ¡Déjeme seguir!

JACINTO: A condición...

CARMELA: ¡Tirano! ¿Usted quién es para atajarme el camino?

JACINTO: Si la mujer intachable, que ha provocado...

CARMELA: Para alusiones, perderíamos las horas, irreconciliables.

JACINTO: ¿Lo declara lisa y llanamente?

CARMELA: Discreta o benévola, a los callados arrebatos amorosos de un hombre, una mujer es dueña de no prendarse de él..., ni encorazarlo de predilección.

JACINTO (Ametrallado, pulverizado): ¡Por María Santísima, razones!

CARMELA: Las mías.

JACINTO: ¿En derecho?

CARMELA: Si existe el *mío*, ¡naturalmente!

JACINTO: (Desarrugando la complexión, desinteresando el enunciado: Dura falsía... Sus excedidos extremos...

CARMELA (ventiladamente en el empeño de la verdad): Hacia usted.

JACINTO: ¿Es confesión?

CARMELA: Sincera.

JACINTO: Así no hay que disipar dudas: me atrajo combatiendo por su cariño. Me colocó en lugar..., de huída para usted; de suicidio para mi defensa.

CARMELA: Esos rodeos y esos experimentos de su caprichosa interpretación...

JACINTO: Leales en mi postura; desgraciada o providencial postura...

CARMELA: Deséchela y aténgase noblemente a la mía y en días en que se envalentonó usted con leyes e imperativos a deshacer la felicidad de Mercedes, ligada a la de mi hermano Enrique.

JACINTO: ¿Capaz de tal villanía, yo?

CARMELA: Usted lo sabrá. Suponerlo sería vanamente: no hubiera sufrido en tal medida, ni me hubiera convertido el sacrificio en poco menos que coqueta a la vista de hombre acreedor de maldición y desprecio. ¡Oigalo como me brota del interior! ¡Con toda mi alma de mujer herida cruelmente en dos venas de su corazón: mi Mercedes, mi hermano Enrique! Y, sin embargo, a despecho de calladas bravatas, criminales propósitos...

JACINTO (Arrojado contra cardales, flechas y acantilados): ¡Carmela!

CARMELA (Quemando en la indiferencia la protesta de Jacinto): ...ellos se casaron, ellos son felices, son muy felices. La dicha les regala cada día mayores sonrisas. A pesar de no haberse allegado un adonis mi cuñadita, Porque Enrique, hombre corriente, Mercedes una beldad regia, encanto de mujer, se hermanan en el ánimo y acuerdan en la dócil compenetración. Mi entrañable Enrique, hartado bueno, pocos varones le compiten a simpático. Sabio y hábil en intereses de papá cuando se recolecta el trigo y se cosecha la aceituna. Equilibrado de entendimiento, sanísimo de naturaleza ¡Inmenso de hidalguía! ¿No es lo bastante, esencial, para que la mujer más exigente se entregue enamorada de su hombre? El, ¡cada día más loco por ella! No cuadra precio a su alegría, observando la avenencia de su esposa a vivir en Sevilla y a convivir con nuestros paisanos. Cuánto ama y cuida del carácter y disposición de nuestra casa andaluza, lo que mimosa sus flores y acaricia los pajarillos de Andalucía. Que a todo el mundo quiere, y todo el mundo la quiere por igual. ¿Y sobre esta bendición humana tuvo usted el cinismo —incapaz de expresarme de otro modo—

de proyectar augurios siniestros, preveer desgracias, presagiar incompatibilidades, y juzgar a los sevillanos tiranos de serrallo y a nosotras categoría de esclavas suyas? ¡Eso nunca! Y por eso, Dios justo, desvirtúa el triunfo de sabihondos sin reflexión, con petulancia de lectores en las profundidades encubiertas a todo sentido racional. A usted se le antojó, a buen seguro, que en las afecciones del alma conseguiría intercalar juegos de un muestrario de bisutería. Y a trabajarlo, y a barajarlo a voluntad y desplante... Donde se adquieren brillantes de rectitud y oro de efusiones se compra. Pero no; inútiles argucias, estériles amaños. La bisutería rodó por el suelo y nadie sintió destriparla.

JACINTO: Demasiada excitación en los prejuicios, Carmela. Y usted excitada a la par de ellos. ¡Así me está usted tratando, desde su baluarte invulnerable de mujer. ¡Con tanta dureza!

CARMELA: ¡Con tajante dureza! ¿Todavía figurarse en mí tajante dureza? Ah, usted no ha pensado jamás el calvario para una mujer de veintitrés años—huérfana de madre—tener que preocuparse y desvelarse por ser al mismo tiempo ella y *esposa*, hija y hermana: hallarse entre los abrojos de las contenidas lágrimas de Mercedes y el pavoroso dilema de un posible despuntar y explosión de celos en Enrique. ¡Lo que me tocó sufrir en dos meses de mudo terror y de convulsa desesperación! Que papá no se maliciase en lo mínimo y progresara en ilusión por el matrimonio de su hijo—aquí yo, de esposa y de hija. Que en el espíritu de Enrique se avaloraran magníficas ausencias de sus *encariñadas* visitas...—y aquí yo de madre, de hermana y, ¡Dios mío, lo cruento, horrible: de coqueta!—¡Por mantener la santa y libre voluntad de una mujer a la que nadie podía romper el gobierno de sus legítimos fueros de electividad!

JACINTO: Me disculpa lo enamoradísimo que estaba yo de Mercedes.

CARMELA: Señor mío; tal sofisma no le valdrá: usted ni confesó a Mercedes su amor por ella, ni recató después ostensibles escrúpulos para mudar sencilla y naturalmente de parecer...

JACINTO (Envenenada su paciente galantería): ¡Tendió tan a maravilla su red la refinadísima coqueta!

CARMELA (Sangrada a campo traviesa en su entereza femenil): Al caballero suplico retire esa amarga palabra, que yo no le he autorizado a dispararme. Bástele con que yo la pronuncie y con ella me condene.

JACINTO: ¿Pretenderá usted que yo silencie y consienta mi engaño?

CARMELA: Hay tristes situaciones... ¡La suya no fué obra de mi voluntad! Yo he tenido que ser esposa por mi madre muerta, y he tenido que ser ella, también por ella, ida eternamente de nuestro lado... Y he tenido que cumplir con mis deberes de hija, y con mis obligaciones de hermana. Y he tenido que defender la joya de felicidad, que si no la abrazaba con abnegación y heroísmo, sólo a mi conciencia cabría impugnar de haberla dejado escapar para no volver. Al fin por algo—nada me dicta el envanecimiento, es grito que en mí se cristaliza—y por la muerta, desde que la santa murió, me siento esposa, y madre, y hermana, y me abandonaron los sentimientos de niña... Así, hoy, únicamente me asaltan los

pensamientos de mujer, y de madre; y la ansiedad irrefrenable de paz y de concordia.

JACINTO: Pues bien, Carmela. Por todo el honor de la tierra, si no le importunara la verdad del mío, declaro que yo la he querido, ¡la quiero! Exento de internas, aislado de externas vacilaciones. Un amor consciente por usted. Amor de amar la bendición de Dios hecha mujer, angelizada la alta, principesca simpatía de usted en sus francas, espontáneas, impolutas, raciales y sugerentes confesiones.

CARMELA: Gracias por la finura...

JACINTO: Recogí lo que usted derrama y se lo devuelvo con mi arrebatada admiración por el temple divino y providencial de las mujeres andaluzas. ¡Las hembras de España! ¡La ubérrima potencia de femenina energía española!

CARMELA: Somos como todas...

JACINTO: Como todas, buenas, ¡innegable! Pero el relicario de la dulzura, complacencia, pasión, fidelidad, que se enarca en todos los pechos de españolas, guarda pujados ardientes arrestos en las andaluzas, las hijas de Bética, región de la mujer que defiende viva, hogareña, eternamente nupcial su olor concentrado a hembra...

CARMELA: ¡Usted ha enloquecido!

JACINTO: Para saber que yo soy ahora redivivo quien jamás tuvo amores de perdición por Mercedes.

CARMELA: ¿Y sus callados e irritantes escándalos?

JACINTO: ¡Travesuras! Travesuras en los viveros de las afecciones sagradas, gigantes y rebotantes. Se lanzan en serio y nos salen por la culata de lo ridículo. Travesuras, travesuras y travesuras, Carmela. Aire, viento de egoísmo, huracán, tempestad. Invisibilidad, descolumbración y nada más...

CARMELA: ¡Después que la tormenta descargó sus iras devastando muchas horas de sueño y de tranquilidad...!

JACINTO: Fué el enfermizo dolor de un gran desencanto en Sevilla.

CARMELA: Llamados a sufrirlo cuantos no tuvieron culpas que saldar...

(Entregándose, nerviosa, escalofriada, a descansar. Bajo el panal de rosas un banco, ya disfrutado, le abejea delicias).

JACINTO (En lontanada especulación): No es eso, Carmela, no es eso... Venga, primero una bella limosna de su perdón...

CARMELA (Febril, inquietante): Y lo pasado...

JACINTO: ¡Acortinarlo! Porque fué la predestinación a vivir en la novela de Sevilla.

CARMELA: No entiendo...

JACINTO: Yo sí: me la hizo usted vivir fulgural, radiante, en intensa creación. Vino abajo para siempre el muro que rozaba las estrellas, y se me interponía entre dos Sevillas: la novelada, que es tamboril panderetismo, y la que está por novelar, según acertada y ajena opinión, y es la pura, en el divino, rozagante genio de la gracia de Sevilla. Ni creo en que surja el minero con piqueta de luz que anche y ahonde en el venero oculto de la novela dulcemente patética, de la Sevilla enervadora e impresionante, infantil y anciana, humilde y audaz, calmosa e impulsiva. Sevilla aún no tiene novela, y el que la intente o la pintará sin palabras, o jamás la escribirá.

CARMELA: ¿Pero qué cosas...? Es verdad que algunas de ellas para mujeres... ¡Lo que no asiento es que lo escrito sobre mi tierra se moteje de tamboril panderetismo!

JACINTO: Cuando no se revela..., o es la trivialidad, o es el perplejismo, o es la gazmoñería.

CARMELA: ¿Sin excepción?

JACINTO: De prohiar alguna, la indagaríamos por los arrabales de Sevilla. Nunca, plenamente, espaldados a una arista de la Giralda, ni a la columna de un patio sevillano, ni de cara a un atardecer en Sevilla. Y es que nadie ha visto todavía con faro de Atenas a Sevilla cuando duerme, esponjada en la oscuridad, a Sevilla delirante en jardines besados de luna, a Sevilla despertando en la mañana hispalense... Ni se han paseado los rincones de Sevilla, ni se han hecho paradas ante el balconaje sevillano, ni se han aspirado los patios de la urbe, ni de sus ornatos de caridad amable—¡fuentes, flores, sol!—se han inquirido los oxígenos vitales y latentes. Si yo le dijera que hoy, hace un momento, en el gesto que no se frasea, y en la actitud que no se melodiza, comprendí hondamente a Sevilla, y comprendí hondamente a nuestra España... Y no me interrumpa, Carmela, el sentimiento de esta verdad en solemne articulación de mis postreras convicciones, porque ya no hay piedras que levantar, ni barricadas que defender, ni travesuras que argüir. Advino la legión, la trinchera, la avanzada; líneas primeras, cordiales en los enardecimientos, las esencialidades...

CARMELA: ¡Jacinto!

MERCEDES

MERCEDES (El desposorio realzó su real, realzada feminidad. Surge plasmada fragancia, del fondo. ¡Siempre del fondo! Chocada sin estridencias. Aparte y a todo sonreir...): Carmela y Jacinto, libre de testigo... Bien, muy bien..., y buena pareja forman, si la formaran...

(De cerca y a presencia): Que la dicha os acompañe, a una y a los dos...

CARMELA Rauda, contenida impresión): ¡Mercedes!

JACINTO (Fría irreductibilidad): No esperaba se repitiera el encuentro...

MERCEDES: Hoy por lo menos...

CARMELA: ¿Te lo habían dicho?

JACINTO: Posiblemente...

MERCEDES: ¡Las golondrinas mensajeras! Me tenéis aquí por Enrique. Salió esta mañana a intentar negocios. Le dije que oíría misa en la «Virgen de los Reyes». Y él me advirtió que bajara a los jardines, donde vendrá a recogerme. A la presente expreso mal: ¡dónde vendrá a recogerme!

JACINTO: A ustedes. Yo me despido y marchó a preparar la maleta.

MERCEDES: Maleta, ¿cuál?

JACINTO: La de los largos caminos, que iniciaré esta misma noche. Se lo harán presente a Enrique, y buenas cosas para él si no alcanzo a saludarlo.

(Desconcierto. Mercedes, inmutable se reparte en sutiles observaciones. Compara los rostros de Carmela y de Jacinto).

MERCEDES: Creo que en el «Patio de los Naranjos» de la Catedral...

JACINTO: Te descubrí el propósito de establecerme en Sevilla.. Pero de la hora pasada a la actual, la suerte me fué adversa. Viril desaliento. Tendiendo la mano a Carmela). ¡Carmela! Otra limosna: de olvido y de disculpa.

CARMELA (Disimulo. Timidez. Consternación...): Haré por complacerle...

JACINTO: Y entonces me obligará a doble gratitud. (Alto de emoción. Mano a Mercedes). Y tú: más feliz todavía. Y hasta el día, si algún día nos vemos.

MERCEDES (Traspasada): Gracias, Jacinto. Buen viaje y mil recuerdos.

JACINTO: Los que me confíes y otros. ¡Adiós!

MERCEDES y CARMELA: ¡Adiós!

(Jacinto quiere deshacerse del rejalgar de un terrible suplicio. Desapareciendo, y las miradas de dos mujeres, bellas y cautivadoras, melando su última silueta).

MERCEDES: ¿Es secreto lo que ha pasado entre vosotros?

CARMELA: ¡Pues y entre vosotros!

(A la paz del asiento. Carmela desemblantada. Mercedes incomprendiva).

MERCEDES: Te habrás dado cuenta.

CARMELA: ¡Cuenta de nada!

MERCEDES: Mujer: de nuestra vuelta a la acostumbrada armonía.

CARMELA: Suspirarías por ella...

MERCEDES: ¡De él, caballerosamente, partió la iniciativa!

CARMELA: ¿Y de él, enteramente?

MERCEDES: ¡Sí! ¡Como quiero creer que un acaso *impremeditado* os puso al encuentro!

CARMELA: ¡Te lo juro!

MERCEDES: Admiteme el mismo juramento, de que Jacinto me sorprendió yendo a rezar. Parándome sencillo, galante, muy preguntón de tu persona... Rectificando su conducta: Contentísimo de mi matrimonio con Enrique. Enamoradoísimo de ti...

CARMELA: Te agradezco el aditamento.

MERCEDES: Lo ofrezco a prueba.

CARMELA: Ninguna poseo.

MERCEDES: Porque los colores se te invierten. Los hombres cambian. Mudan las cosas. Ajetreo de ideas y sugerencias: Jacinto vivió en Sevilla y lejos de ella. Vivió lejos de Sevilla, y cerca de ella... ¿Comprendes, hermana?

CARMELA: ¡No!

MERCEDES: ¡Pues él te quiere!

CARMELA: Y a Sevilla también... Pero nos abandona, tranquilamente...

MERCEDES: Tú lo has dicho: deja tu cielo, porque él ama *lo que tu cielo* cobija, y por lo que tu cielo cobija, amó tu cielo... (Dilatado silencio...)

ENRIQUE

ENRIQUE: (Levantando a una y otra de su indolente abstracción):
¿Notaríais mi retraso?

MERCEDES: Lo contrario...

ENRIQUE: Sabía que estaban ustedes juntas.

CARMELA: Ah, ¿sí?

ENRIQUE: Por Jacinto.

MERCEDES: Contagiada de Carmela. Efervescidas ambas caras bonitillas): ¿Te has encontrado con Jacinto?

ENRIQUE: Acabamos de despedirnos. ¡Qué abrazo tan afectuoso me dió! ¡Aún lo estoy sintiendo, como la fuerza de sus manos! Jacinto es todo bondad, simpatía. Me contó su llegada, esta mañana, a Sevilla, con un precioso amanecer, pero que el día se le fué nublando, nublando...

MERCEDES: Raro, raro...

ENRIQUE: Se me puso además misterioso. ¡Tuve que echarme a reír! Sin enterarme de sus preocupaciones me aventuré a decirle: «amigo, eso no será cuestión de importancia...»

MERCEDES: Le hubieras sondeado...

ENRIQUE: Trabajo para el que se lo quiera tomar. Yo lo que le dije era que no se iba esta noche.

CARMELA (Percatada: Enrique en Oriente..., ella en Sevilla... Sobrepujándose a la distensión: ¡Se pondría...!

ENRIQUE: ¡Irreductible! Terco y decidido a no perder el exprés de esta noche... Y a propósito, Carmela: ¿recuerdas aquella caja de «manzanilla» que me encapriché no se abriera el día de nuestra boda?

CARMELA: El regalo del Marqués de Tierra Optimista.

ENRIQUE: Justamente. Y que mandé guardar para un día de tranquilidad, de íntimo saboreamiento. ¡Gastarla en su horital

MERCEDES: Fueron tus palabras.

CARMELA: Sigue respetada a tu voluntad.

ENRIQUE: Pues ella es que se estrene. Nos acompañará Jacinto.

(Asombroso estremecimiento. Carmela y Mercedes a furtivas miradas).

MERCEDES: ¿Pero no se marchaba?

JACINTO. Eso disponía él... y a lo mejor no lo dispondría..., si un amigo le quitaba la tristeza. ¡Pleiteé y lo gané! ¡Esta tarde vendrá a emborracharse de Sevilla en su propio vino, y con nosotros!

MERCEDES: Pues a casita, entonces. (Cumplimiento).

ENRIQUE: Hace calor... y bueno será que se preparen las botellas en nieve...

MERCEDES: Por Carmela, ¡me opongol

CARMELA: ¿Eh?

MERCEDES: Beberemos el vino sin nieve. ¡Nieve, no!

JACINTO: Yo...

MERCEDES: Hoy, nuestro vino con sol, y en el patio, y a vela descubierta.

CARMELA: Ja, ja, ja.

JACINTO: Estoy en ayunas..., ¡pero lo que ustedes quieran!

(Se van. Lentitud, hacia el meridiano y la aurora. El jardín de Santa Cruz se disuelve en resoles y en audiciones de estival ilusión).

Y TÉRMINO

DE UNA MAÑANA DE CLAVELES



Emilio Márquez Jiménez

REPRESENTANTE MATRICULADO

DE LAS CASAS

Hijo Viuda de Avila

Anís «PADRE BENITO»

A. R. Valdespino Hno.

Jerez de la Frontera

Amontillado «INOCENTE»

«SOLERA DEL 42»

AGENTE COMERCIAL COLEGIADO

Doña María Coronel número 12, bajo

SEVILLA

GRAN TINTORERIA
A VAPOR

E. ADEMA

(Sucesor de Tastet)

Casa Fundada en 1.852

Especialidad

en limpieza y tintura en negro y
colores sobre toda clase de prendas

PRECIOS MÓDICOS

Fábrica y escritorio: Bazán, 6 y 8

SUCURSALES: Pi y Margall, 3 - San Jorge, 28 (Triana)
Feria, 68 y Cruz Verde, 1

Muñoz y Pavón, 2 (antes Carne).-SEVILLA

Casa Subirá

Francisco Sevilla

Sastrería de Paisano
Militar y Eclesiástica

O'Donnell, 30 y 32

Teléfono, 11-64

SEVILLA

Casa González

SEVILLA
Tetuán, 25

Azulejos

Pavimentos

Decoración

Saneamiento

* Catálogos y presupuestos gratis *

ABDÓN PÉREZ

Fábrica de PASTA BLANCA para rodillos

Proveedor de las principales

Imprentas de España



FUENTE DEL BERRO NÚM. 8

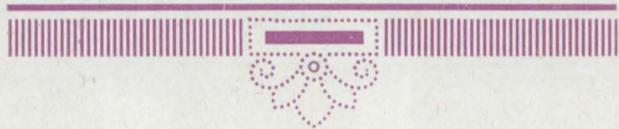
Teléfono 54074 - MADRID

IMPRESORES: *Si queréis imprimir bien, ganar tiempo y economizar muchas pesetas, emplead en todos los rodillos de vuestras máquinas la PASTA BLANCA que fabrica esta casa, la que han adoptado el 80 por 100 de las Imprentas de España. Se refunde siempre, y con un pequeño gasto de un 10 o 15 por 100 en cada refundición, se sostiene indefinidamente; además, los rodillos son de mucha más duración que los de cualquiera otra y los que tienen tinta negra solamente pueden estar muy bien sin bruzar varios meses, porque así como los rodillos de otras pastas de las conocidas arrastran las impurezas de las tintas, las de éstas no pueden con ellas, dejándolas en las mesas, lo que permite a los maquinistas hacer una tirada igual y limpia por larga que sea, lo cual se traduce en pesetas en beneficio del patrono.*

No se garantiza ninguna PASTA BLANCA que no haya sido servida directamente por esta casa

Esta revista está impresa con rodillos de PASTA BLANCA de esta Casa

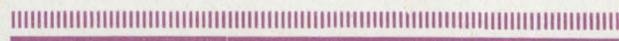
Luis Mexía



Joyería

Relojería

Platería



LA CASA MÁS ANTIGUA DE ANDALUCÍA



Columela, 36 ~ CÁDIZ

BODEGA

"LA ANDALUZA"

Ventas al por mayor y menor
ESPECIALIDAD EN VINOS Y LICORES
GRÁN SERVICIO A DOMICILIO

ARSENIO FERNÁNDEZ

San Eloy, 48 y San Roque, 1

TELÉFONO 13-45 * SEVILLA

Antonio Mantecón Jiménez



CAL

YESO - CEMENTO

LADRILLOS - TUBERÍA

Fray Alonso, 5 (P. Carmona) * SEVILLA

CIUDAD DE SEVILLA

*Grandes Almacenes al por mayor y detall de Altas
Novedades en Tejidos Nacionales y Extranjeros*

*CASA GENERAL DE CONFECCIONES * Trajes de vestir, Sastre y Sociedad
Salidas, Abrigos y Blusas para Señoras y Señoritas
Sección de Modas, con modelos de Sombreros de las más afamadas casas de París*

ESPECIALIDAD EN EQUIPOS PARA NOVIAS Y CANASTILLAS

*Sastrería para Caballeros * Espléndida Sección de Ropa Blanca Confeccionada*

La Hera y Compañía, S. en C.

SUCESORES DE CASQUERO Y COMPAÑÍA

*ALVAREZ QUINTERO, FRANCO
y AGUJAS (hoy Blanca de los Ríos)*

⇒ SEVILLA

La Soledad Establecimiento de
POMPAS FÚNEBRES

FRANCISCO PONCE

Talleres y cocheras:

Arapiles, 3 y 5, Ceniceros, 1 y Azafrán, 28

Sucursales: Alhóndiga, 9 y San Pablo, 24

OFICINA CENTRAL:

ARAPILES, 2 * SEVILLA * TELÉFONO, 149

~ Servicio especial de Automóviles para traslados ~

TALLERES ELECTRO-MECÁNICOS
DE VACIADO

CUCHILLERÍA FINA
Y DE TODAS CLASES
Depósito de Piedras de Aflar

REGINA, 13

PERFUMERÍA.

JOSÉ LÓPEZ

~ Despacho y Escritorio: ~
PUENTE Y PELLÓN, 19

SEVILLA

Lápices

«LYRA»

LOS MEJORES
LÁPICES
DEL MUNDO

Para escritorios y artistas pidan
los incomparables lápices «LYRA»

Johan Froescheis
NUREMBERG (Alemania)

CASA FUNDADA EN 1.806

CASAS DE VENTA EN:
Berlín, París, Londres, Viena y Nueva York

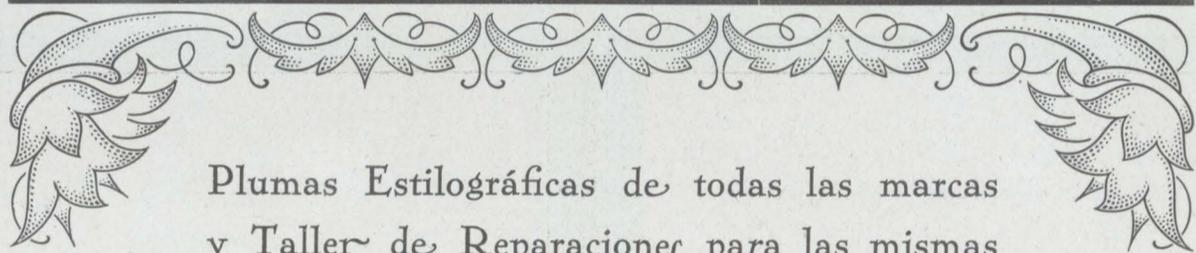
IMPRENTA PAPELERIA OBJETOS DE ESCRITORIO



Casa especializada en Trabajos Comerciales

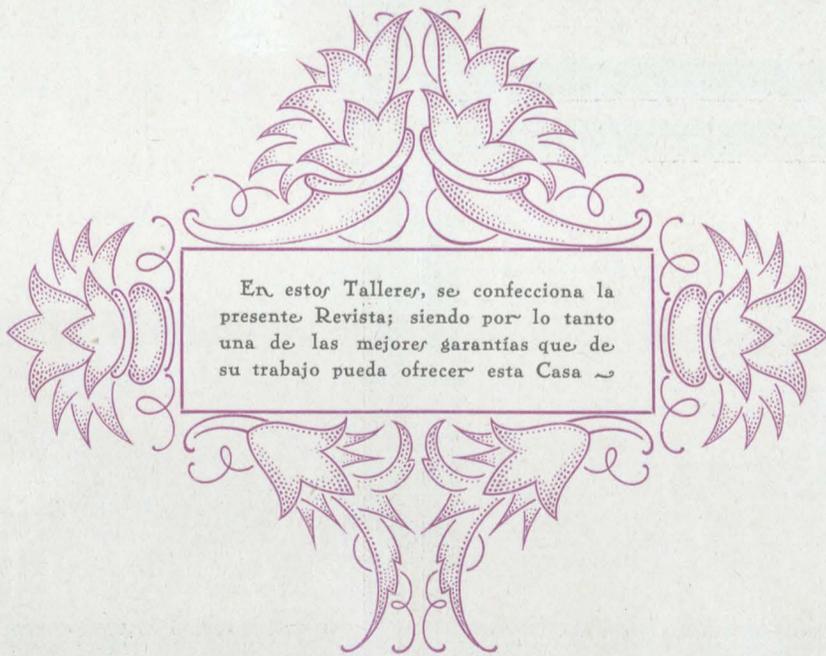
R E L I E V E S
ENCUADERNACIONES

M. CARMONA



Plumas Estilográficas de todas las marcas
y Taller de Reparaciones para las mismas

Velázquez, 11 SEVILLA Teléfono, 897



COMPañÍA ADRIÁTICA DE SEGUROS



CUENTA CON 89 AÑOS

DE EXISTENCIA



ESTABLECIDA EN ESPAÑA DESDE 1910 CON ARREGLO A LA LEY; es propietaria en diversos países de 48 inmuebles. Actualmente construye en Madrid, Avenida de Pí y Margall, esquina a la Plaza del Callao, un soberbio Palacio para oficinas de su Dirección General para España. Además acaba de adquirir en Barcelona, Gran Vía Layetana, 47, un hermoso edificio, donde está instalada la sub-dirección del Ramo Vida.

Actúa en otras 16 naciones, tramita las pólizas con gran rapidez y concede, en la mayoría de los riesgos, una póliza complementaria gratuita, para el caso de invalidez total a causa de accidente o enfermedad. Si la prima queda impagada después del plazo de gracia de 30 días, el asegurado puede rehabilitar durante los cinco meses siguientes su seguro, sin necesidad de justificar el buen estado de salud.



MÁXIMAS CONDICIONES A PRODUCTORES
INTERESANTES

SUB-DIRECCIÓN DEL RAMO VIDA
EN ANDALUCÍA Y EXTREMADURA

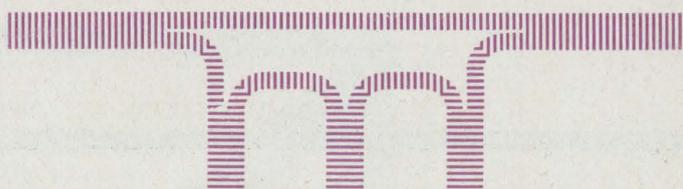
J. RICCA

San Pablo, 2 y Plaza del Pacífico, 6

TELÉFONO 1140

SEVILLA

HOTEL ROYAL



SEVILLA



El mejor situado



Grandes reformas



DIRECTOR PROPIETARIO:

J. BASCOU



L'ABEILLE

COMPAÑÍAS ANÓNIMAS DE SEGUROS



ACCIDENTES

1881

Garantías: 230.000.000 francos

SEGUROS DE AUTOMÓVILES

(R. Civil) Accidentes del Trabajo (Ley 10 de Enero de 1922), Individuales, Domésticos, de Caballos y Carruajes

VIDA

1887

Capitales asegurados:

784.886.490 francos

Vida entera, Mixtos Dotal
Combinado

INCENDIOS

1857

Garantías 84.545.000 francos

SEGUROS DE COSECHAS

Edificios y Mobiliarios

Agente general: JUAN GÓMEZ-PASTRANA, S. Gregorio, 1, 3 y 5.-Tel. 946.-SEVILLA

Póliza especial de Seguros de Automóvil para los Socios de la R. A. C. A.

DEPOSITO CENTRAL DE CAMAS DE HIERRO

DE METAL Y NIQUELADAS



COLCHONES METÁLICOS Y DE CAMPAÑA
LANAS, MIRAGUANO, CORCHO, BORRAS, CRIN, ETC.

David Domínguez

Córdoba núm. 14.-SEVILLA

CAMISERÍA FRANCESA

A. Fuentes

(Sucesor de León, Fuentes y Barranco)

Últimas Novedades en artículos para caballeros

SASTRERÍA

ESPECIALIDAD EN LA MEDIDA

Tetuán, 37 y Albareda, 7 * * * SEVILLA

JUAN L. TORRES

Corredor libre de Cambio y Bolsas * Agente Comercial Colegiado

~ VENTA DE ORO PARA DESPACHOS DE ADUANAS ~

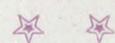
Venta de Valores Nacionales y Extranjeros, al contado y a plazos * Especulación de Valores

OPERACIONES DE BOLSA A FIN DE MES * REPRESENTACIONES EN GENERAL

Santo Tomás núm. 12, pral. - Teléfono 1546 - Dirección Telegráfica: JUTORRES



SEVILLA





Use

para su
estilografica
**TINTA
SAMA**



Juan Revilla García

AGENTE DE ADUANAS, COMISIONISTA Y CONSIGNATARIO DE BUQUES Y MERCANCIAS

IMPORTACIÓN Y EXPORTACION
TRANSPORTES COMBINADOS DE DOMICILIO A DOMICILIO

Aduana, 28 SEVILLA

NUMANCIA

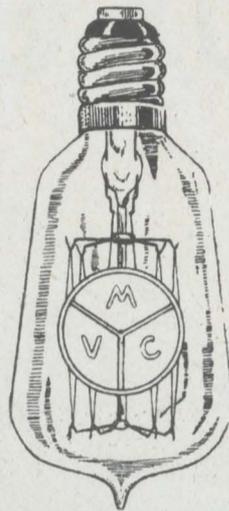
SOCIEDAD ANÓNIMA DE SEGUROS
MADRID



Dirección de Sevilla y su provincia:

RAFAEL RAMOS SALADO

GRAVINA, 17. - SEVILLA



Vázquez

ELECTRICISTA



Instalaciones
de Alumbrado
y Maquinaria

CONDE DE BARAJAS, 4
SEVILLA

*Para plumas estilográficas
y uso general*



FAMA



TINTAS PARA ESCRIBIR

WIGTY

DE VENTA EN TODAS LAS PAPELERIAS

COLEGIO DE SAN CLEMENTE
Clase de Dibujo y Preparación e ingresos para el
Instituto. - SANTA CLARA, 9. - SEVILLA

GRAND HOTEL
DE PARIS  **SEVILLA**

PUESTO DE PACO
DESPACHO DE HUEVOS y GARBANZOS
El puesto que más barato vende en el Postigo y el de mejor calidad por ser los huevos del día
Calle DOS DE MAYO (Fachada de D. Pelayo) SEVILLA

LIBRERIA
de **RAFAEL BERMUDO RODRÍGUEZ**
Compra y Venta de toda clase de libros. Pequeñas y grandes Bibliotecas
CORREDURÍA, 26.-SEVILLA

GRAN TALLER
DE REPARACIONES
de Automóviles, Camiones y Motos
SOLDADURA AUTÓGENA

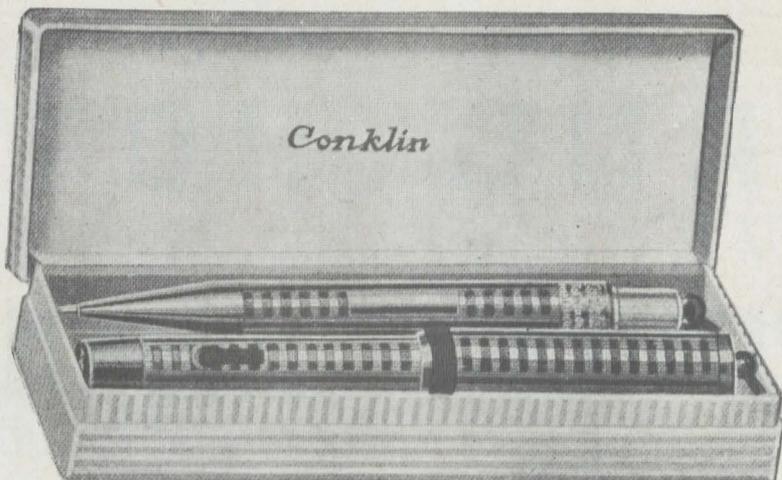
JOSÉ PALACIOS
Garage San Cristóbal. - Arjona núm. 2. - SEVILLA

ANÍS "EL SUBMARINO"
Fabricado por **AMADOR LORA MARTÍN**
CONSTANTINA

Conklin

La Pluma estilográfica **CONKLIN**
es la Pluma de absoluta confianza
y de maravillosa precisión

Conklin



Debido al surtido selecto y extenso,
especialmente en los modelos de
oro y plata, es el regalo prefe-
rido del mundo entero.

Las ventajas del lapicero automá-
tico CONKLIN son tan evidentes
que saltan a la vista de cual-
quiera. Su construcción reu-
ne las últimas perfecciones
del mecanismo de preci-
sión. Da la mayor satis-
facción y contiene 7
minas de 9 centíme-
tros cada una.



DE VENTA
EN SEVILLA:

IMPRESA

M. Carmona

Al por mayor:

JUAN M. KEENE

Fontanella, 10

BARCELONA



Lapiceros automáticos

Conklin

Plumas estilográficas

son el regalo más útil e indicado en cualquier ocasión

Conklin

ENDURA

LA única pluma en el mundo **Garantizada** contra roturas para toda la vida, incluso la plumilla de oro.

LA Conklin endura es la mejor pluma y más práctica y por lo tanto el mejor regalo.

DE VENTA EN SEVILLA:

EN LA IMPRENTA Y PAPELERÍA

DE **M. CARMONA.-VELÁZQUEZ, 11**

AL POR MAYOR: **JUAN M. KEENE**

FONTANELLA, 10. - BARCELONA



Conklin Endura

La pluma ENDURA Conklin está destinada a dar servicio perpetuo a su dueño. Es la intención de los fabricantes que esta pluma jamás deje de servir a su poseedor.

Los fabricantes de la pluma-fuente ENDURA certifican que el comprador cuyo nombre aparece al pie tiene derecho a todo el servicio descrito en la garantía siguiente:

Esta pluma ENDURA Conklin será reparada gratuitamente siempre que se mande completa, incluyendo las partes rotas, al vendedor, o directamente a la Conklin Pen Manufacturing Company, Toledo, Ohio, E. U. A., en cuyo caso deben enviarse suficientes sellos de correo de su propio país, para cubrir los gastos de devolución.

THE CONKLIN PEN MFG. CO.

Comprador

Gerente

Hotel Inglaterra SEVILLA

EL MEJOR BAJO TODOS CONCEPTOS

Favorecido por S.S. M.M. los Reyes de España y de Bélgica

¿ Sabe usted cuáles son los mejores papeles ?
para Cartas, Documentos, etc., etc.

PRUEBE LOS

PAPELES B. F. K. DE RIVES

y saldrá usted de dudas. Estos papeles los encontrará en los principales Almacenes de Papel

A L P O R M A Y O R

FRANCISCO BISBAL DIPUTACIÓN, 122
BARCELONA

LA COLONIAL.- Ultramarinos Finos

Especialidad en Café "LA NEGRITA"

Tetuán número 20. - SEVILLA

P E L A Y O

PINTOR DECORADOR

Boteros número 1. - SEVILLA

Pensión Royalty

Casa para Viajeros

Cocina Española

Cuartos de Baño

Esmerado Servicio e Higiene

Gamazo número 8. - SEVILLA

Peluquero de Señoras **M. MENENDEZ**

ONDULACION MARCEL: Servicio a domicilio

Postizos de arte para Señoras y bisonés para Caballeros, Peinetas, horquillas y demás adornos para el peinado. - TINTES PARA EL CABELLO. - PERFUMERÍA

SEVILLA: Velázquez núm. 9 - MADRID: Prado núm. 4

EL TRIUNFO

LOS MEJORES CAMELOS

Toribio Fernández

ALMENDRALEJO

FORNITURAS PARA FABRICANTES DE SELLOS DE CAUCHO

Instalaciones completas, numeradores,
tampones, imprentillas, rotuladoras,
fechadores, tintas, sellos de goma
y metal, etc.

Ch. Brulé Grésely

Riera Folch, 66 - Teléf. 152

BADALONA

(BARCELONA)

E. García Fernández

FERIA, 7 Y 9
SEVILLA

DESPACHO DE VINOS

*Si quiere Vd. probar un buen
vino, pida una arroba a esta
casa y quedará satisfecho. -*

PIDA EN EL MOSTRADOR
UNA LISTA DE CLASES Y PRECIOS

SERVICIO A DOMICILIO

"EL PATROCINIO"

NOMBRE REGISTRADO

CONFITERÍA Y PASTELERÍA
CASA FUNDADA EN 1909

Gran Fábrica de
Dulce de Membrillo
y conservas de frutas de todas clases

Francisco Olivares Prats

CAMELOS - PASTILLAS DE CAFÉ
Y LECHE - PELADILLAS - GRAJEAS

PAGÉS DEL CORRO, 96

SEVILLA

SEVILLA

GRAN HOTEL MADRID

(Sevilla Palace Hotel)

Enrique Campuzano

CUBIERTAS PARA EDIFICIOS
INDUSTRIALES

(SUMINISTROS E INSTALACIONES)

*Almacén de Azulejos, Mosaicos
Hidráulicos y Pizarra Artificial "ROCALLA"
para tejados y Revestimientos*

OFICINA:

CALLAO, 12 - TELÉFONO, 31-22

(TRIANA) SEVILLA

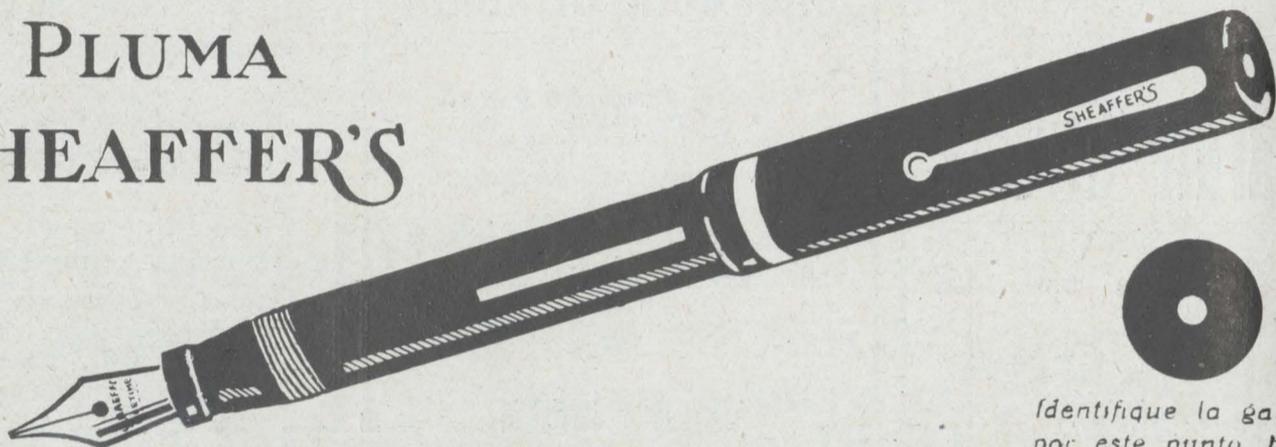
¿Conoce Ud..... ESTAS?
 Reclame a su peluquero siempre..... ESTAS
 ¿Se afeita Ud. solo? Compre una..... ESTAS
 Todo el mundo pide..... ESTAS
 La mejor navaja de afeitar..... ESTAS
 Es dura a la par que suave..... ESTAS
 Téngalo en cuenta, es única..... ESTAS

Representante: MAX SOMMER - Wald Solingen

Venta: Ferreterías y Cuchillerías



PLUMA
 SHEAFFER'S



Identifique la garantía
 por este punto blanco

**Garantizada para toda la vida del
 comprador.**

**La pluma aristocrática reputada
 como la mejor del mundo.**

Agentes exclusivos en España:

E. PUIGDENGOLAS, Sdad. Ltda.

~ Ausias March, 50 ~ BARCELONA ~



UNA Especialidad sin Competencia

EPIVOMIN

SANAVIDA en comprimidos

Acción insuperable y rápida en la

Epilepsia

y todos los trastornos nerviosos. (Vómitos del embarazo, insomnios)

Laboratorio SANAVIDA - Sevilla

APARTADO, 227



CASA RUBIO

ANTIGUA DE COLOMINA

SIERPES, 66

FÁBRICA DE ABANICOS

La Casa más importante de Andalucía y única visitada por SS. MM. los Reyes

ABANICOS SEVILLANOS pintados por sus artistas exclusivos

Fábrica de Paraguas y Sombrillas - TALLERES: Barrio Nervión
 Peinas - Bolsos - Recuerdos de Sevilla - Artículos para Regalos

SIERPES, 66 - SEVILLA

FOTOGRAFÍAS DE SEMANA SANTA

hechas por el AS de los fotógrafos

SR. SERRANO

las encontrará únicamente en la
 IMPRENTA Y PAPELERIA de
 MANUEL CARMONA
 VELÁZQUEZ, 11.-SEVILLA

HOTEL SIMÓN

SEVILLA

O R O M A N A

REVISTA DE LAS ESPAÑAS

Véndese en MADRID:

B A R - S O L (Puerta del Sol)

KIOSKO DE LAS CALATRAVAS (Calle Alcalá)

KIOSKO DE ALCALÁ (Esquina a Gran Vía)

Y cuenta con un grandísimo número de lectores y suscriptores en toda España y parte del Extranjero

CONSÚLTASE

Nuestra tarifa de publicidad, siempre artística y altamente económica y eficaz

NÚMEROS DE SELECCIÓN
EXTRAORDINARIOS A GRAN LUJO

Importe de Suscripción anual:

Para las Españas.. Ptas. 6,— / / Extranjero..... Ptas. 12,—

Últimas obras de Pedro Raida

NOVIO DE SEVILLA, Ptas. 1,50

UN BELMONTISTA, » 2,—

VOZ EN LAS ENTRAÑAS, » 3,—

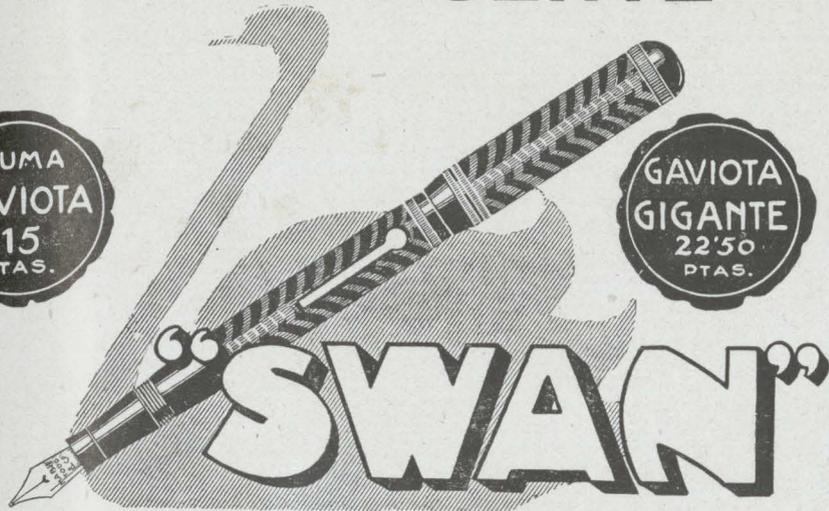
De venta en Librerías y en la Imprenta editora de
M. CARMONA. » VELAZQUEZ, 11. » SEVILLA

Precio del presente número, PTAS. 3

PLUMA FUENTE

PLUMA
GAVIOTA
15
PTAS.

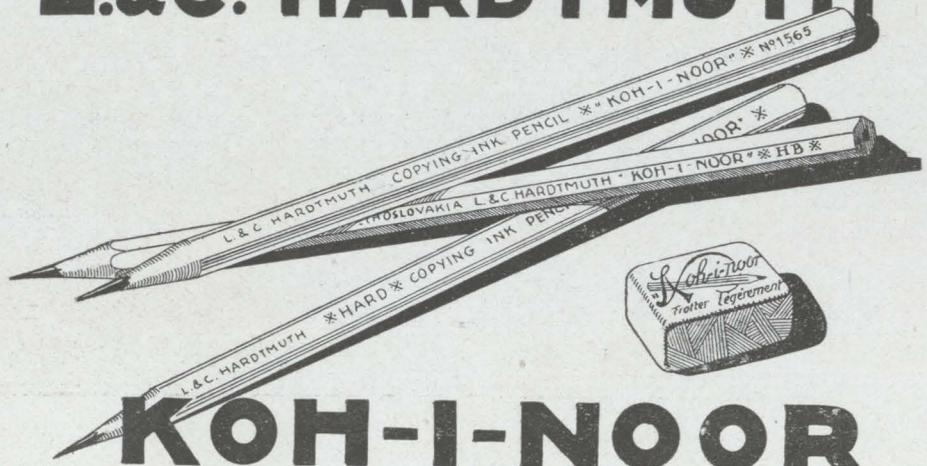
GAVIOTA
GIGANTE
22'50
PTAS.



DESDE 22'50 PTAS.

MEPHISTO - FROS - POLYCOLOR - GOLF

L.&C. HARDTMUTH



KOH-I-NOOR

AVIATOR - ALPHA - NEGRO - PLUS ULTRA

PARA TRABAJOS
PERFECTOS A MÁQUINA

CINTAS

Y

**PAPEL
CARBÓN**

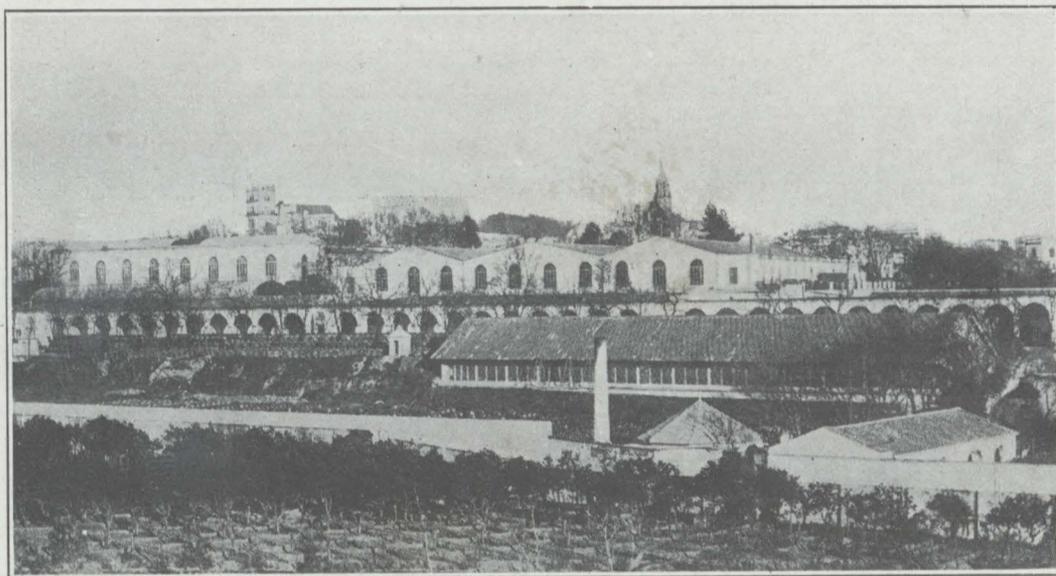
KOLOK



González Byass y C.^{ña}

Proveedores efectivos de la Real Casa

JEREZ DE LA FRONTERA



Vinos de Jerez - Manzanillas de Sanlúcar

❖ **Vinos de Oporto - Coñac Jerezano** ❖



INSPECTOR GENERAL DE LA CASA, EN
ESPAÑA, CON RESIDENCIA EN SEVILLA:

D. Diego de Agreda y González

San Eloy, 22 — Teléfono, 12-06